



KELLY DREAMS

*Príncipe  
y Felino*

LOVER TYGRAIN AL-HANAK



KELLY DREAMS

*Príncipe  
& Felino*

LOVER TYGRAIN AL-HANAK

# PRÍNCIPE Y FELINO

(Lover Tygrain Al-Hanak 1)

Kelly Dreams

# **COPYRIGHT**

## **PRÍNCIPE Y FELINO**

*Lover Tygrain Al-Hanak 1*

© 1ª edición mayo 2017

© Kelly Dreams

Portada: © Subbotina Anna / Fotolia

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados.

## DEDICATORIA

A **María Rivera Ruiz** y **Carolina Castillo Ruiz** por ayudarme cuando lo necesito, por regalarme parte de su tiempo, por aportarme buenas ideas y, en definitiva por ser más como sois. Gracias de todo corazón.

Y a todas las **lectoras** que estaban deseando volver a ver a los ***Tygrain***. Espero que esta nueva rama de mi extensa familia felina os guste tanto o más que la anterior.

## **NOTA DE LA AUTORA**

**Gracias por adquirir mi libro.**

Si eres de las lectoras que tienden a notificar a *Amazon* las «erratas» existentes en un libro, te agradecería que me lo notificases a **mí** directamente. Eso me ocasiona muchos menos problemas a la hora de solventar cualquier error que pueda haber en estas páginas y evita que tenga que lidiar horas y horas con los del servicio de Atención al Cliente.

**Este libro está escrito en castellano, no es una traducción.**

**[Kellydreamsescritora@gmail.com](mailto:Kellydreamsescritora@gmail.com)**

## ARGUMENTO

**Kaliq Al-Hanak** estaba decidido a poner fin al antiguo compromiso que habían acordado en su nombre, aunque para ello tendría que encontrar a su prometida y asegurarse de que no era su compañera. Pero, ¿cómo hacerlo cuando dicha mujer parecía más que dispuesta a darle esquinazo? Lo que había empezado como una búsqueda terminaría convirtiéndose en el más importante de los desafíos, uno que debía ganar si quería que la mujer que le estaba destinada fuese suya.

**Sarah Tennat** había llegado a la ciudad para asistir a la boda de su mejor amiga, por lo que descubrir que no había roto su previo compromiso y que su antiguo prometido había aparecido dispuesto a recordarle su unión, no era algo que entrase en sus planes... Como tampoco lo era ser secuestrada por error y arrastrada a una loca aventura que cambiaría su vida para siempre.

¿Podía estar el destino de dos personas escrito en las arenas del desierto? Un príncipe *tygrain* estaba a punto de averiguarlo.

# ÍNDICE

<u>COPYRIGHT</u>
<u>DEDICATORIA</u>
<u>NOTA DE LA AUTORA</u>
<u>ARGUMENTO</u>
<u>ÍNDICE</u>
<u>PRÓLOGO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>EPÍLOGO</u>
<u>SOBRE LA SERIE AL-HANAK</u>



## PRÓLOGO

—Si tuviese una cuerda a mano, me ahorcaría yo mismo.

Kaliq Al-Hanak traspasó como una exhalación las puertas abiertas de la zona común del palacio en la que haraganeaba uno de sus hermanos. Su naturaleza felina se reflejaba en sus ojos, en la manera en que se movía, casi podía sentir como se agitaba su cola al compás de su actual humor.

—No escucha. Esa capacidad parece haberla perdido este último año, aunque no es que antes se le apreciase demasiado —masculló dando voz a su frustración—. Pero esto ya ha ido demasiado lejos. No puede seguir imponiendo su voluntad...

No cuando esta lo había puesto, de forma inesperada, entre la espalda y la pared.

—Ha perdido la cabeza por completo.

El muchacho dejó el libro que estaba leyendo a un lado y lo miró.

—¿Qué te pasa, *gatito*?

Odiaba apasionadamente ese apodo y Tarek lo sabía. Gruñó a su hermano pequeño y pasó a su lado dispuesto a tener un *tête à tête* con la botella del bar. Seis años menos que él, el joven príncipe de Bahir era todavía un cachorro en muchos aspectos, ni siquiera su sangre Tygrain hacía que el joven de treinta años se comportase con la estoicidad y seriedad que requería el momento. Como siempre, estaba repantingado en el sofá, con el libro que había estado leyendo abierto boca abajo sobre su estómago y una libreta de notas cerca.

—Nuestro padre y sus maquiavélicos planes —resopló sirviéndose una

copa de licor y bebiéndose el contenido de golpe—. Eso es lo que pasa.

El chico dejó el libro a un lado, marcó la página en la que se había quedado con un separador y lo dejó sobre la mesilla antes de incorporarse.

—¿Qué gran invención le ha pasado ahora por la cabeza?

—Matrimonio.

El chico resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Es que no le llegó lidiar con dos mujeres que quiere ir a por una tercera?

Se giró hacia él y sacudió la cabeza.

—No se trata de él, Tarek, sino de su primogénito —se señaló con ambas manos—. Desea que me case.

Su hermano frunció el ceño.

—¿Y? Ese ha sido su deseo desde el momento en que te salió barba —se encogió de hombros—. No es nada nuevo. Lleva insistiendo con lo mismo a cada uno de nosotros desde el mismo instante en que alcanzamos la pubertad.

—Quiere que me case en un plazo de tres meses.

La forma en la que brillaron los ojos castaños del chico fue suficiente respuesta.

—Y a juzgar por los gritos que he escuchado desde mi suite, no era una petición.

Ambos se giraron al escuchar la voz ronca del segundo príncipe de Bahir.

—No, no lo era —corroboró mirando a su hermano.

Sharif tenía un año y medio menos que él y, al igual que el cachorro, era hijo de la segunda esposa de su padre y su verdadera compañera.

No dejaba de ser irónico que, siendo el primogénito, su madre hubiese sido la sultana, pero no el corazón de su padre. Su raza se emparejaba con el alma, existía una única compañera, alguien a quien su tigre reconocería con

solo tenerla delante y captar su aroma. Pero su familia tenía una maldición añadida.

—¿Qué has hecho para encabronarlo de esa manera? —preguntó reuniéndose con ellos—. Nunca lo había visto tan fuera de sí.

Puso los ojos en blanco y recordó brevemente la manera en la que se había enfrentado a su progenitor y a sus propios temores. Ese había sido su error, tenía que haber refrenado la lengua y callar, pero había cosas que no podía pasar por alto y el que intentase gobernar su vida era una de ellas.

Era consciente de su deber como primogénito, como heredero del sultán, no iba a huir de él, pero tampoco estaba dispuesto a precipitarse.

Lo habían prometido con la hija menor del *Sheikh* Nazira, una de las familias más importantes del país y descendientes de la Primera Tribu, cuando era apenas un muchacho. Era su deber, pura política, una manera de estrechar lazos, pero la realidad era que no había visto a su prometida más que un par de veces en toda su vida. La última de ellas cuatro años atrás, durante la fiesta que se había celebrado en el palacio para honrar su compromiso y, en honor a la verdad, no recordaba gran cosa sobre la mujer.

En aquel momento no había sentido que fuese su compañera, ni siquiera había despertado el deseo o el interés de su tigre, pero estaba dispuesto a darle una nueva oportunidad antes de tomar las riendas de su destino.

—Le informé que no tenía intención de seguir sus pasos —contestó entonces a la pregunta formulada—. Primero me encontraré con ella y, solo entonces, tomaré una decisión. No me precipitaré, no cometeré sus mismos errores.

Sharif sacudió la cabeza.

—El tacto no es precisamente una de tus virtudes, principito.

Enarcó una ceja ante el tono de su hermano.

—Solo a ti se te ocurre abofetear al viejo con su propia historia —

añadió Tarek.

Gruñó, su felino estaba nervioso, tan poco dispuesto a formar parte de aquella pantomima como él mismo.

—Su majestad decidió anteponer el deber por encima del destino, ¿y de qué le sirvió? Se casó con mi madre prácticamente por obligación, solo para encontrar en el plazo prometido a su verdadera compañera —sacudió la cabeza—. Si bien respetó a su esposa y la cuidó, nunca la amó. Su corazón y su alma le pertenecen a su compañera.

—Vas a esperar a que se termine el plazo, ¿no es así?

—Si he de casarme con la princesa de la tribu Nariza, lo haré —aceptó con convicción—. Pero no condenaré a una mujer a repetir los errores de mis progenitores y padecer sus consecuencias. Cuando escoja emparejarme, lo haré con una única mujer y, si el destino colabora, esa hembra será mi compañera.

—La maldición de los Al-Hanak —les recordó Tarek—. Si el destino no elige una mujer compatible antes de que los varones de la familia cumplan los treinta y siete, ya no lo hará en esta vida. Una compañera, la única para un *tygrain*.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

Respiró profundamente.

—Le haré una visita a mi prometida y me cercioraré de si es o no mi compañera —concretó mirando a Sharif.

—¿Y si no lo es?

—Si *ella* no viene a mí en los próximos trece meses, una hembra de la Primera Tribu se convertirá en princesa.

—Apesta ser tú, *gatito*.

Fulminó de nuevo a su hermano.

—Solo espero que después de este inesperado ataque de premura de

padre, no nos exija a los demás hacer lo mismo —vaticinó Sharif.

—El matrimonio me da urticaria —se estremeció Tarek—, os lo dejó a vosotros, vejestorios.

Sacudió la cabeza.

—Habló el bebé de la casa —chasqueó su hermano, entonces se giró hacia él—. Entonces, ¿te reunirás con la princesa Bakara Nazira?

Asintió. Parecía que alguien recordaba el nombre de la mujer.

—No tengo la menor intención de volver a enfrentarme con él otra vez —declaró con un mohín—. No hasta tener una respuesta que darle a su majestad.

Solo esperaba que esa llegase a tiempo.

# CAPÍTULO 1

—Ya eres libre para hacer travesuras.

Sarah puso los ojos en blanco ante el canturreo de su mejor amiga.

—Hazlas tú por mí durante los próximos quince días, princesa —la abrazó con cariño—. Sé muy mala.

Su amiga y recién casada se rió y dio un paso atrás.

—Um... lo seré —le guiñó el ojo—. Y tú diviértete durante tus vacaciones, la vida es demasiado seria y aburrida como para no arriesgarse.

—Oh, me arriesgaré —bajó el tono de voz, solo para sus oídos—. Me iré a ese restaurante que me recomendaste y tendré un orgasmo con ese postre.

Sacudiendo la cabeza se giró hacia la limusina que la esperaba para llevarla, junto con su marido, al aeropuerto.

—Nos vemos dentro de quince días.

No pudo evitar emocionarse al ver a la pareja compartir un cálido beso, se los veía tan enamorados. Había sido una ceremonia preciosa, el convite espectacular, pero ahora lo que quería era volver a la habitación del hotel, sacarse los zapatos de tacón y regalarse un merecido baño de espuma antes de meterse en la cama.

Miró el reloj. Nadie la echaría en falta si se marchaba ya, sobre todo porque había sido invitada por la novia y no conocía a nadie más. Abandonó el pequeño grupo congregado ante la entrada del hotel, mayormente invitados del novio, y volvió a entrar.

—Bendita tu idea de celebrar la recepción en el mismo hotel en el que

nos alojamos, Kara —comentó para sí. Atravesó el vestíbulo y caminó directa hacia los ascensores resintiéndose una vez más de los tacones. Echó un rápido vistazo a su alrededor y, al ver que nadie se fijaba en ella, se quitó los zapatos.

—Oh sí, esta es otra clase de orgasmo —gimió estirando los dedos mientras esperaba por el ascensor.

Al fin libre. Se moría por ese baño. Una bañera llena de agua caliente y sales aromáticas. Después podría meterse en la cama y dormir hasta las tantas. No había necesidad de madrugar, podía remolonear todo lo que quisiera y salir a comer al mediodía a ese restaurante que le había recomendado. Haría turismo, después de todo estaba de vacaciones.

—Mis primeras vacaciones de verdad en una eternidad —argulló sonriendo para sí. Las puertas se abrieron y entró marcando al momento el número de su planta.

La inesperada llamada de su amiga y el email con los billetes de avión fueron una repentina sorpresa. Había pensado que le estaba tomando el pelo, incluso llamó a la compañía aérea solo para darse cuenta de que efectivamente tenía asiento reservado en primera.

¡Kara estaba completamente loca!

Si había alguien capaz de decirle de la noche a la mañana que se casaba y obligarla a subirse en un avión y hacerse siete horas y media sin pestañear, esa era Bakara Nazira. Desde que se conocieron por casualidad seis años atrás en la cafetería en la que Sarah trabajaba para pagarse la carrera, su amistad había ido creciendo hasta el punto de terminar atravesando el país la una por la otra sin necesidad de explicaciones.

Todavía recordaba el aparatoso accidente de coche en el que se vio involucrada su amiga hacía tres años. Un conductor borracho que conducía en sentido contrario la había sacado de la carretera, los servicios de emergencias

la habían contactado a ella e inmediatamente corrió hacia el hospital. Aquello solo había sido el comienzo de algo mucho más grande y absurdo, una inesperada verdad saliendo a la luz y un viaje que cambiaría su perspectiva del mundo para siempre; su mejor amiga había sido mucho más de lo que le había dejado entrever.

*«Me estás tomando el pelo, ¿verdad?».*

*«Me temo que no. Oh, Sarah. Siento no habértelo dicho antes, pero quería que me viesen por mí y no por una condición de nacimiento».*

*«Princesa Bakara. Chica, esto va a necesitar de mucho té y una enorme charla».*

Su primera visita a Bahir había sido un verdadero punto de inflexión. No solo comprendió lo que su amiga quería decir, lo que significaba para ella el poder vivir en otro país, ser anónima, sino que también influyó en ella para tomar una decisión sobre lo que deseaba hacer con su vida una vez terminase la carrera. Ese viaje se adueñó de parte de su corazón, unos cuantos días habían bastado para enamorarse completamente de la tierra natal de su mejor amiga... entre otras cosas.

Sí, ese viaje le había cambiado la vida en muchos aspectos.

Salió del ascensor y bostezó. Esa mañana se había levantado temprano para ayudar a la nerviosa novia a arreglarse, había sido un día ajetreado y emotivo, uno que ambas recordarían siempre con cariño.

—Y ahora... la llave —murmuró en voz alta mientras maniobraba con los zapatos bajo el brazo y hurgaba dentro del bolso para sacar la tarjeta de la habitación.

Deslizó la llave electrónica en la cerradura con precisión y empujó. La puerta se abrió un instante antes de que se desatase el infierno sobre ella.

—¿Pero qué...?

No tuvo tiempo de componer una sola palabra más. Alguien la abordó



por la espalda, unas toscas y grandes manos le empujaron un trozo de tela en la boca y a continuación se quedó ciega cuando le cubrieron la cabeza con una bolsa y la lanzaron al suelo, maniatándola.

*Oh dios mío, oh dios mío, oh dios mío* repetía una y otra vez su cerebro incapaz de formar otro pensamiento coherente.

*¡Por todos los diablos! ¡Me están secuestrando!*

Kaliq esperaba complicaciones y quejas femeninas cuando decidió abandonar Bahir y volar a los Estados Unidos en busca de su prometida, pero esto era el colmo.

El primer escollo con el que se había encontrado después de trazar su plan fue no encontrar a su prometida dónde debería estar; en Kamsa, la segunda ciudad más grande de su país y residencia de la Primera Tribu. La hija del *sheikh* Nazira pasaba largas temporadas en los Estados Unidos, dónde había cursado sus estudios, de hecho, según la información que le habían remitido, su domicilio actual estaba en la ciudad de Nueva York, en el continente americano.

Aquel ya había sido el primer revés, pues no había contado con tener que coger el avión y cruzar el Atlántico. Había esperado que el tomarse dicha molestia terminaría para ambos en una rápida visita, una conversación entre adultos y la rápida resolución de sus problemas. De nuevo erró en sus cálculos; la princesa había resultado ser tan escurridiza como una serpiente, negándose a entrevistarse con él nada más llegar y emplazándole para una futura reunión a finales de esa misma semana.

Las ganas de estrangularla le duraron prácticamente las cuarenta y ocho

horas siguientes a su «nota», pero no habría llegado al lugar que ocupaba ni sería el hombre que era hoy en día si no supiese esperar y tener paciencia. Sin embargo, dicha paciencia se había convertido en un arranque de ira al enterarse por medio de sus hombres, los cuales no habían cejado en sus pesquisas, que nunca se celebraría la reunión propuesta por la princesa; Bakara Nazira iba a casarse al día siguiente.

En otras circunstancias posiblemente hubiese encontrado el asunto incluso divertido, pero con la conversación de su padre todavía fresca, las siete horas y media de avión y la absoluta burla de la que había sido víctima por parte de esa hartera mujer durante los últimos cinco días, su nivel de tolerancia se esfumó bajo una épica explosión de mal genio.

Esa mujer no se iba a reír de él, no deshonraría su nombre de esa manera, cumpliría con su destino así tuviese que hacerlo atada y amordazada ante un maldito juez de paz.

*«Id a por ella y traédmela, así patalee y grite».*

Su palabra era ley. Era el príncipe heredero de Bahir y estaba acostumbrado a que las cosas se hiciesen según sus órdenes, a que se siguiesen sus instrucciones al pie de la letra y obtener lo que deseaba. Por ello, no había contemplado el fracaso ni tampoco el verse en medio de un colosal malentendido como el que estaba afrontando en esos mismos instantes.

—Tú no eres mi prometida.

La mujer maniatada y amordazada que sus escoltas habían lanzado al interior de la limusina, no era quién debía ser. Ese pelo castaño y los insultantes ojos azules que lo atravesaban, proclamaban a voz en grito el error que habían cometido esos dos. Esta no era la princesa, no era la mujer a la que habían prometido, su futura esposa.

—No eres la princesa Bakara.

Se habían equivocado de mujer, sí, pero la hembra que estaba ahora ante

él, que despertaba cada uno de sus instintos felinos y olía como la más jugosa de las frutas, era mucho más que un error... era... *ella*.

Su tigre la reconoció al instante, despertó en su interior arañando la superficie, intentando imponerse a su naturaleza humana, agudizando todos sus sentidos y rugiendo de deseo y necesidad. Quería reclamarla, quería morderla, quería... a su compañera.

—Eso no es posible, Kaliq, ella estaba...

Cerró la puerta del coche de golpe encerrando a su cautiva y se giró al hombre que había pronunciado esas palabras. Tan alto como él, con facciones duras y piel curtida, Jamal era uno de sus dos escoltas de confianza.

—No la has visto desde hace cuatro años, es posible que haya cambiado y...

Gruñó, un sonido demasiado animal que dejaba patente que su naturaleza *tygrain* estaba en la superficie.

—Esta mujer tiene los ojos azules, el pelo castaño con reflejos rubios, la princesa es morena de ojos color avellana —declaró con repentina irritación.

—¿Tinte? ¿Lentillas de color? —sugirió un segundo hombre, el cual permanecía en pie al lado de su compañero. Mientras que Jamal era moreno, Héctor cubría cabeza rasurada con un turbante—. Tiene que ser ella. Estaba alojada en el mismo hotel, en la misma habitación y bajo ese maldito nombre.

Frunció el ceño y les dio la espalda en un intento por recuperar la calma. No podía dejar de echar miradas al cristal tintado de la ventana, su aroma era tan delicioso, incluso desde allí podía notarlo y eso lo estaba volviendo loco. Jamás había sentido nada tan poderoso, era como un imán que lo empujaba sin remedio hacia la desconocida que permanecía recluida, la mujer que el destino le había enviado.

Se lamió los labios e hizo un verdadero esfuerzo para mantener la

concentración y no agredir sin motivo a sus compañeros. Si además de sus escoltas personales no fuesen también sus amigos probablemente no habría tenido inconveniente alguno en arrancarles la garganta dado su actual estado de alteración. Jamal y Héctor llevaban a su lado desde su primer cambio, habían crecido juntos y se conocían tan bien como podían conocerse los hermanos sin lazos de sangre.

—Esa... hembra... no es Bakara Nazira, no es la hija del *Sheikh* Al-Nazira. —Insistió en lo obvio y arrugó la nariz cuando su fino oído captó el sonido ahogado de las protestas femeninas y los golpes que estaba propinando al interior del vehículo. La chica no había dejado de debatirse y gritar, a través de la mordaza, hasta el momento en que la lanzaron dentro del coche y le quitaron la capucha que le cubría la cabeza. La sorpresa había sido obvia por ambas partes, si bien para él había sido como si una bola de demolición le hubiese golpeado de lleno en el pecho. En el momento en que captó su aroma dejó de pensar.

—No es ella.

Jamal se llevó las manos a las caderas y resopló. El hombre tenía un aspecto impecable, incluso elegante con ese traje italiano a medida, pasaría antes por un hombre de negocios que por un entrenado soldado.

—¿Te das cuenta de que si no es ella, acabamos de cometer un secuestro?

—Diría que aunque fuese ella, seguiría siendo un secuestro —acotó Héctor, con gesto serio. De los dos era el más serio.

—Sí, bueno, en el caso de la princesa, siempre podríamos aludir a una «*discusión prematrimonial*» —declaró su compañero—. Pero si no lo es...

Lo miró con cara de pocos amigos, casi podía notar a su tigre afilándose las uñas.

—Ey, esa gatita estaba abriendo la puerta de la habitación que estaba a

nombre de su alteza, ¿qué esperabas que hiciese? ¿Qué le pidiese el carné de identidad? —Se justificó con su usual despreocupación—. Te dije que esto era una mala idea y por lo que veo, no me equivoqué.

—Deberíais haberos dado cuenta de que no era la misma mujer — señaló lo obvio.

—Te recuerdo que ninguno de los dos estábamos en palacio cuando se dio la recepción de compromiso —le recordó oportunamente—. Y, dado tu escaso interés por la mujer con la que te comprometieron... no veía motivo alguno para interesarme yo por ella.

Lo fulminó con la mirada, su tigre se reflejó en sus ojos y empezaron a dolerle los incisivos.

—Basta, Jamal, te lo advierto... —El tigre en su interior apareció en su VOZ.

El hombre se limitó a resoplar, pero mantuvo las distancias. Nadie en su sano juicio se enfrentaría a ninguno de los príncipes en forma animal.

—Entonces, si no es la princesa, ¿a quién hemos sacado del hotel?

La pregunta de Héctor hizo que los tres se giraran a mirar de nuevo la limusina.

Kaliq respiró profundamente, luchando de nuevo con la imparable necesidad que crecía en su interior y lo empujaba a abrir la puerta y verla otra vez, a tocarla y... Apretó los ojos con fuerza y se obligó a serenarse para darles la respuesta que buscaban.

—A mi verdadera compañera.

Ignoró los exabruptos que emergieron de las bocas masculinas y tiró de la manilla para encontrarse ahora con la mujer espatarrada en el suelo de la limusina. Se revolvía como un gusano mientras soltaba improperios ininteligibles y pateaba la puerta contraria con ambos pies. Las ataduras y la mordaza que todavía conservaba le impedían hacer mucho más.

—Me atrevería a decir que tenemos un incidente internacional entre manos, uno del que nos va a costar el desierto entero resolver —chasqueó Héctor—. Al sultán no le va a gustar ni un pelo todo esto.

Se limitó a gruñir una última vez, entró en la limusina, cerró la puerta tras él y dejó fuera a esos dos cabezas huecas. Sus ojos se encontraron con los de la chica que había conseguido ponerse de espaldas y lo observaba con un inusitado odio. Sus pechos, apenas contenidos por la delicada tela de un vestido de fiesta, se elevaban y bajaban al ritmo de la acelerada respiración, sus pezones se marcaban contra la parte frontal proclamando la ausencia de ropa interior. Tenía el rostro enrojecido, gotitas de sudor le perlaban la frente y el valle de los senos. Se acomodó en el asiento frente a ella, separó las piernas posando los pies a ambos lados de su cuerpo y se inclinó hacia delante.

—Voy a quitarte el pañuelo de la boca, te ruego que no grites.

Ella no dijo nada, se limitó a atravesarle con esos inquietantes ojos azules. Tampoco hizo ningún movimiento cuando acercó la mano para desatarle la mordaza, pero eso cambió cuando le retiró la tela de la boca. Sus dientes, blancos, inmaculados, se clavaron con saña en su mano, hundiéndose en la carne, provocándole una punzada de dolor y haciéndolo sisear.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón! ¡Suéltame ahora mismo! ¡No te vas a salir con la tuya! —empezó a chillar como una hiena. Entonces pareció coger aire y continuó con sus gritos—. ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Qué alguien me ayude! ¡Me han secuestrado! ¡Quieren venderme en el mercado negro!

Sus chillidos le taladraron los oídos, arrugó la nariz y, casi sin meditarlo, cogió el vaso de agua que todavía conservaba en su lado de la limusina y le lanzó el contenido a la cara.

La inesperada acción hizo que la muchacha dejase de gritar el tiempo justo para que sus oídos agradeciesen el interludio. El gesto de estupor en el

rostro femenino pronto fue sustituido por una irritable desesperación. Nuevos bandazos de su cuerpo maniatado en el suelo la llevaron lo suficiente cerca como para que la maldita mujer volviese a clavarle los dientes ahora en la pantorrilla.

—¡Por todos los desiertos! —Saltó y luchó con la instintiva reacción de empujar a aquella fiera de una patada. Se movió a un lado con rapidez y se abalanzó hacia delante, cayendo sobre ella y clavándola al mismo tiempo en el suelo de modo que no pudiese seguir agrediéndole—. ¡Cálmate!

—¡Secuestrador! ¡Cabrón! ¡Suéltame ahora mismo! ¡Te denunciaré! ¡Mandaré a la policía, a los S.W.A.T.T. y a la Guardia Montada del Canadá sobre tu culo como no me sueltes ahora mismo! ¡Bastardo! ¡Socorro! ¡Violador! ¡Me quieren violar! ¡Auxilio!

La empujó con un poco más de fuerza contra el suelo, el vehículo se movía con cada movimiento y, maldita fuera, ella olía de una manera deliciosa.

—He dicho, ¡cálmate! —ordenó con el mismo tono imperioso con el que esperaba que se le obedeciese. Necesitaba centrarse, tenía que dejar de verla como un apetitoso pastelillo, especialmente cuando esos dientes estaban cerca—. Deja de gritar. Nadie va a violarte, fiera estúpida.

—¿Estúpida? ¿Acabas de llamarme estúpida? —jadeó ella e intentó girar la cabeza para mirarle—. ¡No tienes derecho a llamarme estúpida o poner en entredicho mi inteligencia! ¡Eres un secuestrador!

Abrió la boca para decir algo pero la puerta se abrió dejando entrar un poco de aire, al momento los rostros de sus dos escoltas entraron en su campo de visión.

—¿Va todo bien ahí dentro?

Al ver su oportunidad, volvió a revolverse debajo de él y tomó aire para chillar a todo pulmón.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Me han secuestrado! ¡Llamen a la policía! ¡Soco...!

—Cierra esa maldita puerta —gruñó con voz fría y mortal a los hombres.

Ambos debieron captar el tono de su voz pues la puerta se cerró en el acto.

—¡Suficiente! —clamó una vez más dirigiéndose ahora a ella. Giró el cuerpo femenino hasta que sus manos, atadas a la espalda, estuvieron sobre el suelo y esos ojos azules sobre los suyos, amenazándole con toda clase de torturas—. Deja de chillar de esa manera, vas a destrozarme los tímpanos.

—¿Y crees que me importa?

Volvió a chillar como una loca y no le quedó más remedio que recoger el pañuelo que le había quitado y aprovechar la abertura de su boca para introducirlo y ahogar así sus agudas protestas.

—Silencio —ordenó una vez más y se inclinó hacia ella, procurando mantenerse lejos de sus dientes—. ¿Qué hacías en esa habitación de hotel? ¿Dónde está su alteza, Bakara Nazira?

La pregunta pareció cogerla por sorpresa, casi podía decir que despertó el recelo en su mirada. Parpadeó y sus ojos perdieron la hostilidad inicial para sustituirla por confusión y sorpresa. Su cuerpo, todavía tenso, se suavizó y le pareció que farfullaba alguna cosa contra la mordaza.

—Te lo quitaré, pero si escucho un solo grito más, volverás a sentir su sabor —la avisó, se acercó a su boca y se detuvo en seco para hacerle una última advertencia—. Y si vuelves a morderme, no te gustará el castigo.

Se miraron unos momentos a los ojos, ella todavía respiraba de forma agitada, pero ya no parecía tan belicosa. Su cuerpo era cálido, blando y encajaba tan bien debajo del suyo...

*Demonios.*

Tuvo que esforzarse en dominar a su tigre y mantener su excitación a



raya. Le retiró el pañuelo y apartó la mano con rapidez por si acaso. Vio cómo se lamía los labios y esos dos pedazos de cielo se deslizaban sobre él antes de subir de nuevo a su rostro.

—Puedes hablar.

Su concesión pareció molestarla, pero no dudó en replicar:

—¿Quién eres? —La curiosidad y el recelo en su voz era palpable.

—Yo he preguntado primero.

La terquedad con la que levantó la barbilla y la mirada desafiante que le lanzó, pese a su actual situación, lo sorprendió.

—Y yo soy la que ha sido atada, amordazada y raptada de la puerta de mi habitación de hotel.

—No es tu habitación.

Levantó aún más la barbilla, incluso en esa posición tan vulnerable osaba desafiarle.

—Por supuesto que lo es —replicó con retintín.

—Tú no eres la princesa Baraka.

El nombre no le era desconocido, pensó al ver su precavida reacción.

—No, ni pretendo serlo —respondió sosteniéndole la mirada.

—¿Dónde está ella?

Los suaves y rosados labios se apretaron en una fina línea, pensó que no diría una palabra pero volvió a sorprenderle con su hostil curiosidad.

—Repito, ¿quién eres?

Su tigre agitó la cola, nervioso, deseoso de esa mujer y al mismo tiempo diría que incluso divertido por su belicosidad. Él la aceptaba ya, no le cabían dudas respecto a su identidad, sabía que era suya.

—Su esposo. —Era una respuesta tan ensayada que ya le salía sola. Sin embargo, ahora no tenía sentido, ante ella, esa palabra no era correcta.

Para su completa estupefacción la muchacha se echó a reír, las

carcajadas hacían que ese pequeño y voluptuoso cuerpo bajo el suyo temblase y la sensación le resultó de lo más placentera.

—No, no lo eres —replicó con palpable ironía—. Y puedo decirlo con absoluta seguridad, puesto que acababa de despedirme de los novios cuando me raptaron delante de mi habitación.

Su explicación lo descolocó durante un momento.

—¿Qué?

Los labios femeninos se curvaron en una satisfecha y sensual sonrisa que le arrancó una punzada de deseo en medio de aquel caos mental.

—¿No entiendes mi idioma? —le soltó irónica—. Kara se casó esta misma mañana con su prometido, el hombre con el que ha estado viviendo estos últimos dos años.

En su afirmación no cabía la mentira. Tal parecía que, después de todo, había llegado tarde y la ladina princesa se había salido con la suya.

—¿Se ha casado esta mañana?

Algo en su voz hizo que ella entrecerrase los ojos y lo mirase fijamente.

—Repetiré mi pregunta, ¿quién eres y qué es lo que quieres de ella?

La manera en que pronunció las palabras, su desconfianza, su cautela, todo en ella hablaba de lealtad hacia una mujer que no se la merecía. Su tigre gruñó, quería esa misma lealtad para él.

—Soy Kaliq Al-Hanak, príncipe del sultanato de Bahir y, en estos momentos, solo deseo una explicación que evite una deshonra a mi familia.

La inmediata palidez que cubrió el rostro femenino, la forma en que sus ojos se abrieron con asombro y el temblor de sus labios le indicó que su nombre no le era desconocido.

—Sabes quién soy.

Se sobresaltó, lo recorrió con la mirada y volvió a mirarle a los ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, tú no...

—¿Yo no qué?

La vio estremecerse, sacudió una vez más la cabeza y apretó los labios.

—Me conoces... —No era una pregunta, sino una afirmación. Su nombre no le era desconocido, como al parecer tampoco su identidad.

—No, en realidad... nunca le había visto antes de ahora, alteza.

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre ella, impidiéndola eludir su mirada.

—Pero sí has oído mi nombre con anterioridad —aseguró, no había error posible en su suposición—. La princesa te habló de mí.

Sus ojos se velaron un poco, desvió ligeramente la mirada y musitó en voz baja.

—Obviamente adornó un poco de más la realidad.

Enarcó una ceja ante la extraña respuesta, se inclinó sobre ella y le cogió la barbilla. El solo contacto lo estremeció hasta la médula y, a juzgar por la forma en que se abrieron sus ojos no fue el único que lo sintió.

—¿Quién eres tú, gatita?

La suavidad en su tono hizo que levantase los ojos y sus labios se moviesen en una apenas audible respuesta.

—Nadie, no soy absolutamente nadie.

## CAPÍTULO 2

Oh, sí. Nadie. Quería seguir siendo nadie para él, porque su presencia allí no hacía otra cosa que complicarlo todo muchísimo más.

*«Demonios, Kara. Se suponía que todo había quedado aclarado entre vosotros».*

Él no la conocía, no sabía de su existencia, no tenía la menor idea de que Sarah, sin embargo, sí sabía quién era Kaliq Al-Hanak, el mayor de los príncipes de Bahir. Lo había conocido a través de los ojos de terceras personas, se había formado un retrato sobre el heredero del sultanato y, ahora, se daba cuenta que dicho retrato quedaba difuso ante la masculina, peligrosa y sensual realidad.

Demasiado lejos quedaban sus fantasías arabescas, el misterio y el romance que podía encerrar un príncipe del desierto, el hombre que estaba ante ella era dominante, orgulloso y un completo capullo.

Bakara le había hablado en muchas ocasiones sobre él, había hecho un retrato del hombre que no encajaba con el príncipe que ahora tenía delante. La primera vez que supo de su existencia fue durante la convalecencia de su amiga en Bahir, el *sheikh* Nazira había estado más que dispuesto a hablar sobre el compromiso que unía a su única hija con el príncipe heredero del sultanato.

*«¿Estás prometida a un príncipe?».*

Le había preguntado cuando quedaron a solas, Bakara había puesto los ojos en blanco y sonrió de soslayo.

*«Él no está buscando a una princesa como esposa, sino una compañera. Y yo no encajo en ese puesto. Además, mi amor está fuera de este desierto, así que... me temo que el príncipe Kalig tendrá que seguir buscando esposa».*

*«Pero tu padre acaba de decir...».*

*«Mi padre obedecerá la voluntad del príncipe tygrain, es su deber y su honor».*

Esos días le había hablado del país. Le relató algunas de las más antiguas leyendas ocultas en las arenas de su desierto, de los primeros moradores de la región, de la familia que gobernaba con fuerza y sabiduría el país y las ventajas y desventajas de vivir en un paraíso como aquel. Kara a menudo había comparado su vida allí con la libertad de la que disfrutaba en los Estados Unidos y, por supuesto, el asunto del matrimonio había salido a la luz. La princesa no tenía la menor intención de casarse con un hombre que ni siquiera conocía, alguien que no se había preocupado siquiera en conocerla, así que cuando la familia real decidió celebrar una fiesta para honrar el compromiso de su heredero y su amiga, ella puso punto y final a ese futuro matrimonio. Al menos, eso era lo que le había dicho entonces y lo que había supuesto hasta ahora.

*«He hablado con el príncipe Kalig. Me ha parecido un hombre inteligente y culto. Comprende que todo este asunto del compromiso no es más que algo arcaico, que es cosa de nuestras familias y le interesa tan poco como a mí casarse con un completo desconocido».*

Se suponía que todo había quedado claro entre ellos, que ambos estaban de acuerdo en seguir cada uno su camino. Por el amor de dios, ¡si la muy loca se había casado esa misma mañana con su prometido, el hombre con el que llevaba viviendo dos años!

La llamada inesperada, el email con los billetes, la ausencia de su

familia, todo ello cobraba ahora especial sentido.

*«Tendrán que comprender que los tiempos han cambiado, que las tradiciones forman parte del pasado y que soy una mujer adulta y sensata, lo suficiente como para saber qué hacer con mi propia vida. Además, él no me necesita a mí, necesita alguien que sea capaz de hacerle frente y despierte el amor que solo un tygrain puede entregar a su compañera».*

Qué tonta había sido. ¿Cómo había podido engañarla de esa manera? No habría una segunda ceremonia en su hogar natal dentro de quince días tal y como le había dicho. La muy loca se había casado a escondidas, en secreto y ahora, mientras se iba de luna de miel, Sarah tenía que enfrentarse a algo que ni siquiera tenía que ver con ella.

Tomó una profunda bocanada de aire y arrugó la nariz al notar el aroma de una colonia con un toque de sándalo. No era uno de sus aromas favoritos, lo consideraba demasiado fuerte, pero en ese hombre, la tesitura era distinta y le pareció que incluso le quedaba bien. Sus ojos de un oscuro tono marrón seguían fijos en ella, la estudiaba como si quisiese ver más allá de lo que estaba a simple vista; algo no muy difícil dado que todavía llevaba el vestido de la boda.

—Esto, ¿sería tan amable de quitarse de encima y desatarme, alteza?

Él entrecerró los ojos, pero no se movió ni un solo milímetro. Eso hizo que fuese más consciente de su cercanía, del calor que emanaba su cuerpo y de su complexión y musculatura. Era un hombre grande, podría decirse que incluso peligroso, aunque esa sensación la disminuía el caro traje a medida que vestía.

—Lo haré tan pronto me digas quién eres tú, cómo es que pareces conocerme y dónde puedo encontrar a esa traidora —insistió presionándola un poco más contra su cuerpo—. Y será mejor que tus respuestas me satisfagan.

Vale. Podía ser mono, estar bueno, pero era un completo capullo. Quizá

Kara había hecho lo correcto después de todo mandándole a paseo. ¿Quién se creía que era?

—No le importa quién soy yo. Como ya le he dicho, no le conozco más allá de lo que estoy teniendo el dudoso placer de notar sobre mí y, si por traidora se refiere a la princesa Bakara, lo más seguro es que en estos momentos ella se encuentre disfrutando de su noche de bodas —le soltó—. Por otro lado, si no me saca ahora mismo las manos de encima y me desata, tenga por seguro que no tendré reparo alguno en acusarle de secuestro y llevarlo ante las autoridades... príncipe o no.

Su respuesta fue gruñirle, un sonido masculino e irritado que precedió a su propio cuerpo siendo levantado en vilo en ese pequeño habitáculo. Un instante después él se había sentado en uno de los asientos y la mantenía doblada sobre sus piernas, con la cabeza apoyada en el asiento.

—Has reaccionado al escuchar mi nombre, está claro que sabes quién soy —replicó él y tragó saliva al notar sus manos aflojando las ataduras que la mantenían sujeta.

—El escuchar hablar de alguien no es lo mismo que conocerle.

Una vez le soltó las manos la giró de golpe y se vio obligada a aferrarse a algo para no caer; ese algo resultaron ser sus brazos.

—Muy cierto —asintió y volvió a clavar esos felinos ojos en su rostro—. Ahora, dime quién eres.

Se lamió los labios.

—Soy una amiga de su ex prometida —le dijo sin querer revelar su nombre—. Y, si quiere hablar con Bakara, le daré encantada su teléfono de contacto... tan pronto se disculpe y me lleve de regreso a mi hotel.

—No tengas tanta prisa, mujer, si alguien debe pedir disculpas aquí, esa eres tú. —Levantó la mano en la cual podía apreciarse una sangrante herida y la marca de sus dientes—. Me has mordido. Dos veces.

Jadeó visiblemente alucinada.

—Teniendo en cuenta que me ha raptado, atado y me han tratado como si fuese un fardo, diría que ahora estamos a mano.

Se miró la mano como si le costase creer que tenía sus dientes escritos en ella, entonces procedió a soltarle los tobillos.

—No deberías morderle a un príncipe Al-Hanak —comentó cuando terminó el trabajo, deslizó los dedos durante un fugaz momento por su pierna y fijó la mirada en su rostro—. Podría querer devolverte el mordisco.

Se estremeció, pero no supo si fue debido a su contacto o a que por fin podía mover las piernas.

—Debería advertirle eso a sus víctimas antes de secuestrarlas.

Se recostó contra el respaldo del asiento y la contempló.

—No eres tú la que esperaba encontrar en mis redes.

—Gracias a Dios.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Un error que estoy convencida podremos solventar tan pronto como me saque las manos de encima y me devuelva al hotel del que me sacaron esos dos gorilas que tiene ahí fuera, alteza.

Todavía no podía creerse su mala suerte. De todas las personas que podían aparecer en su camino, había tenido que ser él. Cuando le pusiese encima las manos a su amiga, la estrangularía, vaya que sí.

—Mucho me temo que la solución a este inesperado conflicto no es tan sencilla como crees —aseguró ciñéndole la cintura un segundo antes de hacerla resbalar sobre el asiento de modo que quedase a su lado—. Todavía no me has dicho quién eres y qué hacías en una habitación a nombre de la princesa.

—No sé si está sordo o es que no le apetece oír lo que digo —resopló y le apuntó con el dedo—. Pero, ¿sabe qué? No me importa. Sea lo que sea que



haya ocurrido entre ustedes, sea cual sea el motivo que le ha empujado a hacer algo tan absurdo como llevar a cabo un secuestro, es algo que tendrá que hablar con Bakara. Así que, si le da lo mismo, yo me bajo del coche aquí mismo...

Se echó hacia delante y alcanzó la manilla de la puerta solo para notar un tirón del otro lado cuando esta se abrió. Al momento uno de los enormes hombres vestidos de traje negro se interpuso en su camino.

—¿Alteza?

Escuchó un bajo resoplido a su espalda, entonces unas fuertes manos se cerraron sobre su cintura y tiraron de ella hacia atrás. Al momento volvió a estar sobre el regazo del príncipe, inmovilizada por su brazo.

—¿Va todo bien?

Él se limitó a suspirar, pudo sentir el calor de su aliento cerca de su oreja y se estremeció.

—Depende lo que consideres bien —resopló él, su aliento le acarició el oído—. Acabo de ser informado que la princesa Bakara Nazira ha contraído nupcias esta misma mañana.

Los gestos de asombro e incredulidad de los dos escoltas parecían genuinos.

—¿Cómo?

—¿Es una broma?

—Mi... invitada, acaba de informarme del reciente enlace... —aclaró señalándola.

Los ojos marrones de uno de los hombres se posaron sobre ella y, durante un breve instante, quiso hacerse más pequeña. Entonces fue consciente de su posición y luchó para resbalar de su regazo de nuevo al asiento, pero el príncipe no se lo permitió.

—Déjame ir... ahora mismo —exigió, fulminándole con la mirada.

Para su consternación, los labios masculinos se estiraron en una perezosa y sexy sonrisa.

—No.

La seguridad con la que se negó la dejó pasmada.

—A ver, a ver, a ver... ¿Estás diciendo que la princesa de la tribu Nazira se ha casado con otro? —Se adelantó el otro hombre, una copia casi idéntica del primero de no ser porque este no llevaba turbante—. Pero, ¿la boda no era mañana?

—Al parecer fue hoy.

—La madre que la...

—No ha podido hacerlo —añadió entonces el otro hombre, su gesto más serio y parecía que incluso más indignado que los otros—. Eso sería una deshonra para la primera tribu y una traición imperdonable para con la familia real.

—¿Quieres decírselo tú? —la interpeló entonces él—. Parece que hoy no tengo tanto poder como de costumbre, ya que no me creen.

Entrecerró los ojos y resopló.

—A mí no me metas en sus líos, alteza.

—Pero, ¿es en serio? —insistió el primero—. ¿Esa harpía se ha casado con alguien más?

—Jamal...

Ignorando el toque de atención de su señor, Sarah lo fulminó con la mirada.

—Llámala harpía una vez más y cantarás como un castrato —lo amenazó. Puede que Bakara hubiese metido la pata, pero seguía siendo su mejor amiga y si alguien iba a estrangularla era ella.

El hombre pareció genuinamente sorprendido por su amenaza.

—Vaya, ella tiene uñas, príncipe Kaliq.

Bajó la mirada y se encontró con la suya, su brazo se ciñó incluso más alrededor de su cintura.

—Y dientes —aseguró entrecerrando los ojos, entonces levantó la mano—. Puedo atestiguarlo.

Hubo un jadeo colectivo.

—¿Te ha mordido?

Asintió para su mortificación.

—Dos veces.

—Esto se pone interesante —comentó el tal Jamal cruzándose de brazos—. Aunque no sé si a tu padre le hará tanta gracia como a mí.

—Habrá que esperar para averiguarlo —murmuró en voz baja, con gesto pensativo. Entonces se giró hacia ellos—. Por ahora, regresemos.

Sus compañeros se miraron, la miraron a ella y cerraron la puerta dejándolos de nuevo a solas en aquel pequeño habitáculo.

Tenía que intentar ser amable y no desear morderle de nuevo, pero se lo estaba poniendo realmente difícil.

—Le agradezco que me deje de nuevo en el hotel, alteza —comentó haciendo hincapié en sus deseos—. Le daré el número de la princesa, estoy segura de que, si hablan las cosas, podrán arreglar lo que quiera que...

—No vamos a tu hotel —le dijo apretándola más contra su cuerpo, entonces pareció hundir la nariz en su cuello, como si la oliese—, sino al aeropuerto.

—¿Al aeropuerto? —parpadeó confusa, encogiéndose por las cosquillas ante su toque—. ¿Para qué?

—Para abordar un avión —declaró con sencillez—. Como he dicho, se ha generado un pequeño conflicto internacional y he de ponerle fin de la mejor manera posible.

Bueno, eso podía entenderlo. Ella misma había estado en medio de

algunos conflictos delicados a lo largo de sus dos últimos años de trabajo como consultora y sabía que el tiempo era primordial para la buena resolución de las cosas.

—De acuerdo, puede dejarme allí y cogeré un taxi para volver al hotel...

—No cogerás ningún taxi.

Su firme respuesta la cogió por sorpresa.

—¿Por qué no?

—He venido a los Estados Unidos para... encontrar a mi esposa — declaró sin dejar de mirarla—. Y no volveré a casa sin ella.

Sacudió la cabeza sin comprender.

—Pero ya le he dicho que Bakara...

—Sí, me lo has dicho —aceptó sin más—. Y ya que tu amiga ha optado por casarse y dejarte a ti atrás, serás tú quién ocupe su lugar.

—¿Queeeeeeee?

Le cogió la barbilla con los dedos y se la levantó hasta que sus miradas se encontraron.

—Tú serás mi esposa.

Ni siquiera pudo protestar, pues sus labios acallaron cualquier posible respuesta y su lengua incursionó en su boca haciéndola olvidarse hasta de respirar.

Demonios, la estaba besando un príncipe y no podía encontrar ni un solo gramo de voluntad para oponerse a ello.

## CAPÍTULO 3

Había sido irreflexivo, precipitado, pero no quería separarse de esa mujer. Su beso no había hecho más que confirmar lo que ya sabía, que esa pequeña cuyo nombre todavía desconocía, era su compañera. La deseaba, empezaban a picarle los dedos por conocerla íntimamente, por tocar su piel y aprender su sabor. Además, era la única que podía dar respuesta a las preguntas que bullían en su mente, que podía arrojar algo de luz a los inesperados sucesos de los que había sido informado.

Casada. La mujer a la que había estado prometido, su futura esposa, se había desposado esa misma mañana con otro hombre sin pensar en su previo compromiso, en su país o en lo que significaba para su propia casa esa irreflexiva falta. No podía decir que le sorprendiese, estaba claro que su «aplazamiento» para verle no había sido otra cosa que un ardid más de esa caprichosa criatura. Curiosamente encontraba que no le molestaba tanto como debería, en realidad había dejado de pensar o preocuparse por esa mujer desde el mismo instante en que tuvo delante a su compañera.

Hizo una mueca al sentir el escozor del antiséptico que se había aplicado, la marca de los dientes se mostraba perfectamente en su mano, un claro recordatorio de que la muchacha que había secuestrado y arrastrado hasta el avión, no era precisamente una damisela en apuros. Y no era el único lugar en el que tenía grabados sus dientes, la fierecilla le había dejado también su molde bucal en la pantorrilla, solo que, gracias al pantalón, no había conseguido sacar sangre.

Cerró el grifo y levantó la cabeza hasta encontrar su propio reflejo en el espejo del baño. Todo en él hablaba del príncipe que era, de su forma de vivir, de las comodidades a las que estaba acostumbrado, pero solo quién le conociese de verdad vería que aquel no era el reflejo de un príncipe, sino de un hombre confundido con sus propias decisiones.

—Un jodido conflicto internacional.

¿No era precisamente lo que había provocado él mismo al meter a Sarah en el avión en contra de su voluntad?

Había hecho que sus compañeros regresasen al hotel y registrasen la habitación en busca de su documentación. Quería saber quién era, qué hacía en aquel hotel y qué relación la unía exactamente a su antigua prometida. Necesitaba saber a qué se enfrentaba y, más que ninguna otra cosa, ahora necesitaba regresar a casa con esa mujer como su esposa.

¿No había sido ese el motivo principal de su pelea familiar? ¿No había emprendido ese viaje para terminar de una vez por todas con todo aquel asunto?

*«Escoge con sabiduría, pero escoge con el corazón».*

Las palabras de su madre, la sultana, lo habían cogido por sorpresa. Había ido a visitarla a sus aposentos antes de salir de viaje. Como la primera esposa de su padre poseía una zona privada en el palacio, un conjunto de habitaciones que formaba en sí mismo una pequeña casa.

Amina era una mujer calmada, leal a los suyos, sincera y fiel, con el tiempo su padre había encontrado en ella una mujer en la que podía confiar, si bien su alma pertenecía a su compañera, no ignoraba el hecho de que su corazón todavía guardaba cariño por su primera esposa. Ella había sido la que había aportado ideas innovadoras que habían llevado su país a un nuevo nivel, era un pilar importante en las políticas de su padre y también la única culpable de que todos y cada uno de los príncipes hubiesen cursado sus estudios en el

extranjero. Su madre les quería a los tres por igual, no mostraba favoritismos a pesar de saber que su marido había tenido dos hijos con otra mujer.

Él siempre había encontrado en ella a una amiga, una consejera, y esa mañana, cuando pasó a despedirse, no había dudado en decirle lo que quería; que no repitiese los pasos de su padre y los suyos propios.

*«Si crees que ha llegado el momento de escoger esposa, hazlo. Pero no te precipites, no lo hagas porque tu padre te lo haya ordenado, hazlo porque has encontrado a la mujer sin la que no podrías vivir».*

—He venido en busca de una esposa que se ha casado hoy mismo con otro —resumió contemplando su reflejo—, y en su lugar regreso con algo que ni siquiera esperaba encontrar; mi propia compañera.

Necesitaba una princesa, una mujer que estuviese preparada para hacer frente a una nueva vida, que aceptase a su tigre, que pudiese estar a su lado en los asuntos de estado y que, con el tiempo, se convirtiese también en la madre de sus hijos. La familia era algo muy importante para su gente, desde que era un niño había visto esa especial unión y eso era lo que quería para el futuro. Había pensado que Bakara sería la adecuada para el puesto, después de todo pertenecía a una de las primeras tribus, era consciente de su naturaleza felina, había sido educada para ser princesa y convertirse en un pilar importante de su país.

Tenía que haber supuesto que la traviesa mujer que había conocido cinco años acabaría haciendo algo parecido.

—¿Qué opinas sobre lo del matrimonio concertado? —Le había preguntado ella durante su breve reunión en la celebración que habían dado en su honor—. ¿No te parece algo arcaico? ¿Quién tiene derecho a decirnos con quién debemos o no casarnos?

—Los compromisos entre familias llevan celebrándose en nuestro pueblo desde la época de nuestros antepasados.

—Lo cual los hace arcaicos —insistió ella—. Si me caso, será por amor.

Le había hecho gracia su comentario y no había dudado en coquetear con ella.

—Siéntete libre de empezar a enamorarte de mí.

Ella se había reído, habían intercambiado algunas frases más y finalmente se habían despedido.

—Esperemos que la próxima vez que nos veamos, seas tú el que caiga rendido a mis pies, alteza —le dijo ella con gesto divertido—. Sería justo, ¿no?

Sonrió y le cogió la mano para llevársela a los labios.

—La próxima vez que nos veamos, princesa Bakara, serás mi esposa.

Bien, la gatita se había salido con la suya, había deshonrado el compromiso por sí misma, muy posiblemente a espaldas de su padre, lo cual iba a levantar más polvo del necesario. No le deseaba ningún mal a la muchacha, pero su actitud infantil acababa de meterles a ambos en un lío mucho mayor del que deseaba.

—Solo a mí podía ocurrírseme decirle al viejo que volvería a casa con una esposa o no volvería —murmuró para sí, apoyándose en el lavabo. No pudo evitar hacer una mueca, había estado tan confiado en hacer exactamente eso que no se detuvo a pensar, una vez más actuó por impulso y he aquí el resultado.

Se mojó las manos y se salpicó la cara necesitando refrescarse para su próximo encuentro con la fierecilla que había dejado en la sala de estar. Esa mujer sabía cómo destrozarle los tímpanos, por no mencionar que también se defendía realmente bien con los puños. Hacerla subir al avión había sido otra odisea, si hubiese tenido una cámara a mano, sin duda lo habría grabado para la posteridad.



—Mi propio y personal conflicto internacional —sacudió la cabeza y suspiró—. En qué demonios estaba pensando.

Un secuestro. Había ideado recuperar a esa díscola princesa para tener una charla y en cambio había terminado con una completa desconocida en su regazo. Una mujer que le había mordido, había luchado como una leona y había defendido el nombre de su amiga frente a completos extraños. Si lo pensaba bien, su actitud era tan irracional como la suya propia, había pasado de maldecir y pedir auxilio a gritos —algo normal en su situación—, a mantener una conversación civilizada con él como si acabasen de ser presentados en un encuentro social.

—Ni siquiera sabes quién es —se recordó mirando su propio reflejo.

Y a pesar de ello, había algo que no podía evitar: la deseaba. Estúpida e irracionalmente, deseaba a una desconocida, a una humana y ese deseo hacía que su tigre quisiese hacerse con el mando y reclamarla para sí.

Se secó la cara y le dio la espalda a su reflejo para volver a la sala de estar del avión.

El *Falcon 7X Jet* era uno de los últimos aviones privados del mercado, un caro capricho de su padre que rentabilizaba la familia en viajes oficiales o en escapadas como la que él mismo había protagonizado. Con capacidad para once personas y tripulación, era como un pequeño hotel volante: cocina/bar, sala de estar, sala de reuniones, baño y un pequeño dormitorio además de la cabina. El lugar perfecto para relajarse durante los largos viajes que solían realizar y para mantener a una díscola mujer como su compañera bajo su mismo techo.

Sus dos escoltas estaban sentados en el área de reuniones en sendas butacas, separados de la sala de estar y la belicosa mujercita por una división de madera de roble rojo. Sarah estaba acurrucada en uno de los amplios asientos de cuero color crema, mirando por la ventanilla con actitud tensa.

Habían cumplido con su encargo y, tras registrar la habitación del hotel de la muchacha, habían vuelto con su documentación; algo que ella no tenía por qué saber.

—Deberías relajarte, tenemos un largo vuelo por delante —le sugirió ocupando su lugar frente a ella.

—Esto es un secuestro —la escuchó farfullar, pero no se molestó en girarse hacia él.

—Preferiría que lo considerases un viaje a gastos pagados —respondió acomodándose—. ¿Has salido alguna vez de los Estados Unidos?

—¿Quiere decir después de ser secuestrada, vapuleada y cargada sobre el hombro como un fardo cualquiera, alteza? —escupió su título—. Pues no. De hecho, cuando viajo suelo llevar conmigo el pasaporte, entre otras cosas.

—No te preocupes, tan pronto aterricemos, nos encargaremos de conseguir... una copia de toda tu documentación —le informó con tranquilidad.

Se giró en el asiento lo justo para mirarle.

—Para eso necesitarías saber mi nombre.

La miró y sonrió de soslayo.

—Oh, pero lo sé, Sarah —declaró con tono divertido y echó un vistazo por encima del hombro, encontrándose con la mirada de Jamal, quién enarcó una ceja desde el otro reservado—. Tengo un personal muy eficiente.

—Solo hace falta un número de la seguridad social y... ¡boom! Obtienes toda la información que necesitas —replicó el hombre—. Sarah Angelic Tennant, veintisiete años. Nacida en Idaho, padre Richard Tennant, madre Angélica Roswell, se trasladó a Ohio con su familia a los seis años... ¿Sigo?

Sarah se levantó con un jadeo, su mirada pasó de él hacia el otro apartado, encontrándose con la de su compañero.

—¿Y cómo demonios habéis conseguido mi número de la seguridad

social? ¿También habéis irrumpido en mi habitación y habéis violado mi intimidad? —se giró hacia él y parecía más indignada que furiosa—. ¿Es así como intimida a la gente? ¿Cómo utilizas su... estatus... para secuestrar a mujeres indefensas?

Levantó su mano cubierta con un apósito.

—Nunca te consideraría una mujer indefensa, Sarah —declaró y bajó la mano, cruzando ambas sobre su estómago—. De hecho, ese es uno de los motivos por los que eres la candidata perfecta. La princesa me ha hecho un favor sin siquiera saberlo al dejarte atrás...

—Si su ex prometida decidió casarse con otro no es culpa mía.

—No, no lo es.

—¿Entonces por qué demonios me ha secuestrado? ¡Yo no tengo nada que ver en todo esto! ¡No tengo nada que ver con usted!

—Ahora sí, querida —replicó, le cogió la barbilla y la sujetó—. Vas a ser mi esposa.

—No me gustan las bromas.

—¿Quién dijo que bromeo? —se inclinó sobre ella y le rozó los labios con el pulgar—. Hablo muy en serio.

—Déjeme que le recuerde algo de vital importancia, alteza.

—Dadas las circunstancias, considero que puedes tutearme. Llámame Kaliq.

Entrecerró los ojos y dejó claro su punto.

—Me has secuestrado.

—Una minucia.

—No te conozco.

—A eso le pondremos remedio antes o después.

—¿Acaso escuchas lo que digo?

—Claro que sí, otra cosa es que haga caso —declaró convencido.

Entrecerró esos bonitos ojos azules e hizo un mohín.

—Permíteme que te lo explique de otra forma —declaró, insistiendo en mantener un tono educado—. No me casaría contigo ni aunque fueses el último hombre sobre la tierra.

Se limitó a sonreír.

—No contengas la respiración, Sarah, puedo ser muy persuasivo cuando me lo propongo.

—No tenía intención de contenerla, me gusta respirar, de hecho, lo hago mucho mejor cuando nadie invade mi espacio personal —replicó, apuntándole con el dedo cuando acertó la distancia entre ambos—. ¿Sabes lo que es la privacidad?

—La encuentro sobrevalorada entre tú y yo —la rodeó sin tocarla, aspirando su aroma, ronroneando de placer—. Hueles muy bien.

—¿Acaso no debería hacerlo? Considero que el aseo diario es una prioridad.

—No era un insulto.

—¿Esperas que te dé las gracias por ello?

Hizo a un lado su pelo, le rodeó la cintura con el brazo y posó la palma abierta sobre su estómago empujándola contra él.

—No, por el contrario, soy yo el que está agradecido por el simple hecho de que estés aquí —murmuró—. Eres un regalo inesperado —le acarició el cuello con la nariz y notó como se tensaba—, una joya demasiado valiosa para pasarla por alto —le mordisqueó el lóbulo—, y eres toda para mí.

La besó tras la oreja notando como su cuerpo se estremecía y perdía rigidez.

—Estás... confundido —escuchó su vacilante voz—. Frustrado porque las cosas no han salido como deseabas...

—No lo negaré.

—Pero no es culpa mía y yo no soy una buena sustituta para...

—¿Sarah? —La giró en sus brazos atrapándola de nuevo contra su cuerpo, encajando su erección entre sus muslos—. Tú no eres una sustituta, eres... quién estás destinada a ser.

Capturó sus labios, deslizó las manos por su espalda, acariciándola, rodeándole los glúteos para amasarle el trasero y apretarla contra él. Sabía tan bien, era tan suave y cálida, no pudo evitar ronronear, su olor era embriagador y hacía que la desease más y más.

Gimió en su boca, su lengua se enlazó tímidamente con la suya, sus manos subieron voluntariamente a sus brazos y se aferró a él como si temiese caer si no se apartaba.

Ardía en deseos de desnudarla, tenderla en la cama y recorrer todo su cuerpo con la lengua, quería impregnarse de su aroma y que ella y toda su piel oliese a él.

—Te deseo, Sarah, te deseo de una manera descarnada. —Volvió a besarla apretándola contra su cuerpo, deslizando los labios por su mejilla, mandíbula y cuello. Arrastró la tela del vestido con los dedos, recogéndola hasta tocar su piel desnuda.

—No... espera... esto no... yo no... ni siquiera puedo pensar a derechas.

—Shh —le acarició el muslo desnudo, la besó en el hombro y entonces, haciendo un enorme esfuerzo dejó caer la tela y la soltó—. No hay nada que pensar, solo deja que ocurra.

Sacudió la cabeza y empujó su pecho en un obvio intento de apartarse. Le dejó salirse con la suya... por ahora.

—De... de acuerdo, ya has demostrado tu punto, ahora... las manos dónde yo pueda verlas.

Sonrió para sí al ver su agitación, su gato ronroneó al oler la dulce excitación femenina.

—¿Tienes pensado morderme otra vez?

—¿Vas a darme más razones para ello?

Levantó las manos y le indicó el sillón en el que había estado sentada.

—No. Intentaré no dártelas.

—Bien. —Se alisó la tela del vestido, pero sus mejillas estaban coloradas y tenía los labios hinchados. Era una visión muy sexy.

—Dime, gatita —cruzó las piernas y se puso cómodo—. ¿Cómo es que has terminado asistiendo a la boda de la princesa Nazira?

## CAPÍTULO 4

Kaliq vio como la repentina pregunta la cogía por sorpresa. Así era como la quería: descolocada y perdida en su compañía. Se había excitado en sus brazos y cuando se hubiese casado con ella, la haría completamente suya. Honraría a su compañera, así tuviese que darse en pocos minutos una ducha fría, no la reclamaría hasta que fuese suya legalmente.

—¿Por una invitación de los novios? —respondió a su previa pregunta.

Sonrió interiormente, pero no dejó que traspasara sus labios.

—De la novia, ¿quizá?

—No vas a arrancarme ni una sola palabra al respecto —le dijo recuperando la soltura en sus palabras—. Me habéis raptado, maniatado, amordazado, metido en un coche y luego arrastrado a un avión. Estoy en este puñetero cacharro con rumbo a no sé dónde...

—A Bahir. Un pequeño sultanato entre las ciudades de Al Ain en los Emiratos Árabes y Sihlat, en Omán.

Su país era un pedazo de tierra con raíces nómadas, fundado según la creencia popular, por los descendientes de un afortunado nómada y su hija, los cuales llegaron a esa zona procedente de Egipto. De esa familia habían surgido las tres tribus principales y más antiguas de las que se tenía constancia escrita y formaban la base angular de su cultura. Bahir no era tan famoso o conocido como el gran sultanato de Omán, pero casi lo preferían así. Sus relaciones internacionales eran satisfactorias, mantenían uniones comerciales con sus vecinos y con otros países de los que se habían beneficiado tanto

económica como culturalmente. Eran una nación con una gran diversidad étnica la cual se veía reflejada en su arquitectura, en su gobierno y en los distintos idiomas que se hablaban además del oficial.

—¡No puedes sacarme del país, así como así! —estalló Sarah—. ¡Exijo que me devolváis a mi hotel!

La miró con cierta diversión, no cabía duda que sabía cómo hacerse notar.

—No estás en posición de exigir nada. —Al menos, no en esos momentos—. Te han encontrado en una suite de hotel a nombre de la princesa Bakara, su alteza parece haber desaparecido y tú tener la suficiente información sobre mí como para saber exactamente cuál era el motivo de mi presencia en tu país.

Y eso era otro punto a tener en cuenta. ¿Qué sabía exactamente de él? ¿Sabía algo más que su nombre y su título? ¿Estaba al tanto de la jugada que le tenía preparada la díscola princesa?

—Para empezar, su alteza no ha desaparecido, se ha casado y ahora mismo estará disfrutando de su puñetera noche de bodas o de su luna de miel, ya no sé ni qué hora es —resopló hastiada—. Y si estaba en esa suite de la que esos dos idiotas me arrancaron a la fuerza, es porque la novia hizo las reservas a su nombre. Desgraciadamente lo que sabía de ti, príncipe Kalıq Al-Hanak, no es ni la mínima parte de lo que sé ahora. Kara debió de equivocarse de hermano al describirte... eres insufrible.

Así que sabía que tenía hermanos. Interesante.

—Diría que tenéis un grado de amistad bastante profundo —comentó, optando por indagar un poco más en los conocimientos de su compañera.

—Lo cual no es asunto tuyo —sentenció tajante. Su hermetismo lo llevó a sonreír para sí.

—Eres una muchachita leal —dijo con visible apreciación—. Esa es



una cualidad que sin duda aprecio en mi futura esposa.

—Nunca te negaron nada de pequeño, ¿verdad? —replicó con un mohín—. Por eso piensas que puedes salirte siempre con la tuya. Pues tengo noticias para ti, principito, resulta que ya has crecido y yo no soy tu nuevo juguete. No vas a conseguir de mí lo que quieres.

No pudo evitar deslizar la mirada sobre su cuerpo con gesto revelador.

—¿Acaso sabes lo que quiero de ti, Sarah? —Volvió a encontrarse con sus ojos—. ¿Todo lo que quiero de ti?

Sus mejillas adquirieron un punto de color, pero eso no evitó que levantase la barbilla desafiante.

—Un simple beso no va a hacerme cambiar de opinión —respondió con una mueca—. No voy a casarme contigo.

Enarcó una ceja.

—Si uno no ha sido suficiente...

Ella extendió las manos al momento.

—Ni se te ocurra.

Chasqueó la lengua y extendió el brazo sobre el respaldo del asiento.

—Esperaré. Nos casaremos tan pronto aterricemos y después, bueno, dejemos que esa parte quede todavía en el misterio...

Esos bonitos ojos azules se angostaron y apretó los dientes.

—No voy a casarme contigo, ¿qué parte de ello no entiendes?

Se limitó a mirarla.

—Sí, lo harás.

—Ni muerta.

—Ciertamente te prefiero viva.

Se levantó de golpe, pegó un pequeño pisotón en el suelo y lo acusó con el dedo.

—¡Deja esta insensatez y envíame a casa!

*Ni por todo el oro del mundo, compañera*, pensó para sí. Su tigre ronroneó acorde a sus pensamientos.

—¿Tienes familia? —Optó por cambiar de tema—. Tus padres, ¿tienes contacto con ellos?

—¿Lo tienes tú con los suyos?

—Con ambos, al igual que con el resto de mi familia más inmediata —asintió brindándole un poco de información. Sería una buena forma de empezar a conocerse—. Veo más a mis hermanos que a mi madre o a mi padre, pero son mi familia e intento mantener siempre el contacto cuando no estoy en el país.

—Pues mira qué bien.

—Es tu turno de responder.

Resopló y señaló en dirección al compartimento dónde estaban sus escoltas.

—Que te lo digan *Pin y Pon*, ya que parecen haber hecho un estudio completo de mi persona —sugirió y se cruzó de brazos.

—Te lo estoy preguntando a ti —le recordó con tranquilidad—. Hace un rato has dicho que no nos conocemos, así que, qué mejor manera de solucionarlo que hablar de cada uno.

Lo fulminó con la mirada.

—Mantengo una cordial relación con mis padres, ¿contento?

Era como un pequeño erizo, suave y lleno de púas.

—¿Tienes hermanos?

—Soy una maravillosa hija única.

No pudo evitar sonreír ante el sarcasmo en su tono.

—Y esa maravillosa hija única, ¿a qué se dedica exactamente?

Se giró hacia él con una secreta sonrisa.

—A planear una cojonuda acusación contra los chalados que la raptaron

en la puerta de la suite del hotel en el que se alojaba. Creo que tengo suficiente material para ello: la ataron, amordazaron, le cubrieron la cabeza con un saco para introducirla luego de golpe en una limusina y que su cabecilla, un principito caprichoso, la arrastrase a su avión privado para poner rumbo inmediato a un país de los Emiratos Árabes —relató con tal rapidez y precisión que se habría reído si de no estar ella tan indignada—. Pero como soy magnánima, te daré cinco minutos para que te disculpes y te acojas a las leyes de inmunidad diplomática y esto quede todo en un enorme malentendido. No presentaré cargos.

—¿Eres abogada?

—Peor —le soltó con visible seguridad—. Consultora internacional. Trabajo para el sector privado como asesora de comercio exterior.

Y aquella era sin duda la última respuesta que podía esperar que saliese de una boca tan sexy.

—¿Licenciatura en ciencias políticas y de la administración?

Ella asintió y levantó ligeramente la barbilla.

—Estoy impresionado. —Y lo estaba. Era una muñequita, bastante joven para tener un cargo como aquel y la obvia experiencia que sugerían sus palabras.

—No deberías estarlo, las mujeres podemos hacer el mismo trabajo que los hombres o incluso mejor —replicó sin más—. ¿Y tú? ¿Haces algo más en la vida que saludar con la mano a los súbditos y ordenar el secuestro de personas a las puertas de sus habitaciones?

—Algunas cosas más —aceptó sin poder evitar sentir cierta diversión ante el irritado y condescendiente tono—. He cursado estudios en Europa y Estados Unidos: Ciencias Sociales, Políticas y de la Comunicación por un lado y Dirección y Marketing de Empresa por otro. Tengo dos Masters y otros estudios y aptitudes necesarios para desempeñar mi labor como diplomático y

heredero de un país con efectividad. No soy un principito consentido e inútil, como parece haber pensado.

Enarcó una delgada ceja y sacudió la cabeza.

—Se te olvidó el *hobbie* de secuestrar a la gente.

—Yo no lo llamaría secuestro —negó divertido—. De hecho, me estoy limitando a llevar a mi futura esposa a conocer su nuevo hogar.

—Si ese es el caso, deberías dejarme en la próxima escala y recogerla a ella.

La miró a los ojos y sonrió para sí. Sus palabras acababan de darle la solución perfecta.

—Tienes razón, haremos precisamente eso —aseguró, entonces alzó la voz para que sus compañeros, los cuales no habían perdido detalle de la conversación, supiesen que hablaba para ellos—. Héctor, informa al capitán Abdul de que deseo hacer una escala en *el FJS* de Munich —les informó, entonces comentó algo más en su idioma natal.

—Sí, alteza —respondió el aludido antes de levantarse y desaparecer al otro lado de la cortina.

Volvió a mirar a Sarah, quién lo contemplaba con abierta desconfianza.

—No sé qué les habrás dicho al final, pero te lo advierto. Si intentas algo raro, te juro por Dios y todas las religiones existentes, que no te gustarán las consecuencias, príncipe Kaliq.

Se limitó a ponerse cómodo, cruzó las piernas a la altura de los tobillos y sonrió abiertamente.

—Descansa un poco, Sarah, todavía nos quedan unas cuatro horas y media hasta alcanzar nuestra escala.

—Como si pudiese hacerlo —rezongó mirando ya a su alrededor—. Necesito una copa, ¿puedo hacerme ilusiones de que haya algo de alcohol en este lugar? Ignoro tus preferencias culturales, pero yo necesito algo que me

espabile.

—Descubrirás que Bahir no es tan estricto como otros países árabes. Somos un sultanato pequeño pero multiétnico, acogemos varias religiones y culturas y, en lo que se refiere a la familia real, digamos que estamos bastante occidentalizados en ese aspecto.

—Sí, claro, tan occidentalizados que seguís recurriendo al rapto para encontrar esposa —masculló en voz baja. Intuía que su intención era que no le escuchase, pero ella no sabía que contaba con una maravillosa capacidad auditiva cortesía de su naturaleza *tygrain*—. Si me dices dónde está el bar, la cocina o lo que quiera que tenga este avión, me serviré yo misma.

Indicó el compartimento anterior con un gesto, dejaría que obtuviese lo que deseaba, al menos por ahora. Quería que bajase la guardia y dejase de oponerse con tanta rotundidad a su presencia.

—Sigue todo recto, lo encontrarás después de la sala de reuniones a mano derecha —le respondió—. Estamos en un avión, no tiene pérdida.

Su apreciación no le hizo la menor gracia.

—Yo beberé agua —le informó al mismo tiempo—. Con hielo y una rodaja de limón.

Enarcó una ceja y ladeó la cabeza.

—¿Tienes miedo de que te emborrache?

Negó con la cabeza.

—En absoluto —negó divertido—. Pero uno de los dos deberá mantenerse sobrio, Sarah.

Su respuesta fue soltar un bufido, le dio la espalda y salió dejándole ronroneando como un gato satisfecho. Sí, esa mujer prometía ser una compañera de lo más ocurrente, no se aburriría a su lado.

## CAPÍTULO 5

Las bebidas alcohólicas eran algo que tendría que sacar del alcance de su compañera, pensó Kaliq con palpable ironía. No le preocupaba tanto el hecho de que pudiese convertirse en alcohólica como el hecho de que cantaba como un pajarillo con solo dos copas encima. Las mejillas sonrosadas, la mirada brillante y esa soltura de vocabulario eran suficiente prueba; esa mujer tenía tolerancia cero con el alcohol.

—Cuando aterricemos, pediré que me expidan una copia de mi pasaporte en la oficina de la policía del aeropuerto —sentenció gesticulando con la mano libre con apasionada decisión—. Tendrás que dejarme unas monedas para llamar por teléfono, no llevo el móvil encima y necesito hablar con mi banco para sacar dinero —asintió con tanta vehemencia que parecía que iba a desnucarse de un momento a otro—. Y entonces compraré un billete de avión y me largareeeeeee a la velocidad de la luz. ¿No es un plan estupendo?

Enarcó una ceja ante su pregunta.

—Son unas metas poco probables de realizar.

Hizo un puchero que le pareció tan sexy y que al momento notó un tirón en su entrepierna. Diablos, incluso embriagada le parecía adorable.

—¿Por qué? —chasqueó—. ¿No vas a dejarme unas míseras monedas para llamar? ¡Eres...! ¡Tú eres...! ¡Un *pacaño*! No, espera... no se dice así... ¡Eres un... tacaño! Eso.

Esa debía ser la primera vez en su vida que alguien le llamaba tacaño.

—Si deseas utilizar el teléfono, podrás disponer del mío en cualquier momento que desees una vez estemos en tierra —le concedió.

Estaba a punto de llevar de nuevo la copa a los labios pero se detuvo y giró para mirarle con algo parecido a la ilusión.

—¿De verdad?

Señaló el asiento vacío frente a él.

—Con el tiempo descubrirás que no soy dado a falsedades o mentiras —le aseguró—, y espero la misma consideración por parte de mi esposa.

Hizo un sonido de fastidio con la lengua y se dejó caer en el asiento. Fue un milagro que no se le derramase la bebida.

—Buena suerte encontrándola —alzó la copa a modo de brindis con clara intención de llevársela de nuevo a los labios.

—La tengo ante mí.

Su respuesta hizo que frenase en seco, el líquido le salpicó la mano e hizo un mohín por ello. Dejó la copa a un lado, sobre el reposa vasos con una precisión que lo sorprendió y le apuntó con el dedo.

—Yo no seré tu esposa. No —negó con vehemencia—. No estás... digo... no estoy a la altura. Tú eres un príncipe y yo... yo soy consultora. Y se me da fatal cocinar.

—Tu falta de habilidades en la cocina no es algo que me preocupe —repuso secretamente divertido—. Puedo cocinar yo.

Parpadeó como un búho y entonces se echó a reír.

—Sí, claro. ¿Acaso sabes cocinar?

—Juraría que lo hago medianamente bien. —Se encogió de hombros con fingida inocencia—. Lo suficiente para no envenenar a nadie y no morirme de hambre dado el caso.

—Un principito que domina la cocina —arrugó la nariz—. Y yo pensando que te lo daban todo hecho y masticado.

—Mi madre siempre ha sido de la opinión de que los hombres debían poder desempeñarse en la cocina tan bien o mejor que las mujeres. No quería criar «princesas» —comentó compartiendo con ella un pedacito de su vida privada—. Nos obligó a mis dos hermanos y a mí a hacer un curso de cocina tradicional y otro internacional. Sharif y yo nos defendemos bien, Tarek... bueno, él es otro cantar.

—Sí... los dos príncipes Al-Hanak más jóvenes —murmuró ella pensativa, entonces negó con la cabeza, se inclinó sobre un lado del sofá y apoyó la cara en la palma de la mano—. Yo no tengo hermanos.

—Lo sé, me lo has dicho, ¿recuerdas?

Asintió lentamente, entonces suspiró y posó esos impactantes ojos azules sobre él.

—Te envidio un poco, ¿sabes?

Tal admisión lo cogió por sorpresa.

—¿Puedo preguntar el motivo?

—Por la forma en la que hablas de tus hermanos, diría que te llevas bien con ellos, se nota el aprecio y el orgullo que hay en tu voz cuando mencionas tu país y, aunque eres un secuestrador bastante malo, tienes un ego del tamaño del *Empire State Building*, eres mono, estás... decididamente bueno y vives en un lugar de ensueño.

Contuvo una risita ante la forma en que enumeró todas esas supuestas «faltas».

—Así que... soy mono.

Sus mejillas se colorearon un poco y apartó la mirada buscando su copa. Con la agilidad característica de su raza, se levantó e interceptó la bebida antes de que pudiese alcanzarla.

—Ey, eso es mío...

—Ya has bebido bastante, Sarah, estamos teniendo una conversación de



lo más interesante, por favor, sigue. —La invitó y se terminó él el contenido de su copa, evitando así que pudiese seguir bebiendo.

Ella se cruzó de brazos haciendo que esos pequeños y redondos pechos se alzaran.

—En estos momentos ya no me pareces tan mono.

—Pero sigo estando bueno, ¿no?

Arrugó la nariz con un gesto que seguro esperaba fuese de irritación pero que en ella quedaba de lo más divertido y tierno.

—¿Te estás burlando de mí?

—Un poco —aceptó, sentándose ahora en el brazo del asiento—. No todos los días escuchas de labios de tu futura esposa que te considera mono y apetecible.

—No he dicho esa palabra.

—Sinónimos, querida, considéralo un sinónimo.

Bufó y alzó la mirada, apuntándole de nuevo con ese dedo que se moría por chupar.

—Y no soy tu futura esposa.

—Sí, lo eres —sentenció con total tranquilidad—. Vamos a casarnos en breve.

—Tú puedes casarte con quién te dé la gana, pero yo no estoy en el mercado.

—¿Tienes alguna razón de peso para no casarte conmigo? ¿Ya estás casada?

La sola idea se presentó en su mente como una horrible e inmediata pesadilla con la que no había contado.

—Claro que no —desechó la suposición al momento devolviéndole de nuevo el aire a los pulmones—. Pero no nos conocemos.

Sacudió la mano, desestimando su queja.

—Eso es algo que tiene fácil solución —replicó deslizando la mirada sobre su cuerpo—. Llegaremos a conocernos íntimamente en breve, eso puedo prometértelo.

—Ibas a casarte con una princesa, estabas prometido a ella —insistió la chica—. Ahí tienes una razón de peso.

—Una princesa que prefiere anteponer su voluntad al deber, no sería una compañera adecuada —comentó y se dio cuenta en ese mismo instante que era cierto. Nunca habría podido casarse con Bakara, no sabiendo que esa era su forma de pensar.

—Y ese es otro motivo más por el que yo tampoco sería una esposa adecuada —declaró convencida—. Ahora mismo todo lo que me interesa es salir por patas. Tienes suerte de que esté a bordo de un avión y no sepa lanzarme en paracaídas. ¿Ves? Soy egoísta, solo pienso en mí misma.

Sonrió de soslayo y se inclinó sobre ella sin tocarla.

—Si fueses una persona egoísta no habrías defendido a la princesa, no la habrías protegido como lo estás haciendo y no me habrías desafiado, Sarah —aseguró enumerando sus virtudes—. Eres una mujer leal, una buena amiga y capaz de mantener tu palabra hasta sus últimas consecuencias. Ese es el tipo de mujer que deseo, las cualidades que cualquier hombre desearía en una compañera. Te hacen la candidata perfecta.

—No voy a casarme contigo, ¿por qué no quieres aceptarlo?

—¿Crees en el destino?

La pregunta la cogió por sorpresa.

—No.

—Pues es una lástima, porque ha sido él quién te ha puesto en mi camino —aseguró con un bajo ronroneo—. Y yo creo en él con el suficiente fervor como para no darle la espalda cuando pone en mi camino a la persona adecuada.

—Te juro que no te entiendo.

—Un inconveniente menor.

—No me casaré contigo, Kaliq.

Se relamió al escuchar su voz. Su tigre estaba dispuesto a pegarle un mordisquito. Dios, la deseaba tanto que dolía.

—Me gusta cómo suena...

—¿El qué?

—Mi nombre en tus labios.

Sucumbió a la necesidad y bajó sobre su boca, rozándolos con los propios en un suave y breve beso.

—Sé mi esposa, sé mi compañera y mi princesa, Sarah —pidió con su tigre reflejándose en la ronquera de su voz—. Sé mía. Sé la única y rompe esta absurda maldición.

Esas gemas azules se encontraron con sus ojos en esa breve intimidad. Su boca tenía el gusto del alcohol y de ella misma, un sabor personal y único.

—¿Maldición?

Sacudió la cabeza ante su descuido.

—Te deseo, gatita.

—Eres un consentido.

Se rio, no pudo evitarlo.

—Vas a desposarte conmigo, Sarah, ahora que te he encontrado, no vas a escaparte de mí.

Se echó hacia atrás, lamiéndose los labios, sosteniéndole la mirada.

—¿Y qué harás para impedirlo? ¿Atarme otra vez? —Dejó escapar un pequeño bufido—. Me gustaría ver cómo lo intentas. Todavía te queda otra mano intacta, ¿no?

—¿Me morderías otra vez?

Sus labios se curvaron en una falsa sonrisa.

—Tengo equipamiento para ello. —Se pasó la punta de la lengua por los dientes superiores—. Y no dudaré en utilizarlo.

—Eres toda una gata, ¿eh?

Sacudió la cabeza.

—En realidad soy bastante perra, sobre todo con hombres que no saben aceptar un no por respuesta —declaró con visible frustración—. Y esa es mi respuesta. Un sonoro no. Y para que no haya dudas, permíteme que lo deje clarito: No. Me. Casaré. Contigo.

—Lo harás.

—Me iré en el primer vuelo a mi casa.

—Inténtalo y te daré caza —la previno, su tigre agitó la cola encantado con la idea—. Sería incluso divertido.

—¿Darme caza? ¡Ja! —Se incorporó en el asiento, poniéndose de rodillas y enfrentándolo así a una altura similar—. Muerdo, ¿recuerdas?

—Yo también —sostuvo su mirada—. Y mis mordiscos suelen quedarse para siempre.

Cogió su mano vendada y el contacto le ocasionó una inmediata descarga eléctrica que lo excitó como nada.

—Con un poco de suerte, los míos también.

La sujetó, le giró la palma y le rozó el centro con el pulgar.

—Eres toda una fierecilla.

Ella tiró hasta liberarse, se dejó caer sobre sus piernas e hizo un mohín.

—Dios, me sacas de quicio.

Cerró los dedos saboreando todavía su tacto.

—Parezco tener muchos fallos a tus ojos.

Su resoplido pretendía ser muy explícito.

—¿Hola? Me has secuestrado, ¿recuerdas? Esa es una falta muy gorda, especialmente porque no me buscabas a mí.

—No, no te buscaba pero sí te encontré —aceptó con sencillez—. Un regalo inesperado y no voy a renunciar a él.

—Yo no soy un regalo, no soy una pertenencia.

—Eres mucho más, Sarah, mucho más de lo que piensas y eres para mí.

—Oh, sigue soñando, principito —resopló revolviéndose en el asiento—. Diablos. Ahora tengo ganas de hacer pipí.

Bajó de la butaca con bastante gracilidad y una estabilidad aceptable y empezó a dar pequeños saltitos apretando los muslos.

—Que rollo. Un par de bebidas y ¡zas! Ya tienes que ir al baño. Mi vejiga se rebela —masculló y pasó ante él como un rayo.

Sacudió la cabeza al verla partir, esa mujer era un verdadero enigma para él.

—Alteza —lo llamó Héctor—. El capitán quiere que le informe que llegaremos a nuestra escala en cuarenta minutos.

Asintió.

—Aseguraros de que todo esté preparado para nuestra llegada —ordenó. El comentario de su compañera le había dado una idea, la solución perfecta a su actual problema y la que le permitiría acercarse más a lo que deseaba—. Y cerrad el bar. Mi compañera ya ha bebido bastante.

—No sé, Kaliq, quizá le haga falta tomarse otra copa antes de bajar del avión —se burló Jamal—. Podrías encontrarla más... cooperativa.

Miró al hombre de soslayo.

—¿Quieres que la emborrache?

—No me equivocaré al decir que eso era lo que intentaba hacer por sí misma.

—Nunca había visto a nadie que se embriagase de esa manera con tan solo un par de copas —apostilló Héctor mirando hacia el compartimento dónde estaba la cocina—. Cerraré el bar.

Sacudió la cabeza ante la absurda conversación.

—No quiero a mi novia borracha el día de su boda.

Jamal siguió su mirada hacia el reservado por el que había desaparecido la chica.

—¿Estás seguro de querer hacer las cosas de esta manera? —insistió su amigo—. A la luz de los acontecimientos, no estoy muy seguro de que ella vaya a cooperar.

Respiró profundamente. No era el único que pensaba así.

—Este viaje ha sido un completo despropósito desde el minuto uno, nada ha salido como debería pero la he encontrado y es mía —declaró sin más—. Ha sido un regalo inesperado, uno que estoy deseoso por desenvolver.

—Kaliq... el deseo puede satisfacerse sin necesidad de pasar por una boda precipitada...

—Es mi compañera, no la deshonraré —replicó tajante, su tigre se reflejó en su mirada y en la fiereza de sus palabras.

Había sido criado en la unidad familiar, en las viejas tradiciones y para él era importante mantener cierta normalidad dentro de la absurda locura que se estaba produciendo a su alrededor. Sarah era su compañera elegida y no la tomaría hasta que sus vidas estuviesen unidas ante la ley de los hombres.

—Ha sido una mal elección de palabras, os pido perdón, alteza.

Sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo.

—La necesito... la quiero... es mía —murmuró en voz baja—. Mi tigre la desea, es mi compañera...

—Y humana —le recordó oportunamente su amigo.

—Y por ello debe llevar mi anillo antes de llegar a casa —aseguró volviéndose hacia él. Esa era otra de las motivaciones que lo llevaban a orquestar esa rápida solución—. No permitiré que nadie la menosprecie por no ser *tygrain*. Es mi compañera y será princesa antes de que aterricemos en

Bahir.

—Vas a romper con todas y cada una de las tradiciones, amigo mío — comentó Jamal posando la mano sobre su hombro—. Ningún miembro de la familia real se había emparejado hasta ahora con alguien que no fuese parte de las tribus del desierto y conocedor de nuestra naturaleza.

Aquella era una ley no escrita, una que decía que un *tygrain* de sangre real no podía desposarse con una mujer que no fuese de su misma raza o, si el destino así lo elegía, una humana que perteneciese al linaje de las primeras familias del desierto, los guardianes de la sangre real.

—No soy ni seré el único *tygrain* que se empareja con una mujer humana corriente —declaró muy seguro de sí mismo—. Nuestros primos lejanos se han emparejado con mujeres humanas y son perfectamente compatibles.

El sultanato de Bahir guardaba estrecha relación con los miembros del clan afincado en Virginia, en los Estados Unidos. El jefe del clan, Dimitri Kenway, era descendiente de una rama de la primera familia, lo cual los hacía, de algún modo, una especie de primos lejanos de su propia casa.

—No voy a renunciar a Sarah, así que, tendremos que hacer de ella toda una princesa —decidió mirando a su compañero.

Sonrió y asintió.

—Si alguien puede hacerlo, eres tú, alteza.

Los altavoces del avión eligieron ese momento para transmitir la voz del capitán anunciando su próxima llegada al aeropuerto de Múnich.

—¿Treinta minutos? ¿He entendido bien?

Ambos se giraron para ver a Sarah caminando hacia ellos.

—Alteza. —Su amigo y guardaespaldas se retiró dejándoles solos, no sin antes dirigirle a ella una educada inclinación, reconociéndola ya como su consorte—. Princesa.

—Oh, vamos, ¿tú también? —resopló ella. Se giró en su dirección y se llevó las manos a las caderas—. ¿Ya estás buscando refuerzos?

Optó por ignorar su comentario y señaló el asiento.

—Llegaremos al aeropuerto en treinta minutos, ve tomando asiento y ponte el cinturón.

Se dejó caer en la butaca con un resoplido y empezó a pelearse con los dos extremos del cinto.

—Diablos, debo estar jodidamente borracha si no soy capaz de abrochar esto —rezongó intentando encajar los dos extremos de las hebillas.

—Has sido capaz de caminar derecha por el pasillo del avión, así que consideraremos que todavía no has alcanzado el punto de no retorno. —Apartó sus manos y tiró del cinturón para luego abrochárselo y ceñírselo—. Procuremos que sigas así, al menos hasta después de la ceremonia.

—¿Ya estamos de nuevo? —Levantó la cara y lo miró con cara de pocos amigos—. ¿Es que no vas a rendirte?

—Contigo no —le informó con sinceridad—. Nos casaremos tan pronto aterricemos.

—Creo que todavía no he bebido lo suficiente como para consentir en casarme contigo, alteza —resopló ella, echó un vistazo por encima del hombro y levantó el pulgar en esa dirección—. Déjame volver al bar y luego hablamos...

—No volverás a acercarte al licor en este vuelo, gatita, tu tolerancia al alcohol es más bien escasa.

—¿Me estás vetando el mini bar?

—Exacto.

—Eres muy autoritario.

—No negaré lo evidente.

Resopló y se recostó contra el respaldo.



—No soy material de novia, ni siquiera tengo un vestido apropiado. —  
Tiró de su propia ropa e hizo una mueca—. Por no mencionar que  
estropeasteis mi idea inicial de darme ese baño de inmersión que tenía  
pensando tomarme al llegar a mi habitación y estoy descalza, esos dos se  
olvidaron de mis zapatos...

—Tendrás todo lo que necesites tan pronto aterricemos.

Ladeó la cabeza y resopló.

—No vas a rendirte.

La miró a los ojos.

—No.

—Te has encaprichado conmigo.

—Esto está más allá de un capricho.

—No lo entiendo.

—Hay cosas que solo cobran sentido una vez hechas —replicó, su felino  
estaba muy cerca de la superficie—, confía en que sé lo que hago y lo que es  
correcto en esto.

Entrecerró los ojos y se inclinó sobre él.

—Tus ojos... por momentos parecen los de un gato, los de un felino  
peligroso. —murmuró sin dejar de mirarle—. No eres un animal domesticado,  
eres salvaje y... eso es aterrador.

Su apreciación lo llevó a curvar los labios.

—Tú podrás domesticarme, Sarah, serás la única capaz de hacerlo.

—Gatito —sonrió y le acarició la mejilla con un dedo antes de hacer  
una mueca—. Me da igual lo que digas y como lo digas, no me casaré contigo.  
Olvidalo.

—Lo harás, princesa, antes de que te des cuenta, serás completamente  
mía.



## CAPÍTULO 6

Se estaba casando.

Sarah podía atestiguarlo puesto que permanecía de pie al lado de Kaliq, vestida con un traje corto de color crema y zapatos. Sí, ya no estaba descalza y el hombre que se había reunido con ellos en esa pequeña sala privada del aeropuerto de Múnich recitaba algo escrito en un pequeño libro. Todo parecía extrañamente lejano, como si lo estuviese viendo desde otra perspectiva y, sin embargo, estaba allí, en primera fila.

Miró al hombre que tenía al lado. Su príncipe. Solo que él no era quién debía ser, no era el caballero de brillante armadura que había creado en su mente a raíz de los comentarios de su amiga. No, este era un hombre que había recorrido medio océano para encontrar a su prometida y descubrir que esta se había casado con otro.

Kaliq Al-Hanak distaba mucho de ser un hombre calmado, alguien con quién poder dialogar. Su forma de hablar, la manera en que caminaba y daba órdenes a su alrededor le mostró mucho más de él que cualquier cotilleo. Su alteza estaba acostumbrado a salirse con la suya, posiblemente sabría que podría conseguir a cualquier mujer y, por alguna absurda razón, había decidido que la quería a ella.

El hecho de que le hubiese arrebatado cualquier posibilidad de decisión debería haberla cabreado como una mona y, sin embargo, no podía evitar derretirse ante su cercanía, sentir mil mariposas en el estómago cuando la miraba o quemarse de deseo con tan solo el roce de sus labios.

Hablando de fantasías... Él era la suya hecha realidad, un hombre de piel canela, ojos castaños y una sexualidad tan abrumadora que incluso allí, de pie y delante de otros, hacía que se le licuasen las entrañas.

¿Cómo era posible que la excitase de esa manera un completo desconocido? ¿Cómo había podido sucumbir a sus besos, a su contacto y desear más? El príncipe la había secuestrado, había violado su intimidad, la privaba de su libertad y ahora se casaba con ella.

Matrimonio. Una boda. Esos ojos entre castaños y dorados estaban fijos en los de ella, sus labios se movían, sabía que estaba diciéndole algo pero... Bajó la mirada cuando notó su contacto y le vio deslizar un pesado anillo en su dedo. Su cerebro se esforzaba en decirle que aquello era importante, que debía decir algo al respecto, pero estaba demasiado confundida para articular palabra.

—Yo, Kaliq Amir Al-Hanak, te tomo a ti, Sarah Elizabeth Tennant, como esposa...

Esposa. Él había insistido tanto en que fuese su esposa, en que se casaran... Deseaba una princesa, pero ella no era más que una consultora, alguien muy por debajo de su estatus. ¿Por qué iba a elegirla a ella? ¿Por qué la miraba de esa manera, como si realmente la desease? Era todo tan confuso...

—Sarah, es tu turno.

Lo miró, miró al hombre que la subyugaba con su presencia y con su felina mirada y entonces deslizó la mirada a su alrededor, encontrándose con el nervioso hombrecillo que seguía sujetando el libro con dedos firmes.

—Debes pronunciar los votos —le informó—. Repite conmigo, yo Sarah...

Arrugó la nariz y voló de nuevo para encontrarse con la mirada de su secuestrador.

—¿Por qué? ¿Por qué yo?

—Porque eres la única para mí —respondió con absoluta sinceridad—. Ahora, di tus votos, gatita, déjame oírlos...

Se lamió los labios, esa mirada la hechizaba, capturaba su espíritu e hizo que las palabras surgiesen solas de sus labios.

—Yo, Sarah Elizabeth...

Sí, se estaba casando. Estaba pronunciando los votos que la unirían a él, a su captor, al hombre con el que no había dejado de soñar desde el momento en que su amiga le habló de él. Sabía que no debía aceptar, esto era una completa locura, posiblemente no fuese otra cosa que un sueño y pronto se despertaría para ver que nada había sido real. Pero mientras seguiría soñando, en su fuero interno sentía que esas eran las palabras correctas y que ese hombre era suyo, que había nacido para ella y solo para ella, así que dijo cada palabra con total sentimiento.

—Por el poder que me conceden las leyes de este país, yo os declaro, marido y mujer —sentenció el juez—. Puede besar a la novia, alteza.

Entonces sus ojos se encontraron, sintió más que vio sus manos acunándole el rostro, esos ojos castaños fijos en los suyos...

—Ya eres mía, princesa.

Su boca descendió sobre la de ella, le acarició los labios, entonces la reclamó diciéndole lo que acababan de proclamar sus palabras.

No había sido un sueño, estaba despierta y era suya. Su esposa. Estaba casada con un príncipe del desierto.

—Oh. Dios. Mío.

Se separó, le miró, miró a los presentes y sintió que el suelo empezaba a moverse bajo sus pies y su estómago daba un vuelco.

—Creo... que voy a vomitar.

Todo su cuerpo acusó la necesidad de huir y, antes de que se diese

cuenta de lo que estaba haciendo, giró sobre los tacones de sus zapatos nuevos y echó a correr como si la persiguiese el diablo.

No supo el tiempo que estuvo corriendo, ni en qué dirección, pero su desenfrenada huida solo terminó al alcanzar el baño de señoras. Sus intestinos le habían recordado oportunamente que había ingerido una buena cantidad de alcohol, algo que jamás hacía y la repercusión era más que palpable.

Sarah temblaba como una hoja cuando dejó por fin el reservado tiempo después y se apoyó en el lavabo para enjuagarse la boca. Tenía el estómago vacío y un sudor frío le perlaba la frente. Sus pupilas se habían dilatado y tenía los ojos enrojecidos; un rostro desastroso para una novia que acababa de pasar por el altar. Estaba muerta de miedo, se sentía completamente fuera de lugar y tan cansada que no veía la hora de terminar con aquella pesadilla.

Se enjuagó la boca una última vez, se secó la cara y tras un último vistazo al reflejo que le ofrecía el espejo, se dio la vuelta y salió del baño.

Que Kaliq supiera, su nueva esposa era la primera novia en su familia que escapaba corriendo después de dar el sí quiero. Y también era la primera que le decía a su recién adquirido marido «*creo que voy a vomitar*» después de sellar su unión con un beso.

En otras circunstancias y con otra mujer, lo habría considerado un insulto, pero había olido su miedo, sabía lo mucho que había bebido, con lo que aquello no era más que una reacción lógica ante un hecho que no podía controlar.

Esperó paciente junto a la puerta del baño de señoras. Les había dado a sus escoltas instrucciones de volver al avión y, tal y como había supuesto, uno de ellos había cumplido sus órdenes a condición de que el otro mantuviese su puesto pegado a su culo. Si antes habían sido exigentes en lo referente a su

seguridad, ahora que estaba casado, la paranoia de su seguridad se extendería a la nueva princesa y la mantendrían hasta devolverlos a ambos a su hogar.

Le habría gustado interrumpir dentro, cerciorarse de que estaba bien, pero al mismo tiempo tenía que obligarse a darle espacio, a permitirle enfrentarse a las cosas por sí misma sin atosigarla más. No había hecho más que dar el pistoletazo de salida en esa larga carrera y le quedaba mucho que hacer, mucho que explicar... y algunas de esas explicaciones iban a ser un jodido infierno.

¿Cómo decirle a una mujer humana que su existencia desafiaba a la lógica? ¿Cómo hacer que comprendiese que su marido era mucho más de lo que creía? ¿Cómo hacerlo sin asustarla, sin que enloqueciese?

Su propio pueblo pensaba que la familia real era un tanto excéntrica por tener «tigres» como mascotas. Solo los más allegados, los hombres y mujeres que vivían y trabajaban en el palacio, muchos de ellos procedentes de las primeras familias, sabían que esas mascotas eran en realidad la propia familia real.

Era imposible no acordarse de las visitas de los activistas que insistían en que liberasen a esos animales, exigiéndoles que los devolviesen a su hábitat y haciendo protestas cada vez más sonoras. Habían tenido que idear toda clase de leyes, crear un espacio a modo de reserva natural y apostar guardias para poder vivir su naturaleza en paz. Afortunadamente, hoy en día existían muchos avances tecnológicos y, con dinero, se podía conseguir prácticamente todo.

—Tendré que echar mano de esa leyenda urbana y del tema de las mascotas para que se acostumbre a mi felino.

Al menos podría construir un puente que le permitiría conducirla poco a poco hacia la inquietante verdad, aunque, por ahora, lo que realmente necesitaba era reclamar a esa gatita y enseñarle que su aventura no había

hecho más que comenzar.

Echó la cabeza hacia atrás, notando la dura pared cuando la puerta se abrió y salió ella.

—Estás blanca como el papel.

Su compañera dio un pequeño respingo, se giró como un resorte y abrió los ojos con resquemor hasta que lo reconoció.

—Mi estómago se ha rebelado, no le gusta que lo atosigue a margaritas —murmuró, se pasó la mano por el pelo y lo miró de nuevo—. ¿Nos hemos casado de verdad o lo he soñado?

Le cogió la mano suavemente y acarició el anillo que él mismo había colocado en su dedo.

—Eres mi esposa con todas las de la ley.

—Bien... te has salido con la tuya —retiró la mano y le miró—. ¿Y ahora qué?

—Ahora vas a darte ese baño que pedías, nos trasladaremos a una cómoda habitación de hotel dónde podremos descansar y mañana retomaremos el viaje a casa. —La dejó ir, se llevó la mano al interior de la chaqueta y sacó el móvil—. ¿Quieres avisar a tu familia?

Le miró e hizo una mueca.

—Si le digo a mi madre que me he casado sin estar ella presente, armará tal escándalo que saldré en los periódicos, eso antes de desheredarme y negarse a hablarme durante el resto de mi vida. Aunque no veo que eso se diferenciase mucho de nuestra actual relación —masculló en voz baja. Algo le decía que estaba hablando consigo misma más que con él—. Lo mejor sería decírselo primero a mi padre. Lo más probable es que ni se inmute. Hará alguna de sus preguntas críticas y, cuando vea que es otra de mis locuras, sencillamente lo dejará estar.

Lo que estaba retratando no era precisamente la más idílica de las



familias, pensó interiormente.

—Podrás invitarles a Bahir, les enviaremos el avión para que no tengan que complicarse buscando vuelos y haciendo escalas —sugirió pensando ya en lo que sabía iba a encontrarse tan pronto llegase a casa—. Si conozco en algo a mi familia y a mis progenitores, desearán que celebremos una nueva boda, de hecho lo exigirán.

Lo miró de reojo y resopló.

—Estupendo, ya veo de dónde sale tu vena autoritaria —le soltó—. Ahora nos colgarán a los dos por tu genial e intransigente idea de casarte conmigo.

Si no estuviese tan atento como lo estaba a cada una de sus reacciones, posiblemente se habría perdido el temor que atravesó durante un breve instante sus ojos.

—No tienes nada que temer de mi familia o mi hogar, Sarah, ahora serán también los tuyos.

Suspiró, un gesto delicado y femenino que contrastaba con la mujer irreverente y segura de sí misma que había sido durante todo el vuelo.

—Mi nuevo hogar —musitó, sacudió la cabeza y lo miró—. Me has arrancado de mi vida, me has despojado de cualquier posible decisión sobre ella y ahora pretendes imponerme otra. Si no me gustase tanto tu país, podría decirte que te lo metieses por... ahí.

Y esa era una acusación contra la que no podía luchar, pues en sus palabras había una gran verdad.

—Tendremos que hacer algunos ajustes, pero con el tiempo...

—Quizás tú tengas todo el tiempo del mundo, principito, pero yo solo dispongo de quince días de vacaciones —resopló—. Y eso es todo lo que voy a darte. Con un poco de suerte querrán cortarte la cabeza por haberte casado conmigo, lo que nos llevará a un rápido divorcio y a mí de regreso a casa.

Su tigre rugió ante la sola idea de que se fuese a cualquier sitio en el que no pudiese tenerla cerca y él mismo se sintió ofendido por su intención de librarse de él.

—No habrá divorcio, esposa, ni lo sueñes.

—No puedes salirte siempre con la tuya, Kaliq, las cosas no funcionan de esa manera, por muy príncipe que seas, no puedes disponer de la vida de los demás a tu antojo —replicó volviendo a esa actitud batalladora—. Y, desde luego, no voy a dejar que dispongas de la mía a tu antojo. Tengo un trabajo que mantener, un alquiler que pagar, unas jodidas plantas que regar, ¿cómo esperas que abandone todo eso sin más?

—No espero que abandones tu antigua vida, Sarah —razonó con ella—. En cuanto nos instalemos, nos encargaremos de resolver todo lo que deba ser resuelto. Mandaremos traer lo que necesites, podrás hablar con la persona para la que trabajas y nos ocuparemos del alquiler de su vivienda. Solo espero que le des una oportunidad a lo que tienes por delante.

—¿Quince días de absoluta locura en un país en el que la familia real tiene tigres por mascotas? —replicó con un mohín.

Ante su absurda pregunta no pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio.

—No me digas que eres de las que lee las revistas de sociedad y cree en el chismorreó.

Un ligero rubor cubrió sus mejillas, carraspeó y le dio la espalda.

—Bueno, no creo que nadie en su sano juicio le ponga a sus mascotas collares de oro, diamantes y rubíes... pero —se giró, mirándole de soslayo—. Tampoco se me habría pasado por la cabeza jamás que uno de los príncipes del sultanato de Bahir acabaría secuestrándome y obligándome a casarme con él.

—No te obligué.

—Déjame cambiar la palabra, me coaccionaste.

—Pronunciaste los votos por ti misma, no recuerdo haberte amenazado para que lo hicieras.

—No hacía falta, dejaste que me emborrachase.

—¿Quién fue la que fue al mini bar del avión y se preparó dos margaritas?

—Pudiste haberme detenido.

—¿Y ganarme otro mordisco?

Tomó una profunda bocanada de aire y lo apuntó con el dedo.

—La boda no puede ser válida, estaba borracha.

—Pues caminabas bastante derecha...

—Era un efecto óptico.

—...y tu comprensión, si bien estaba algo dispersa, fue suficiente como para que no dijese que no cuando se te preguntó.

Abrió la boca lista para poner otra excusa, pero volvió a cerrarla. Le dio la espalda una vez más y permaneció así unos segundos más.

—Son más que mascotas —comentó en voz baja, buscando llamar su atención y aprovechar así mismo la excusa que ella acababa de proporcionarle para el mayor de sus problemas—, son como de la familia.

El truco surtió efecto, pues se giró lentamente, mirándole como si esperase que se riese de ella de un momento a otro.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—¿Tienes un gato grande a rayas como mascota?

Ladeó la cabeza.

—¿Te asustan los gatos grandes?

Jadeó y señaló lo obvio.

—Un tigre de bengala de doscientos kilos es algo más que un gato

grande.

—*Kha* está domesticado.

—¿*Kha*?

—Es mi compañero —repuso con tono misterioso. Así era como le llamaba su hermano pequeño—. Un magnífico ejemplar de Bengala. Le gusta que le froten tras las orejas.

Su sorpresa era genuina, casi tanto como su incredulidad.

—¿Estamos hablando de un tigre?

—Eso he dicho.

—Pero, ¿de verdad tenéis... tigres... como mascotas?

—Nosotros los consideramos miembros de la familia —se encogió de hombros—. Es... una especie de tradición, algo que viene... de mis antepasados.

—Estoy alucinando.

—Tienen su propio terreno de caza en la reserva que se ha creado especialmente para ellos, allí pueden correr y vagabundear a sus anchas.

—Tigres en el desierto —hizo una mueca y lo miró de soslayo—. ¿Te das cuenta de que no es su hábitat?

—Ellos nacieron aquí, Sarah, están más que acostumbrados al clima —añadió no sin palpable ironía.

—Entonces, ¿los habéis criado vosotros? ¿Son... peligrosos?

—Son hijos de otros *tygrain* —respondió—. Y todo animal es peligroso cuando se siente acorralado, pero a ti, tengo la impresión de que te encontrarán adorable.

—¿*Tygrain*? —Preguntó curiosa—. ¿No se llamaban así los primeros moradores del sultanato?

—Durante mucho tiempo se ha considerado a los *tygrain* de Al-Hanak como la primera familia, así que, sí, podría decirse que sí —intentó buscar

una explicación coherente—. Pareces bastante informada sobre mi país y sus raíces.

—He visitado Bahir anteriormente de la mano de Kara —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. Su padre, err... el *Sheikh* Nazira tiene un don especial para narrar y se lo ha transmitido a su hija. He escuchado muchas historias de ellos, eso me llevó a investigar e interesarme por vuestra historia y sus raíces. No voy a negar que me gusta ese pedazo de tierra que llamas hogar, aunque confieso así mismo que no lo conozco todo, solo algunas ciudades...

—No has estado nunca antes en la capital.

No era una pregunta. Si lo hubiese estado, él la habría olido, estaba seguro de que antes o después la habría encontrado.

—No —negó con la cabeza—. Admitiré que lo que conozco de Bahir es su lado más septentrional, el desierto y los pequeños pueblos que rodean la ciudad de Kamsa. Kara iba a llevarme en mi última visita a Samad, pero a última hora cambiamos de planes.

—En ese caso, parece que tendré el honor de enseñarte la capital de mi país —aceptó complacido por ello. Le gustaba la idea de poder mostrarle algo que significaba tanto para él como lo era su hogar—. Y el palacio.

Sus palabras la llevaron a hacer una mueca.

—Sigo esperando despertar y que esto no sea otra cosa que un mal sueño inducido por las gambas —musitó, se pasó una mano por el pelo y le miró—. Pero no tendré tanta suerte, ¿verdad?

—Deja que te lleve al hotel —pidió cambiando entonces de tema—. Podrás darte un baño, comer algo y descansar... no saldremos hasta mañana.

—Mañana —murmuró y buscó de nuevo su mirada. Nadie podría acusar a esa mujer de falta de valentía—. Vamos a pasar la noche aquí...

Acortó la distancia entre ellos, le apartó el pelo de la cara y le acarició

la mejilla con los nudillos.

—Te mereces estar en el suelo y no a mil pies de altura en nuestra noche de bodas.

Su rostro aumentó de color pero no se retiró. Esa rosada lengua emergió de entre sus labios y se los mojó.

—Debería sentir unas irrefrenables ganas de huir de ti en este mismo instante pero no puedo hacer que se muevan mis piernas, no quiero moverme —musitó ella arrugando la nariz ante sus propias palabras—. ¿Por qué no puedo alejarme de ti? ¿Por qué no puedo hacerlo cuando estás tan... cerca?

—Porque sabes que es a mi lado dónde debes estar —le rozó la mejilla con el pulgar y le levantó la barbilla—. Aún si no lo entiendes, aún si deseas luchar contra la necesidad y el deseo que ya huelo en ti, sabes que aquí, en mis brazos, es el único lugar en el que puedes estar.

—Me has secuestrado, Kaliq, debería...

Le cubrió los labios con un dedo, entonces lo quitó y bajó su boca planeando a escasos milímetros de ellos.

—Deja de pensar, Sarah —la acarició con su aliento—. Estás aquí, eres mía y eso es todo lo que me importa, todo lo que debe importarnos.

Reclamó sus labios saboreando de nuevo la dulzura de su boca y recordándose a sí mismo que pronto la tendría.

*Paciencia, Kaliq, ahora es tuya y no habrá nada ni nadie que deshaga eso.*

## CAPÍTULO 7

Un baño, todo lo que Sarah quería era poder darse un baño con tranquilidad, disfrutar del agua caliente sobre su piel, del aroma de las sales y de la sensación de placidez que traía consigo. Los recientes acontecimientos ameritaban un momento de soledad, unos instantes para sí misma y para su cerebro.

¿De verdad se había casado? El anillo que ahora adornaba su dedo anular parecía decirle que sí, como también lo hacía el hombre que decía ser su esposo y la había dejado nada más llegar a la habitación.

—Soy un hombre de palabra. —Le había dicho mirándola con detenimiento—, así que te dejaré durante unas horas para que puedas descansar y darte ese baño por el que suspiras. He pedido al servicio de habitaciones que te suban algo de comer y tienes mi teléfono apuntado en el papel que hay sobre la mesa. Estaré en el lobby del hotel, debo comunicarle a mi familia que hemos retrasado nuestra llegada...

—¿Y darles la buena noticia de tu reciente matrimonio?

—Nuestro reciente matrimonio y sí, eso también —aceptó mirando el reloj. No tenía que consultarlo para saber que ya eran casi las cuatro de la tarde. La mañana se había esfumado sin que ella fuese consciente de ello—. Si me necesitas...

—Estaré perfectamente mientras no envíes a nadie más a secuestrarme —replicó con profunda ironía.

—No tienes que preocuparte de eso, esposa, el único que podría desear

secuestrarte ahora mismo, soy yo y ya te tengo dónde quiero.

Dicho eso le robó un breve beso y la dejó para atender sus cosas.

Fiel a su palabra la había dejado varias horas sola. El servicio de habitaciones le había traído la comida pero apenas si había conseguido picotear algo, no pasó así con su necesidad de descanso, pues nada más sentarse en la cama unos segundos para descansar se quedó traspuesta y no despertó sino hasta hacía cosa de una hora. Para entonces las luces de la ciudad se habían encendido y la tarde había empezado a dar paso a la noche.

Así que, los últimos cuarenta minutos había disfrutado de su merecido y anhelado baño, del agua caliente y de la tranquilidad de la habitación para sí sola... o al menos lo había hecho hasta que sintió que la observaban. Abrió los ojos y repentinamente fue consciente de que el agua ya no estaba tan caliente, de que la espuma que flotaba y cubría su cuerpo no era suficiente y esa mirada castaña fija en ella, la estaba dejando sin respiración.

De pie al otro lado del amplio baño, apoyado en la esquina de la ducha, con el pelo negro revuelto y la camisa abierta dejando a la vista un fantástico y cincelado cuerpo moreno la observaba la encarnación del pecado. Se había quitado la americana, el cinturón y los zapatos, los faldones de la camisa estaban por fuera del pantalón cuyo botón central estaba desabrochado y hacía que su mirada siguiese el rastro de vello que bajaba desde su ombligo.

Le costó encontrar la saliva suficiente para poder hablar y, aun así, sus palabras salieron vacilantes.

—¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

La respuesta de Kaliq fue cerrar el puño y golpear la superficie de cristal de la mampara de ducha con los nudillos.

—Acabo de hacerlo —replicó con voz ronca—. ¿Qué tal está tu baño?

—Pues, hasta hace cosa de tres segundos, maravillosamente —murmuró sintiendo que la habitación empezaba a quedarse sin oxígeno—. Ahora, parece



que se hubiese enfriado el agua de golpe.

Su respuesta fue arrancar la toalla que había dejado colgada de la mampara de la ducha, estirla y acercarse a la bañera.

—En ese caso, deberías salir ya de ahí.

Volvió a tragar, el corazón empezó a latirle más fuerte.

—Claro, lo haré tan pronto te marches...

—No voy a marcharme, Sarah, me gusta... lo poco que me dejas ver.

Se acurrucó aún más, la espuma se movió, acariciándola.

—¿Ya has terminado con todos tus recados?

—Lo hice hace varias horas —aseguró recorriéndola con la mirada y haciendo que se sonrojase. Demonios, y eso que no podía ver más que sus hombros o sus rodillas—. Después me senté a leer el periódico un rato, me tomé una bebida y, cuando ya no pude esperar más, subí para verte dormir en la bañera.

Se le secó la boca, ¿qué demonios debía decir una en esta clase de situaciones? Sus relaciones anteriores habían sido más bien esporádicas y ninguna había llegado a buen puerto. En realidad, no lograba recordar siquiera encontrarse tan nerviosa ante ningún hombre.

—Um... te ha cundido la tarde entonces...

—¿Sarah?

—¿Qué?

—Deja de retrasar lo inevitable —se inclinó sobre la bañera y le tendió una mano mientras sujetaba la toalla con la otra—. Ven.

Esos ojos castaños parecieron adquirir un tono dorado, sus pupilas alargarse, pero tenía que ser cosa de la luz del baño. Sus piernas parecieron volverse de gelatina durante un segundo, entonces vio su propia mano acercándose a la de él, sus dedos deslizándose sobre su palma y finalmente se encontró de pie. El agua y la espuma se deslizaron por su cuerpo desnudo,

sintió como se le endurecían los pezones ante el cambio de temperatura y su piel adquiriría la conocida carne de gallina. La sensual mirada masculina bajó sobre ella, deteniéndose en breves periodos de tiempo, lo vio lamerse los labios, moverse imperceptiblemente hasta que se miraron a los ojos y su cuerpo acusó la inspección calentándose y su sexo se humedeció, pulsando de necesidad.

—Kaliq, yo...

Los apetitosos y finos labios se curvaron, soltó su mano y la envolvió lentamente con la toalla sin dejar de mirarla.

—Soy muy afortunado por tener una compañera tan apetitosa como tú — declaró al tiempo que la atraía hacia él y la levantaba sin esfuerzo, sacándola de la bañera—. Y Sarah, tengo intención de saborearte entera.

Sus palabras no fueron más que una excusa, su beso, la lengua incursionando en su boca fue la verdadera declaración. Solo pudo jadear y aceptar su asalto, derritiéndose en sus brazos, despertando a la necesidad y al deseo.

—¿Se supone que puedo decir algo al respecto? —Se las ingenió para replicar.

—Sí, puedes. —Rompió el beso solo para que pudiese ver que estaban abandonando el baño y se dirigía al dormitorio dónde la dejó sobre la cama —. Puedes pedirme más.

La besó una vez más, pero en esta ocasión fue un breve contacto de labios pues se apartó de inmediato, arrancándole la toalla para secarle la piel con pequeños golpecitos a los que no tardó en seguir su boca.

—Las sábanas... vamos a... mojar la cama... vamos... oh dios...

Él se rió en voz baja mientras continuaba su camino descendiendo sobre su estómago y arrastrando en el proceso el algodón de la toalla sobre las gotas de agua que le perlaban la piel, su lengua seguía el camino trazado por la tela

con pequeñas y húmedas caricias que recalaron en su ombligo. Jadeó y arqueó la espalda casi sin ser consciente de ello cuando hundió la lengua en el pequeño hoyo provocándole cosquillas. Le humedeció la piel a besos y la pellizó con los dientes, un mudo recordatorio de que podía devolverle el mordisco. No le había mentado al decir que quería saborearla, prueba de ello era que la estaba lamiendo como a un helado y su contacto la encendía como a una cerilla.

Deslizó las manos sobre sus pechos arrancándole otro jadeo, sus dedos encontraron los pezones y le prodigaron toda clase de atenciones. Podía sentir los senos hinchados, las cúspides tan duras que tenía que luchar con la necesidad de suplicarle que las acariciara, pero tampoco es que hiciese falta. Él parecía capaz de entrar en su mente, de leer sus pensamientos, ya que bajó y derramó su aliento sobre la tierna carne acicateando el pezón con una breve pasada de la lengua antes de subir por la cremosa piel en dirección a su clavícula. Cada pasada le provocaba pequeños dardos de placer, la forma en que seguía la línea de sus huesos, que se hundía en el hueco de su garganta la ponía más y más caliente hasta el punto de hacerla gemir y arquearse cuando le prodigó un mordisquito en la sensible piel del cuello.

—Um... anotaré eso para después.

Su boca descendió con actitud juguetona a lo largo de su cuello arrebatándole la capacidad de habla, solo podía cerrar los ojos y dejar que hiciese con ella lo que le apeteciese, un pensamiento que no dejaba de ser inquietante.

Kaliq se relamió como el gato que era y luchó a brazo partido con su tigre para mantener el control. Su aroma era embriagador, su sabor hacía que quisiese ronronear y, por encima de todo, morderla. Deseaba que fuese completamente suya, que no le quedase duda alguna a nadie de que esa hembra era de su propiedad, su compañera y que desafiaría a cualquiera que intentase

arrebatársela.

—Eres deliciosa —murmuró contra sus labios, sucumbiendo de nuevo al desesperado hambre que le roía las entrañas. Bebió de sus labios en un hambriento beso, le acarició el labio inferior con la lengua, atrapándolo luego entre los dientes para tironear de él y lamerlo a continuación. Su gemido le dio el espacio que necesitaba para incursionar en su cavidad, hundiéndose en ella y enlazando sus lenguas hasta arrancarle una tímida respuesta. Esto es lo que deseaba de ella, lo que había estado deseando hacer desde el primer instante en que la probó.

Sarah encajaba a la perfección en sus brazos, las llenas curvas de su cuerpo se adaptaban a las suyas haciéndole plenamente consciente del delicioso cuerpo que se apretaba contra el suyo con la misma imperiosa necesidad que habitaba en su interior. Su compañera despertaba bajo sus caricias, se excitaba de una forma preciosa y lo hacía sentirse orgulloso de la mujer que le pertenecía. Su pene, confinado en los pantalones, empujaba contra la cremallera, deseoso de enterrarse en su húmedo núcleo. Quería sentir esas largas y torneadas piernas que lo acunaban alrededor de sus caderas mientras profundizaba en su sexo, la sola idea lo llevó a empujar su dura erección contra el suave y desnudo cuerpo que tenía bajo él.

—La ropa es un estorbo.

La besó de nuevo, robándole un rápido contacto de labios antes de hacerse a un lado y dejar la cama lo suficiente para deshacerse de la camisa, los pantalones y los calzoncillos. Esa mirada tierna y algo vergonzosa sobre él lo calentó incluso más, su deseo creció haciendo que su felino se reflejase en sus ojos y empezasen a dolerle los dientes por la necesidad de saborearla. Esos ojos azules no perdieron detalle de sus movimientos, se deslizaron sobre su cuerpo y pudo oler como aumentaba su excitación, mojándose más por él.

Se liberó de la última de sus prendas y volvió a la cama, acechándola

como el gato que era, disfrutando de sus nerviosos contoneos sobre el colchón hasta que sus manos volvieron a estar sobre esa cremosa piel. Deslizó los dedos sobre ella, recorrió sus costillas, bajó por sus caderas y le acarició el costado de las nalgas antes de incursionar entre sus piernas y gruñir ante la dulzura de su húmedo sexo y la suavidad de su tierna carne.

—Parece que a alguien le gusta que la mimen —murmuró inclinándose sobre ella, descubriendo su sexo con lentas caricias—. Estás caliente y mojada... —deslizó uno de sus dedos en su interior, notando como sus paredes lo succionaban—, y muy apretada, deliciosamente apretada. Eres una gatita traviesa, Sarah.

Tembló bajo él, arqueó las caderas buscando su contacto, las caricias que le prodigaba y se encontró deseando ver más de su placer, escuchar sus gemidos y lloriqueos presa del placer.

—Veamos si puedo hacerte gritar —ronroneó y descendió sobre su cuerpo, prestando atención a esos hermosos y llenos montículos que lo habían atraído desde que los había visto desnudos y pálidos, con las aureolas rosadas y esas pequeñas cúspides duras.

Sonrió interiormente ante el recuerdo de cómo había reaccionado su cuerpo cuando la lamió. Quería sentirla así, estremecida, necesitada, desatada y líquida por el placer. Quería meterse uno de esos brotes en la boca, succionar hacia hacerla gritar su nombre y sabía qué hacer exactamente para conseguirlo.

Deslizó un segundo dedo en su interior, moviéndolos de modo que pudiese ocupar el pulgar en una zona más delicada, descubriendo la pequeña perla escondida de su clítoris y rozándola con movimientos controlados. Su reacción no se hizo de esperar, se arqueó bajo su mano, sus dedos la penetraron en profundidad y solo cuando la escuchó gritar de sorpresa fue que su boca tomó posesión de una de las perfectas perlas de sus pechos.

—¡Kaliq! —La forma en que pronunció su nombre, el aroma de su excitación y el suave cuerpo que yacía bajo él fueron la combinación decisiva. Podía escuchar los latidos de su corazón de manera acelerada, la imperiosa necesidad de sus pulmones esforzándose por pasar el aire a través de sus audibles jadeos. Estaba excitada, entregada al placer, era una pequeña gatita moldeable en sus manos, la única mujer con la que podía permitirse bajar la guardia y disfrutar.

Soltó el pezón con un sonido de succión, lo lamió y pasó al otro, repitiendo la operación. Su sexo se ceñía a sus dedos caliente y húmedo, con cada movimiento su cuerpo se tensaba un poco más, movía las caderas como si no estuviese segura si debía acercarse o alejarse y, antes de que pudiese decidirse, se retiró de su interior dejándola vacía y sollozante.

—No... ay dios... Kaliq, no se te ocurra...

Se inclinó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo y bajó de nuevo sobre sus labios, exigiéndole un beso que no dudó en ofrecerle.

—¿Qué no se me ocurra el qué, tigresa? —Sonrió divertido ante sus labios—. Me gusta verte así. Sonrojada, con los ojos llenos de deseo y el cuerpo anhelante. Así es como siempre deseo tenerte en mi cama, como quiero que respondas a mí.

—A mí me gustaría incluso más que hicieses algo... más.

Se rió entre dientes, se inclinó sobre ella, se lamió los labios delante de los suyos y ronroneó.

—¿Algo como... ponerte sobre manos y rodillas, apartarte el pelo para dejar a la vista esa precioso cuello, inclinarme y morderte mientras me entierro profundamente dentro de ese dulce y caliente coñito?

Sus palabras la estremecieron pero su deseo aumentó.

—¿Todavía estás enfurruñado porque te mordí? —Se hizo la inocente—. ¿Y si prometo no volver a hacerlo?

Entrecerró los ojos y sonrió de soslayo.

—¿Y si te prometo yo que, después de morderte, quedaremos en paz?

—No me gusta que me muerdan —replicó lamiéndose los labios.

—Eso, gatita, es porque todavía no has recibido mi mordisco.

Le acarició los labios con los suyos, una ligera caricia que prometía mucho más. La levantó en vilo, girándola sobre la cama, tirando de ella hacia sí hasta dejarla con la espalda pegada a su pecho, de rodillas sobre la cama y las manos prisioneras de las suyas.

—Voy a montarte. Me enterraré tan profundamente en ti que no tendrás duda alguna de que eres mi esposa y me perteneces —gruñó en su oído—. Te follaré como llevo deseando hacerlo desde que te vi por primera vez y, cuando lo haga, comprenderás exactamente lo que significa pertenecerme.

La empujó con su propio cuerpo, obligándola a mantener las manos sobre el colchón para luego deslizar las suyas hacia arriba, hasta sus hombros y arrastrar los dedos por ambos lados de su columna vertebral, notando como se arqueaba bajo su contacto. Hundió los dedos a ambos lados de su cadera y resbaló su erección entre sus nalgas, acariciándola, tentándola.

—Quiero oírte gritar mi nombre, Sarah —gruñó luchando por mantener a su felino con la correa—, quiero sentir como te corres, como me aprietas durante el orgasmo, como te derrites a mi alrededor.

Se inclinó sobre ella y cogió un par de preservativos que había depositado a propósito sobre la mesilla de noche, tiró uno de los cuadraditos metalizados sobre el colchón y rompió el envoltorio del otro con los dientes, colocándose el condón al momento.

—Te deseo... —susurró inclinándose, guiando su polla hacia la entrada de su sexo, posicionándose e introduciendo solo la punta. Se elevó sobre ella y le apartó el pelo del cuello, dejando a la vista la desnuda columna.

—Eres mía, Sarah —musitó lamiéndole la piel en ese punto que lo hacía

ronronear de necesidad—, toda mía.

Empujó lentamente, disfrutando de la sensación de esas tensas paredes alrededor de su miembro, su tigre rugió al mismo tiempo instándolo a ir más profundo, deseando hacerse con el control para marcar así a su compañera. Le besó nuevamente el cuello, deslizó las manos bajo su cuerpo y le pellizó los pezones sobresaltándola. Estaba caliente y mojada, tan apretada que su incursión en el delicado cuerpo femenino era como una deseada tortura.

Se obligó a apretar los dientes para no gruñir. Enterrado profundamente en su interior la notó temblar bajo su pecho el cual estaba pegado a su espalda, ella vibraba por dentro, su excitación emparejaba la suya y la convertía en una deliciosa compañera de placer.

—Kaliq —gimió su nombre, su sexo acusó cada pequeño temblor femenino, la humedad que facilitaba su lubricación y hablaba de una palpable necesidad.

—Me gusta cómo pronuncias mi nombre, especialmente cuando lo haces con esa sensual cadencia. —Dejó de torturar sus pechos y resbaló las manos de regreso a las voluptuosas curvas femeninas—, pero me gustará todavía más oírlo mientras te corres.

Empezó a salir de ella, quedando unido solo por la punta de su polla antes de volver a entrar de golpe, deslizándose hasta el fondo para iniciar una nueva repetición. Estaba tan apretada y a la vez tan resbaladiza que era el paraíso.

—Mía —gruñó con cada empujón que daba en su cuerpo—. Mi mujer, mi esposa, mi compañera... recuérdalo, Sarah. No habrá otro hombre para ti mientras yo viva.

—Oh señor...

Se derritió bajo él, el colchón se movía al compás de sus empujes, propulsando el cuerpo femenino, reteniéndolo solo con el ancla de sus manos



en las caderas. La montó a placer, dejó que su tigre saliese a la superficie y compartiese ese delicado e íntimo momento, notó como los colmillos de su felino estallaban en su boca. El aroma de la mujer se hizo irresistible, podía escuchar el latido de su corazón, sus deliciosos gemidos mientras se empujaba una y otra vez y finalmente sucumbió como el *tygrain* que era para reclamar a su compañera.

—¡Kaliq!

Lloriqueó su nombre cuando hundió los colmillos en la parte trasera del cuello, deslizó la mano entre ellos y buscó la hinchada perla de su clítoris y la pellizcó arrancándole un nuevo quejido mientras seguía empujando en su interior. El cuerpo femenino se deshizo en sus brazos, su sexo se tensó alrededor de su miembro y los espasmos de un fuerte orgasmo lo recorrieron cuando ella se corrió con su nombre en los labios. Lamió la marca que había dejado su mordisco y cerró los ojos de puro éxtasis al reconocer su sangre. Su tigre rugió una última vez satisfecho, contento de tener por fin a su compañera consigo y le cedió de nuevo las riendas, permitiendo que el príncipe se uniese a la mujer con su propia liberación.

—Gracias, Sarah —murmuró besándola de nuevo en el cuello, al tiempo que salía de su interior, se deshacía del condón y la abrazaba, llevándosela consigo—. Gracias por este regalo.

Ella se limitó a musitar algo, ocultó el rostro en su pecho y se acurrucó como una gatita agotada y satisfecha.

Kaliq pasó varias horas viéndola dormir, la noche ya había caído sobre la ciudad y no tenía el más mínimo deseo de abandonar el lugar que ocupaba ahora mismo. Estaba tranquilo, saciado y complacido con ella, era una gatita

fogosa y tierna, tan dulce como la miel. Era el tipo de mujer de la que podría enamorarse fácilmente, alguien con quién disfrutaría de la vejez cuando esta llegase. No podía pedir más, no deseaba más.

Deslizó la mano por su espalda hacia sus nalgas y sonrió al notar como se revolvía una vez más. Deslizó un dedo entre sus mejillas y le acarició el sexo, ronroneando al encontrarla caliente y mojada.

—¿Es que tú no duermes? —musitó desperezándose, su mirada somnolienta.

—Me gusta mirarte, es mucho más divertido. —Se inclinó sobre ella, buscándola—. Además, estaba pensando seguir dónde lo dejamos esta mañana.

Empujó el trasero hacia él.

—¿Con eso te refieres al lugar que ocupan tus dedos?

Le acarició la espalda con la nariz y continuó bajando hasta conseguir morderle la nalga.

—Aunque me place la idea, me gustaría que la nueva princesa Al-Hanak entrase en palacio caminando.

Se giró y le miró a los ojos, sus palabras habían roto parte del hechizo que los mantenía en esa cama.

—No quiero ser princesa...

—Un poco tarde para eso. —Le acarició la nariz, los labios, los pechos y se retiró cuando la pequeña mano se posó sobre su brazo, interrumpiéndolo.

—No sé cuál es la labor de una princesa —insistió—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Continuó acariciándola, le apartó el pelo de la cara, le rozó los labios con el pulgar y la miró a los ojos.

—Solo tienes que ser tú misma...

Sacudió la cabeza.

—Es lo que te decía antes, no puedes arrancarme de mi vida así, sin más y esperar que esté preparada para... lo que quiera que venga contigo.

—Encontraremos un término medio que nos permita convivir y conservar nuestras vidas —le aseguró mirándola a los ojos.

—¿Por qué yo?

—Porque estabas en el lugar adecuado en el momento exacto.

Resopló y se dejó ir de espaldas sobre la cama.

—Kara va a flipar cuando le cuente esto —murmuró e hizo un mohín—. Porque puedo contarlo, ¿no? Quiero decir...

Sus labios se curvaron por sí solos en una petulante sonrisa. No podía evitarlo, la idea le parecía sencillamente maquiavélica.

—Hazme un favor y cuéntaselo con todo lujo de detalles. —La besó en los labios.

Enarcó una ceja ante su buena disposición.

—¿Incluido el fallido secuestro?

—¿Quién dijo nada de fallido? —La recorrió con la mirada, relamiéndose al ver sus pechos desnudos—. He obtenido lo que quería.

—Eres...

—Un gato hambriento de su mujer —declaró bajando sobre ella con una obvia intención, tomarla de nuevo.

Oh sí, no iban a abandonar esa cama hasta que él se hubiese saciado una vez más de esa dulce y apetitosa hembra.

## CAPÍTULO 8

—Tiene que tratarse de una broma, una enorme y colosal broma del destino.

—Escuchó la iracunda voz del sultán—. ¡Se ha casado! ¡Se ha casado con una humana común y corriente! ¿En qué demonios estaba pensando? Le dije claramente que su deber era contraer matrimonio con la princesa Bakara Nazira. ¡Y qué hace! ¡Se casa con una chica humana!

Los pasos se fueron alejando, la airada voz se perdió por los pasillos del palacio y Sharif no pudo evitar analizar las palabras que habían quedado en el aire. Había escuchado bien, ¿Kaliq se había casado con una humana?

—Pero qué demonios...

Se levantó del asiento en el que había estado consultando los mapas que tenía esparcidos sobre la mesa y se asomó a través de la puerta de la biblioteca justo a tiempo de ver a su hermano pequeño caminando hacia él.

—¿Qué ha sido eso?

—Una explosión épica que ni siquiera madre podrá manejar —replicó el cachorro echando un vistazo por encima del hombro—. Al parecer Kaliq envió esta tarde un telegrama y, sabiamente, la sultana lo interceptó... lo que no ha sido tan sabio es comunicarle el contenido a padre. Cualquiera diría que Amina se lo pasa en grande haciendo que le salgan canas.

Prefería omitir cualquier juicio de valoración que tuviese que ver con la madre del primogénito del sultanato. Si bien tenía en gran estima a la primera esposa de su padre, no le había pasado por alto la manera en que esta tendía a hacer las cosas, especialmente cuando deseaba salirse con la suya. Era una

mujer inteligente, culta, peligrosa en cierto modo y ese nuevo tejemaneje en el que había puesto sus manos prometía un nuevo dolor de cabeza.

—Nuestro querido hermano ha hecho una escala en Múnich para casarse... con una humana.

Entonces, no había oído mal.

—¿Qué Kaliq se ha casado con una chica humana?

—No cualquier chica, Shar, la ha encontrado, ha encontrado a su compañera.

La implicación que traía consigo ese puñado de palabras era demasiado impactante. Su hermano había salido como una exhalación en el avión privado del sultán para recuperar a su díscola prometida, la hija del *Sheikh* Nazira. Estaba decidido a encontrarse de nuevo con esa mujer y comprobar si, por casualidades de la vida, esa chica podría ser su compañera.

*«Si he de casarme con la princesa de la tribu Nariza, lo haré, pero no condenaré a una mujer a repetir los errores de mis progenitores y padecer sus consecuencias. Cuando escoja emparejarme, lo haré con una única mujer y, si el destino colabora, esa hembra será mi compañera».*

Las palabras que había pronunciado Kaliq resonaron en su cabeza, se pasó una mano por el pelo y resopló.

—Lo ha hecho, la ha encontrado y se ha casado con ella —resumió con palpable incredulidad.

—Sí, con una chica humana —insistió su hermano con gesto pensativo—. Al final Dimitri va a tener razón y nuestra raza está destinada a volver a mezclarse como lo hicieron nuestros antepasados.

El líder del clan *tygrain* de Virginia les había informado en una de sus últimas charlas que muchos miembros de su tribu, empezando por su propio hermano —uno de los raros casos de tigre albino entre los suyos—, estaban encontrando a sus parejas en humanas comunes y corrientes.

Lo cierto es que lo había considerado algo esperado, dado que ellos eran algo así como una rama lejana de la familia, descendiente del lado femenino de la primera familia, pero que esa suerte afectase ahora a los Al-Hanak, los herederos directos del dios y su consorte...

—Padre ha puesto el grito en el cielo —continuó Tarek—. Quería fortalecer los vínculos con los Nazira y el principito le ha salido con un paso de baile inesperado.

Sacudió la cabeza pensando en ello.

—Kaliq no aceptará tomar a la princesa, ni siquiera como segunda esposa.

—No, no lo hará —aceptó el chico—. Con lo que tenemos una nueva princesa que es humana y está a punto de ser introducida en una comuna *tygrain*. Sí, ya puedo escuchar sus gritos.

Lo miró de soslayo. Si la chica era ajena a su mundo, el heredero del sultanato iba a tener por delante un jodido infierno para hacerla comprender el lugar que ahora ocupaba y, sobre todo, lo que significaba tener un compañero.

—Hasta que sepamos exactamente qué grado de cordura posee y si está al tanto o no sobre nuestra segunda naturaleza, me parece que tendremos que recurrir al mismo cuento que se utiliza para justificar la presencia de los felinos en el palacio ante las visitas —resopló. Ya podía ver el lío que iba a ser eso—. La familia real de Al-Hanak poseedora de unas encantadoras y enormes mascotas felinas.

—Cuando se entere de que tendrá una para ella solita, es posible que se desmaye —añadió con palpable ironía.

—Que se desmaye no es el problema, lo será el que sea o no capaz de aceptar el lugar en el que la ha puesto su compañero —aseguró y dejó escapar un profundo suspiro—. Y esperemos que Kaliq la haya reclamado antes de regresar o esto será un verdadero infierno.

—Bueno, míralo por este lado, el palacio se va a volver mucho más animado en los próximos días —aseguró el joven con el mismo optimismo de siempre.

Sharif arrugó la nariz.

—Eso o se convertirá en una auténtica pesadilla.

Habría que esperar a que la pareja aterrizase mañana, por lo pronto, tendrían que ir avisando al resto de los ocupantes del palacio de que acababan de añadir una nueva princesa a la familia.

## CAPÍTULO 9

Sarah terminó de abrocharse los zapatos y tomó una profunda bocanada de aire. Había encontrado varias bolsas de una cara boutique a los pies de la cama. Ropa, zapatos, lencería, complementos... Tenía suficientes chucherías como para hacer un pase de modelos en la pasarela de Milán. Su documentación y tarjetas de crédito estaban también junto a un bonito bolso y monedero, y ahora también tenía una copia del pasaporte con su nuevo nombre.

—Sarah Tennat Al-Hanak —pronunció su nuevo apellido—. Princesa consorte de Bahir. Si esto no es una auténtica locura, no sé qué puede serlo.

Suspiró, se levantó y echó un rápido vistazo a la habitación. Su nuevo marido se había vestido y salido incluso antes de que saliese el sol. Le había pedido que se quedase en el dormitorio y no había encontrado las fuerzas para replicarle, todavía estaba demasiado confundida con todo lo que había pasado y con la inusual reacción que tenía hacia él como para pensar con claridad. Terminó por desayunar sola, aunque la comida le sentó como una piedra en el estómago. Estaba tan nerviosa que sentía hasta calambres.

—Y pensar que hoy tenía pensado hacer turismo por Nueva York —suspiró y miró el anillo que decoraba su dedo—. En vez de eso me encuentro en la suite de un lujoso hotel, casada y a punto de embarcarme en el viaje a mi nuevo hogar...

Se pasó la mano por el pelo con gesto cansado, aquello no tenía ni pies ni cabeza. Echó un nuevo vistazo a la habitación y reparó en el teléfono móvil



que había aparecido con su documentación; un caro regalo del príncipe.

—Una boda... y todo por estar en el lugar equivocado en el momento menos oportuno.

Apretó los labios debatiéndose consigo misma pero al final cedió a sus instintos. Recuperó el teléfono, desbloqueó la pantalla y marcó de memoria el teléfono de su mejor amiga. Tal y como había esperado, saltó directamente el buzón de voz y el canturreo de Bakara inundó la línea con el sonido de la grabación.

—...deja tu mensaje después de oír la señal.

Tomó una profunda bocanada de aire y dejó que las palabras se vertiesen de su boca con rapidez.

—Mi querida y loca amiga. Espero que estés disfrutando de tu luna de miel y follando como una coneja porque después de que hayas escuchado esto, serás mujer muerta.

¿Había sido demasiado brusca? No, qué va. Realmente tenía intención de estrangularla.

—No quiero molestarte, de hecho no es importante, por lo que dejaré simplemente el mensaje en tu buzón para que lo oigas cuando vuelvas a encender el teléfono —continuó con una calma que no se creía ni ella—. Solo quiero informarte de que... ¿cómo decirlo suavemente? Pues a ver... verás... ¿Recuerdas que me iba a quedar en el hotel que contrataste, en la pedazo suite que me reservaste y disfrutar de unas merecidas vacaciones? Pues no he llegado ni a poder meter la llave en la cerradura, ya que he sido secuestrada, amordazada, atada de pies y manos e introducida como un fardo en una cara limusina. ¿Adivinas quién ha sido el artífice de esa faena? ¿No? Espera que te lo digo... ¡Kaliqqqqq! Sí, ese Kaliq. El príncipe perfecto, sacado de las maravillosas noches arábigas y que decías que rivalizaría sin duda con el sultán de Sherezade. Y sí, hija, sí que rivaliza. Tiene su misma arrogancia y la

misma peregrina idea de salirse con la suya sí o sí. Pero no te preocupes, él no ha querido matarme después de la noche de bodas, porque la ha habido, ¿eh? Oh, sí. La limusina solo fue el comienzo... de ahí el principito me arrastró a su avión privado, dejó que me lo pasara en grande con su mini bar y terminó haciendo una pequeña escala en Múnich dónde... ¡sorpresa! Nos hemos casado.

¿Sonaba tan absurda la historia como le estaba sonando a ella?

—Y ahora estoy aquí, en nuestra habitación de hotel, a la espera de volver a subir a ese maldito jet para ir a conocer a mi nueva familia política.

Llegados a este punto empezaba a notar que le faltaba el aire, por no hablar del sofoco que tenía encima.

—Así que, cuando escuches esto, seguramente ya estaré en medio del desierto, enterrada en algún agujero sin una piedra que marque el lugar en el que me han enterrado —concluyó con palpable ironía—. ¿Qué puedo decirte, querida amiga? Si todavía no te ha dado un síncope después de escucharme, quédate tranquila, intentaré sobrevivir los próximos quince días... después te mataré.

Tomó aire y se dispuso a apagar el teléfono pero se contuvo en el último momento.

—Posdata. Espero hayas disfrutado de tu viaje de novios, dios sabe que yo estoy intentando sobrevivir al mío.

Con eso cortó finalmente el mensaje y se quedó mirando el teléfono.

—Y ahora que me doy cuenta, ahora las dos somos princesas.

Se llevó la mano a la frente y se echó a reír como si no hubiese un mañana.

—Ay dios, esto es de locos, de locos.

## CAPÍTULO 10

—Alteza.

Sarah dio un pequeño salto hacia un lado apartándose de Jamal y mirándole con recelo cuando el escolta le dedicó una educada reverencia tras abrir la puerta del avión. Kaliq casi esperaba que terminase por enfrentarse a él en cualquier momento, su nueva esposa parecía más en guardia que nunca alrededor de esos dos.

—¿Es necesario que me llame así? —preguntó, esos ojos azules cayendo sobre él.

Estaba nerviosa, expectante, podía notarlo en su lenguaje corporal, oler el miedo y la incomodidad. Su tigre deseaba restregarse contra ella, empaparse de su aroma y retozar como un cachorro a su lado.

—Deben dirigirse a ti con el debido respeto. Como mi esposa, adquiriste el tratamiento de princesa. —Le tendió la mano—. Vamos, todavía tenemos un viaje de unos cuarenta minutos hasta el palacio.

Miró su mano, la puerta ya abierta y a él.

—¿No podemos retrasar la partida un par de horas más?

—No —declaró y esperó con la mano extendida—. Vamos, Sarah, demuéstreme que puedes ser valiente además de inteligente.

Chasqueó la lengua, se llevó las manos a las caderas y replicó.

—No sabría yo decirte sobre el actual estado de mi inteligencia —le dijo—. Me he casado con el hombre que me ha secuestrado y arrastrado por medio mundo. Si eso no es un acuciante síndrome de Estocolmo, no sé lo que

es.

—Sentido común. —Bajó la mano—. Yo era tu mejor opción para el matrimonio.

—Disculpa, pero ni siquiera me estaba planteando casarme cuando apareciste.

—Razón de más para que lo hayas hecho, te he ahorrado el tener que rechazar a otros candidatos.

Dicho eso se acercó a ella de una zancada, se inclinó para rodearle las caderas con un brazo y la levantó sin esfuerzo echándosela al hombro.

—Bienvenida a Bahir, esposa.

El agudo grito que escapó de sus labios le lastimó los tímpanos, el redondo y suave cuerpo se balanceó sobre su hombro y sus manos se aferraron de inmediato a la tela de su chaqueta para no caer.

—¡Estás loco! ¡Bájame ahora mismo! ¡Kaliq! ¡Exijo que me bajes en este mismo instante!

—Bueno, parece que no tendrá problemas en desempeñar su cargo, alteza —murmuró Jamal bajando los cuatro peldaños de la escalerilla tras ellos.

—Tú cállate, compinche de secuestro —lo acusó ella. Parecía tener para todos—. Hay Dios, se me está subiendo la sangre a la cabeza. Bájame, bájame... ay Dios... bájame o te vomito encima.

Dejó que se deslizase por su cuerpo hasta que los zapatos tocaron por fin tierra. Aguantó su mirada fulminante con estoicidad intentando no reírse y se permitió tomar una profunda bocanada de aire y disfrutar del sol de un magnífico día en Bahir.

—Estás loco, no puedes tratarme como si fuese un saco de patatas —se quejó ella, recomponiéndose la ropa—. Habría bajado por mi propio pie.

—Sí, no me cabe la menor duda de ello, Sarah, pero habrías tardado

más de lo que deseaba permanecer en el avión —aseguró mirándola—. Incluso tú deberías apreciar un poco de aire fresco después de pasar tantas horas encerrados.

Aquello pareció hacerla consciente del lugar en el que se encontraba, dejó de refunfuñar y miró a su alrededor. Su gesto cambió al momento y contempló con orgullo como adquiriría una expresión de delicia y, ¿anhelo?

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que estuve aquí —murmuró. Entonces se giró y señaló el bajo edificio a dónde solían llegar los aviones comerciales—. ¿No estamos un poco lejos de la terminal?

Le indicó con un gesto de la mano la limusina de color crema que esperaba ya al pie de la pista con la puerta abierta y el chofer vestido de uniforme. Las banderillas que ondeaban a ambos lados del capó proclamaban el vehículo como coche oficial de la familia real *bahirí*.

—No necesitamos pasar por la terminal.

Entrecerró los ojos fijándose en el conductor y enarcó una ceja en actitud cuestionante.

—¿Otra limusina? —gimió a su lado—. Empiezo a tenerles alergia.

—Te acostumbrarás —aseguró. La cogió de la mano y tiró de ella en dirección al vehículo.

—¿Quieres dejar de arrastrarme a todos lados como si fuese un perrillo? Puedo andar sola, te lo juro —se quejó pero se apresuró a mantener su paso—. Además, no es como si tuvieses la necesidad de volver a secuestrarme.

—No me tientes, Sarah, podría considerar la idea y raptarte de nuevo —comentó sin más—, aunque tendrá que esperar hasta después de las presentaciones.

—Parece que alguien tiene prisa por llegar a casa. —Escuchó a sus espaldas. Sus escoltas le seguían a la zaga.

—Uno de ellos sí tiene prisa, la otra... si clava los pies en el suelo, podría resultar inamovible.

—¡Os estoy escuchando, mentecatos! —clamó ella echando un vistazo por encima del hombro—. Y tú quieres andar más despacio, no tengo las piernas tan largas y no deseo terminar besando el suelo.

Su protesta hizo que se detuviese en seco, se girase hacia ella y la levantase de nuevo del suelo, lanzándosela al hombro como si no pesara nada. Sabía que no era una actitud civilizada, que era suya y que nadie la tocaría. Esa su hembra, su compañera, su tigre desnudó interiormente los dientes y agitó la cola con un ronco rugido.

—Esto es el colmo, ¡bájame! ¡Bájame ahora mismo!

—Estate quieta —le azotó el culo solo para magreárselo después. Su sexo reaccionó al instante, deseándola de nuevo—, o te dejaré caer.

—Pensé que tendrías un poco más de sentido común —lo sermoneó—. Por amor de dios, ¡estás dando la nota! ¿Es que no te importa?

—La verdad es que no.

Continuó hacia la limusina mientras escuchaba con su fino oído los vanos intentos de sus hombres por no estallar en carcajadas. Los ojos castaños del chofer, una réplica de los suyos y de los de su propio padre lo miraban entre intrigado y divertido.

—¿Estás imponiendo alguna nueva tradición de la que deba tomar nota, principito?

Frunció el ceño y miró al chico con una silenciosa advertencia.

—¿Qué demonios hace tú aquí y vestido de esa manera?

Su hermano pequeño tenía una manera única de hacer las cosas y sacarle de quicio. Vestido con el uniforme del chofer, parecía el perfecto conductor.

—¿Puedo suponer que Hadi está al volante?

—¿Crees que estaría aquí y así de otra manera?

—¡Kaliq! —Se revolvió de nuevo su esposa—. ¡Bájame de una maldita vez, maldito exhibicionista!

Su hermano enarcó una ceja al escuchar la voz de la fémica entre divertido y perplejo.

—Si no me bajas ahora mismo, te juro por dios que te morderé de nuevo —le amenazó—. No te creas que te voy a perdonar la última, todavía me escuece.

Sonrió interiormente al recordar cómo había puesto el grito en el cielo al saber que le había mordido. Su mordisco, el cual se iba curando poco a poco dejaría una indeleble cicatriz en la parte posterior de su cuello que la proclamaba suya.

—¿Eso quiere decir que ya te ha mordido? —se interesó Tarek ignorante del curso de sus pensamientos.

—Dos veces. —Levantó la mano cubierta por un apósito—. Hasta sacar sangre.

—Kaliq Amir Al-Hanak, ¡suéltame ahora mismo, bastardo! Esto es bochornoso.

—Soy hijo legítimo, Sarah —replicó deslizándola de nuevo hasta que sus pies tocaron el suelo—. No un bastardo.

—¡Eres un burro! Eso es lo que eres. —Le pegó un puñetazo inofensivo en el brazo, entonces se dobló frotándose la tripa—. Me has puesto el estómago de corbata. ¿Qué manía te ha dado ahora de cargarme como si fuese un fardo?

—Yo diría que mi hermano está mostrándose bastante territorial —contestó el cachorro adelantándose para recibirla—. Bienvenida a Bahir, hermanita.

Ella se incorporó y lo miró. De los tres hermanos, eran los que más se parecían físicamente.

—Sarah, te presento a mi hermano pequeño, el príncipe Tarek Al-Hanak, instigador de las travesuras más disparatadas que se te puedan pasar por la cabeza —le informó sin dejar de mirar al chico—. Tarek, tu nueva hermana, la princesa Sarah.

—Um... hola, err... alteza —murmuró ella entonces, dedicándole algo parecido a una reverencia. No pudo evitarlo, su inocencia lo hizo sonreír y no fue el único.

—No tienes que inclinarte ante mí, ahora somos hermanos, Sarah —aseguró el chico y tomó sus manos entre las de ella para besarle ambas en señal de bienvenida—. Ahora eres una princesa del sultanato.

—Solo debes mostrar pleitesía ante el sultán —le explicó él—, mi señor padre.

La vio hacer un mohín, retirar las manos de las del chico y mirarle.

—No me vendría mal que me recordases de nuevo la clase de rápido protocolo de la que hablamos en el avión —suspiró, entonces frunció el ceño—. Tendremos tiempo, ¿no?

—Cuarenta minutos de viaje, si las condiciones del tráfico son óptimas —le informó, levantó la mano y le apartó un mechón de pelo del rostro—. No tienes nada de lo que preocuparte, te adorarán nada más verte.

Su desconfianza era más que palpable.

—Tengo serias dudas sobre ello.

—Amina ha dispuesto toda el ala norte para vosotros —añadió entonces su hermano—. Me pidió que te lo comunicase.

—¿El ala norte? —No tuvo tiempo de ocultar la sorpresa en su voz.

—La sultana se impuso ante cualquier otro cambio al respecto. —Se encogió de hombros—. Padre solo dijo «*adelante*». No quiso discutir con ella, nadie quiere acercarse a Amina cuando está en modo... «*yo mando, tú obedeces, pedazo de alcornoque*».



—Tarek...

—Lo sé, lo sé. —Levantó ambas manos—. Pero es la verdad. Mamá la ha ayudado, con lo que te puedes hacer una idea de la revolución que se ha montado en palacio desde que llegó tu telegrama.

—¿Enviaste un telegrama? —La pregunta la hizo su mujer—. ¿Ni siquiera les llamaste?

—Hay cosas que es mejor decirlas en persona —aseguró viendo como ella palidecía—. Han sido informados de lo que importa, que me he casado y que volvía a casa con mi esposa.

—Pero has vuelto conmigo y no...

—He vuelto con «mi esposa». —Remarcó las palabras, cogiéndole la mano, llevándosela a los labios y besándola sin dejar de mirarla—. Mi princesa. Es todo lo que necesitan saber.

Lo miró de reojo y sacudió la cabeza.

—Oh, claro. Estoy segura de que omitir el hecho de que estabas buscando a Bakara, que enviaste a alguien a secuestrarla y acabaste raptándome a mí no es relevante, ¿no?

Tarek lo miró de hito en hito.

—¿Está hablando en serio?

Decidió ignorarlo en favor de su esposa.

—Ya te lo he dicho, Sarah, el destino tiene extrañas formas de reunir a las personas.

—El destino no ha tenido nada que ver, ha sido tu locura la que nos ha metido en este lío.

—Oh, me gusta tu compañera, Kal —comentó el chico visiblemente encantado—. Estoy realmente feliz de tenerte como hermana, Sarah. No te preocupes por nada, todos te van a adorar, no hay nadie que no lo haga al ver cómo manejas a mi hermano.

Ambos se giraron hacia el chico con gesto amenazante.

—Mira, creo que volveré al avión y me quedaré allí hasta que tú soluciones las cosas —comentó ella dando ahora un paso atrás—. De hecho, te ruego que mandes aviso con *Pin y Pon* para decirme que puedo volver a casa y...

—Al coche, princesa.

—Preferiría quedarme aquí mientras tú peleas con los tigres.

Su hermano le dedicó una mirada interrogante.

«*Ella sabe...*».

Negó con la cabeza en respuesta a su pregunta mental. Si bien los tres podían comunicarse de esa manera y estaba seguro de que pronto podría hacerlo también con Sarah, prefería la comunicación vocal.

—Ya te dije que nuestras «*mascotas*» son del todo confiables.

«*Necesitaré que me eches una mano, Tarek*».

—No me refería a esos felinos, sino al tigre de Bahir —replicó y suspiró. Aquella era la manera en la que se conocía a su padre en el extranjero. Un dirigente fiero, capaz de hacerle frente a cualquiera y buscar lo mejor para su país—. Que sepas que si te come, quiero que alguien me traiga aquí, me monte en ese cacharro y me mande a casa a la velocidad de la luz.

—Ya estás en casa. —La empujó hacia la puerta abierta de la limusina—. Lo has estado desde el momento en que bajaste del avión.

Optó por no replicar y subió al coche.

—Al menos en esta limusina entro por mi propio pie.

Sacudió la cabeza y miró a su hermano.

—¿Mascotas? —preguntó él divertido—. ¿En serio?

—Ya conoces la creencia popular...

Sacudió la cabeza.

—Supongo que es una forma de empezar... aunque va a flipar cuando

sepa que esas «mascotas» somos nosotros.

—Necesito tiempo y tu ayuda —murmuró bajando la voz al tiempo que miraba la puerta de la limusina—, o mejor dicho, la de tu tigre.

Asintió y señaló el coche con un gesto de la barbilla.

—Es encantadora, Kaliq —le dijo con una seriedad poco usual en él—. Me alegro que la encontrases y estoy deseando saber más sobre ese secuestro al que ella ha aludido...

Antes de que pudiese decir algo al respecto, rodeó el coche y caminó hacia la puerta del copiloto.

—Bienvenido a casa, hermano.

Levantó la mirada al cielo despejado de Bahir y suspiró para sí.

—Sí, bienvenido a casa.

Entró en la limusina y cerró la puerta tras de sí para reunirse con su esposa.

## CAPÍTULO 11

Sarah no podía evitar sentir ese cosquilleo que la invadía cada vez que visitaba Bahir. El aroma de la tierra, del aire, esa luz del sol única que calentaba con fuerza y dotaba a los paisajes de un tono único, todo en esa tierra era irreplicable y lo había echado tanto de menos que solo podía suspirar de placidez.

*Estoy en casa.*

Era extraño, pues no había nacido allí, pero su alma reconocía el lugar como si le perteneciese, como si siempre debiese haber terminado allí y, ahora, de una forma retorcida, se había convertido en eso, su hogar.

Había hecho un puchero al ver que los cristales de la limusina eran tintados, pero su decepción se esfumó cuando comprobó que podía ver el exterior con total claridad. Su esposo, que extraño era considerar así a un hombre que apenas conocía y al cual era incapaz de dejar de desear, le permitió bajar la ventanilla durante unos minutos y resultó ser un guía turístico de lo más interesante. Kaliq conocía al dedillo la región, demostró que estaba al tanto de cada pedazo de tierra, de su historia y de la gente que la habitaba, era sin duda un príncipe preocupado por su país.

Hicieron el viaje en algo más de una hora. Se retrasaron para que pudiese admirar los alrededores y hacer las preguntas que brotaban de sus labios de forma incontrolada. Cuando entraron en la vasta extensión que intercalaba las palmeras, los riachuelos y algunos bajos edificios, el príncipe le explicó que ya estaban en Samad, la capital del país. El palacio no tardó

mucho en aparecer recortado en el horizonte, un impresionante edificio de varias alturas y torres que parecía sacado de las *Mil y Una Noches*. A medida que se acercaban empezó a crecer también el auge de edificios del color de la arena, gente ocupada en sus quehaceres o paseando por la calle, niños que corrían paralelos al coche oficial saludando con sus manitas y gritando algo que no pudo comprender. Atrás quedó el zoco, las tiendas y los comercios, incluso un moderno centro comercial y entraron a través de la puerta mudéjar que presidía la gran muralla que rodeaba y protegía el palacio real.

—Bienvenida al palacio de Samad, mi princesa.

Apenas registró las palabras de Kaliq, su atención estaba puesta en el enorme edificio arábigo. Si bien lo había visto en fotografías, estas no le hacían justicia. Recorrieron un enorme patio flanqueado por palmeras, rodearon la inmensa fuente ornamentada y se detuvieron ante la puerta principal.

—¿Lista para conocer tu nuevo hogar?

Miró a Kaliq y sacudió enérgicamente la cabeza.

—No, la verdad es que no —respondió, se lamió los labios con nerviosismo y se recostó de nuevo contra el respaldo—. No quiero salir.

—Yo preferiría que lo hicieras —le dijo cogiéndole la mano, besándole los dedos antes de abrir la puerta y descender sin soltar la de ella.

—Tú no muestras preferencias, Kaliq, te limitas a ordenar y hacer que los demás obedezcan —protestó saliendo del coche tras él.

—Y tú eres la primera que ignora completamente dichas órdenes.

—Por supuesto —aseguró enderezándose—. ¿Dónde estaría la gracia sino?

—Alteza.

Su marido se giró para ver al hombre que caminaba hacia ellos, vestido con el mismo uniforme que había llevado el príncipe Tarek, debía ser el

verdadero chofer.

—Gracias por dejar que mi hermano se saliese con la suya, Hadi —lo recibió con calidez—. Sé lo insistente que puede ser el príncipe. Ha sido todo un detalle permitirle a ese tunante que nos recibiese en el aeropuerto. Sabía que estábamos en buenas manos contigo a su lado.

El hombre pareció hincharse de orgullo, pero mantuvo una actitud estoica.

—Bienvenido de nuevo a casa y felicidades por su reciente matrimonio —declaró inclinándose ante ambos—. Mi príncipe, princesa.

Con eso, se cuadró y se mantuvo a un lado de la limusina como si fuese una estatua.

—Ya te dije que les gustaría la sorpresa, Hadi. —Apareció el que había orquestado todo, pasó ante ellos y se dirigió directamente hacia la entrada—. Os veré en la cena.

Su comentario la llevó a consultar con su acompañante.

—¿La cena? No es un poquito temprano para eso, ni siquiera he comido. —De hecho, su estómago se lo había recordado durante el viaje en coche.

—Mi hermano tiene su propio horario, Sarah —respondió con palpable ironía—. No me cabe la menor duda de que tendremos la comida esperándonos una vez entremos.

Alzó la mirada y contempló embelesada el lugar.

—Es... enorme y magnífico.

—El palacio está compuesto por varias viviendas independientes dentro del mismo edificio. Se ha ido remodelando con el paso de los años al gusto de los reyes y sultanes de Bahir, mi padre ha sido uno de los pocos que no ha tocado la estética exterior y se ha limitado más bien a hacer que el interior fuese cómodo y adecuado a sus necesidades.

—Es una construcción de estilo árabe, ¿no?

—Si lo que preguntas es si todavía existe el *harem*, la respuesta es sí — le susurró al oído—. Pero hoy en día es más bien una estancia de paso, contiene el jardín interior y los baños reales.

—¿Baños reales?

La miró con abierta sensualidad.

—Te lo enseñaré a su debido tiempo.

—¿Entrarías en el *harem*? ¿No se supone que está prohibido?

—Lo está —asintió—. Para cualquier miembro de palacio que no sean las mujeres, el sultán o sus herederos.

—Ya veo, esto es una de esas adaptaciones culturales de las que me habías hablado.

Asintió, posó la mano sobre su espalda y empujó para que siguiese adelante.

—Hay una cosa que quería preguntarte desde que se fue el príncipe Tarek. —Se detuvo y lo miró—. Él ha hablado de la sultana, refiriéndose a tu madre, pero también habló de la suya propia. ¿El sultán... tiene dos esposas?

Los ojos castaños cayeron sobre ella, su gesto se endureció pero su voz no reflejó ese cambio de actitud.

—Mi madre, Amina, es la consorte real, la sultana —respondió con voz tranquila, lineal—. Zuleima es... su compañera.

—Entonces, tiene dos esposas.

—Las leyes musulmanas permiten tener...

—Hasta cuatro esposas, lo sé —replicó al instante, nerviosa, casi enfadada—. Dios, qué tonta... yo pensé...

Sus manos se cerraron sobre sus hombros.

—Sarah, somos una familia monógama, la mayor parte de nosotros al menos. —La frenó consciente de lo que acababa de pensar—. Yo solo deseo una esposa. A ti. No tengo intención de meter bajo nuestro techo a ninguna otra

mujer.

—Lo siento, sé que no tengo derecho a juzgar, es vuestra cultura, pero no puedo evitar ser totalmente occidental y la poligamia... —negó con la cabeza—. No va conmigo, no soportaría... compartirte.

Y esa era una realidad que pesaba con fuerza en su alma, una inesperada como los celos que surgían en su interior al pensar en que Kaliq pudiese desear a otras mujeres. No sabía de dónde salía esa vena posesiva, especialmente cuando apenas le conocía, pero estaba ahí.

—La nuestra es una familia de antiguas raíces —le dijo entonces, al tiempo que la instaba a avanzar—. Los primeros reyes de Bahir descienden de las tribus nómadas que se afincaron en esta región hace cientos, sino miles de años. Hay una... tradición entre los *tygrain*... se dice que tenemos una pareja predestinada, una compañera y si la encontramos, ya no necesitamos seguir buscando a ninguna otra.

—¿El lado romántico de vuestras supersticiones y creencias?

—Algo parecido —aceptó misterioso—. En la familia real existe la superstición o maldición de que, si un príncipe no encuentra a su pareja predestinada antes de cumplir los treinta y siete, ya no la encontrará en esta vida. Mi padre creía firmemente en esa leyenda y se casó con mi madre, Amina, convirtiéndola en la sultana. Entonces, justo al final de su trigésimo séptimo cumpleaños, apareció Zuleima. Ella era su verdadera compañera y eligió tomarla también como esposa, su segunda esposa.

—¿Y tu madre estuvo de acuerdo? —Había verdadero escepticismo en sus palabras.

Él se encogió de hombros.

—Mi madre fue criada en el seno de nuestra cultura, quería y respetaba a mi padre y era la sultana —comentó pero no parecía convencido—. Ella me ha criado para querer y honrar a mi padre, aceptar a la segunda esposa de mi



padre y adorar a mis hermanos. Sin embargo, también he visto cosas que otros no lo han visto... Eso fue lo que me impulsó a encontrar a mi... única esposa... antes de cumplir los treinta y ocho. Salí buscando a una princesa... y te encontré a ti.

—Así que, ¿tienes treinta y siete años?

—Soy unos considerables y egoístas diez años mayor que tú, mi deliciosa esposa.

Tragó, no pudo evitarlo, la manera en que la miraba hacía que se le licuase la sangre en las venas y despertase el deseo.

—¿Por qué no puedo dejar de desearte, mi dulce Sarah? —preguntó acunándole el rostro entre las manos, atrayéndola contra su cuerpo, calentándole los labios con su aliento—. ¿Por qué no puedo dejar de pensar en estar dentro de ti?

—Esa es una pregunta que yo también me hago y no tengo una respuesta razonable, Kaliq.

Jadeó al sentir su boca reposando sobre la de ella, su lengua deslizándose sobre la suya y enlazándose en busca de una pronta respuesta. Respiró su aliento y lo hizo suyo, subió las manos por sus brazos hasta enterrarlas en su pelo mientras él le aferraba el culo y la apretaba contra una creciente erección. Su cuerpo despertó al instante, se le humedeció la entrepierna, sus pezones se endurecieron y le dolieron los pechos necesitados de sus caricias.

—Te deseo. —Una admisión desesperada, una súplica a la que su cuerpo respondió al momento.

—Yo... sí, por favor —respondió a su vez, necesitando eso de él, la magia que solo ese hombre parecía capaz de obrar—. Oh señor, esto es una locura...

Se sintió empujada contra la pared, sus piernas separadas para dar

cabida a un duro muslo masculino, su sexo aplastado contra su pierna hacía que tuviese ganas de frotarse contra él mientras sus labios, ahora sobre su cuello, la encendían aún más.

—*Ejem-ejem.*

El inesperado carraspeo penetró en su turbulenta mente casi al mismo tiempo que oía un felino gruñido en respuesta del hombre que todavía la cubría con su cuerpo.

—Bienvenidos a casa, hermano y hermana.

Al saludo de una voz ronca y masculina se unió un sonoro rugido felino que la sacudió al momento.

—Shar, tú y tu maldito don de la oportunidad.

Su marido se apartó lo justo para mirarla a los ojos, comprobar que estaba decente antes de girarse para ver a los recién llegados. Su movimiento hizo que ella misma pudiese verlos y se quedase congelada ante lo que tenía delante.

—Thar también os da la bienvenida.

—Oh.Dios.Bendito.

Se quedó inmóvil, los ojos abiertos como platos y la boca seca ante la asombrosa e imposible visión de un enorme tigre de Bengala que agitaba la cola y se relamía al lado del hombre que, dada su presentación, debía ser el tercer príncipe Al-Hanak.

—Es... es un tigre.

—Es Thar —respondió su marido, quién parecía haber recuperado de nuevo la estoicidad de siempre—. Y el que está al lado, sobre dos piernas, es mi hermano Sharif. Hermanito, te presento a la princesa Sarah, mi esposa.

—Bienvenida a Samad, hermana.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para arrancar la mirada del tigre y centrarse en el humano.

—Eh, sí, gracias.

Su mirada voló de nuevo al tigre.

—Parece que le hace más ilusión tu presencia que la mía, Thar — escuchó que decía el príncipe—. ¿Por qué no saludas a la princesa?

Como si hubiese dicho algo clave, el enorme gato agitó la cola una vez más y empezó a moverse con una gracilidad propia de su especie en dirección a ellos.

—Ay dios —retrocedió inmediatamente, tropezando con Kaliq, quién la rodeó con los brazos.

—Tranquila, no te hará daño, es... el compañero de mi hermano pequeño.

Se quedó tiesa, el temor sacudiendo cada una de sus terminaciones nerviosas mientras esa fiera se acercaba a ellos y entonces, ese enorme y peludo cuerpo se restregó contra ella, empujándolos a ambos. Solo los brazos y el cuerpo de su marido evitaron que cayese al suelo mientras el enorme peluche repetía la operación restregándose de nuevo cuan largo era.

—Despacio, Thar, despacio. —Escuchó gruñir a su compañero, sus brazos cerrándose incluso con más fuerza como si quisiera dejar patente su reclamo sobre ella. Parecía decir «*no te pases, gato, ella es mía*».

—Es... es enorme...

—Eso es que no has visto a Kha —murmuró Sharif con cierto tono jocoso.

—¿Es que hay más?

—¿En palacio? —respondió a su pregunta—. Tres grandes, peludos y rayados tigres. Unos con mejores modales que otros.

—Es broma, ¿no?

—Ya veo que Kaliq ha sido negligente en cuanto a su deber.

Ambos parecieron intercambiar una secreta mirada.

—Sharif. —Una velada amenaza, algo que pasó entre los dos hermanos y que su nuevo cuñado desestimó al momento—. Gracias, Thar. Vuelve con... tu amo.

El gato le dedicó lo que a todas luces solo podía resumirse como una mirada de chiste, giró y le golpeó con la cola antes de irse paseando con unos contoneos que le daban ganas de imitar.

—Oh... yo quiero uno. —Se encontró pronunciando de manera absurda—. Pero qué estupideces digo.

Ambos hombres perdieron un poco de esa repentina tensión y se rieron entre dientes.

—Ya me tienes a mí.

Levantó la mirada al escuchar el rezongueo de su marido.

—Um... yo me refería a uno peludo, alteza.

Él la fulminó con la mirada y optó por no decir nada más.

—Mi hermano se refiere a Kha —le informó su cuñado—. Es su compañero, un poco más grande que el que acabas de ver. Te adorará nada más verte.

—¿Adorar como en *«qué rica estás, te voy a comer»*?

El príncipe pareció sorprendido entonces se rio.

—No tendrás que preocuparte por eso mientras tengan comida en la reserva, princesa Sarah —aseguró con sencillez—. Nuestros... felinos... suelen pasar gran parte del tiempo allí, excepto cuando alguno de nosotros los trae para holgazanear por el palacio. No te preocupes, todos ellos son dignos de confianza.

Al igual que había hecho Tarek al conocerla, le cogió las manos y se las besó.

—Espero que tu estancia entre nosotros sea feliz y próspera —le deseó. Entonces se giró a su hermano—. Me alegro que hicieras este viaje,

hermanito. Aunque una explicación un poco más extensa en el telegrama de ayer habría evitado unos cuantos dolores de cabeza por aquí. Te fuiste a buscar a una princesa y has vuelto... con otra.

Kaliq pareció relajarse a juzgar por la pérdida de rigidez en su cuerpo y el aflojamiento con el que la apretaba.

—Sarah es la única que cuenta para mí.

—Que así sea —asintió e indicó el pasillo por el que habían transitado hasta el momento—. Deduzco que todavía no has visto a padre, ¿no?

—Acabamos de llegar. Ni siquiera hemos pisado nuestras habitaciones.

Él ocultó una sonrisa y asintió.

—Instalaos primero, el viejo tigre puede seguir rezongando un rato más, solo procura verlo antes de la cena —le palmeó el antebrazo—. A estas alturas sabrá que habéis llegado, pero esperará. Además, en cuanto vea a tu esposa, sabrá que todo está bien.

Él asintió, se despidió de su hermano y volvieron a quedarse solos de nuevo.

—Quizás deberías ir a verle ahora —le sugirió Sarah desentendiéndose de sus brazos para mirarle de frente—. Puedes dejarme en nuestra habitación y...

Negó con la cabeza, interrumpiéndola, entonces la rodeó con los brazos y volvió a besarla con una necesidad que la sobrecogió. El beso fue intenso pero breve.

—No quiero verle, no ahora —negó y apoyó la frente contra la de él—. Todo lo que quiero es desnudarte y tocarte, acariciarte y recordar que eres mía.

Ladeó la cabeza.

—Estás siendo un poquito territorial, ¿no te parece?

—No me ha gustado que Thar se haya restregado contra ti, quiero

hacerlo yo. —Si no supiese que era imposible, pensaría que estaba haciendo un puchero—. Quiero tu piel desnuda contra mi pelaje, quiero que todo el mundo sepa que eres mía, Sarah, que perteneces a este príncipe felino.

—Estás diciendo sin sentidos, Kaliq.

Se separó y la miró a los ojos, estos parecían haber adquirido un nuevo brillo y sus pupilas alargarse. Frunció el ceño y se echó hacia atrás y luego se acercó de nuevo.

—Vaya, la luz de la sala ha hecho de nuevo ese extraño efecto en tus ojos.

—Sarah.

—¿Qué?

—¿Te gustan los tigres?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Frunció el ceño—. ¿Qué demonios te pasa?

Sacudió la cabeza una vez más, la cogió de la mano y tiró de ella hasta sus brazos.

—Nada —respondió entonces buscando de nuevo su boca—. Vamos a nuestra habitación, te necesito ahora.

No pudo negarse, no cuando toda ella ardía de necesidad después de ese último beso.

## CAPÍTULO 12

Kaliq no podía dejar de mirarla, de desearla. El ver cómo su hermano pequeño se había restregado contra ella lo puso frenético, su tigre se sintió ofendido y con razón. Era su compañera, él tenía que ser el único que se restregase contra ella y, por Dios, quería toda esa suave piel desnuda contra su pelo, la quería envolver en su aroma *tygrain* y hacer saber a cualquiera que estuviese cerca que le pertenecía por completo.

Nunca había sentido tantos celos hasta ahora y eso lo descolocaba. Sabía que iba a sentirse atraído por su compañera, que la estimaría y, con el tiempo llegaría a amarla, pero aquella locura en la que se habían convertido sus hormonas lo estaba vapuleando sin control. Quería tenerla de nuevo, quería besarla, saborearla, marcarla de nuevo.

No podía creer que apenas una semana atrás hubiese estado subiéndose a un avión dispuesto a encontrar a la díscola princesa con la que se había prometido para arrastrarla a casa si resultaba ser su compañera o, en último caso, hablar con ella y decirle que mantendrían su compromiso hasta su trigésimo octavo cumpleaños. Pero Bakara no había estado dónde debería, la princesa se había casado con otro sin decírselo a nadie y él había obtenido en su lugar a esa preciosa y respondona mujer.

—¿Todo esto es... nuestro?

Mientras en su mente ya la estaba desnudando, ella se había distraído al entrar en la ala norte del palacio y contemplar la magnificencia de lo que una vez habían sido las dependencias del sultán emérito; su abuelo. Había tenido

que mostrarle las habitaciones que formaban su nuevo hogar, un área independiente compuesta por un amplio dormitorio con baño y dos vestidores, una sala de estar, biblioteca-despacho privado, una oficina independiente que había sido amueblado con sus cosas, sin duda trasladadas de sus antiguas habitaciones, y un pequeño cuarto que, si bien ahora estaba decorado como una femenina sala privada, con escritorio, un sofá y mesita de café y algunas plantas, había sido la habitación de los niños; allí había nacido y crecido su propio padre.

Niños, pensó mirando a su compañera. Algún día ella le daría hijos, formarían una familia, su propia familia.

—¿He dicho algo que no debía? —Preguntó de nuevo, obviamente nerviosa—. Se te ha mudado el gesto.

Negó con la cabeza.

—Estaba pensando en ti en mí, en el futuro... y en que ya no puedo esperar más para verte desnuda y saborearte entera —declaró con voz ronca y le tendió la mano—. Ven, Sarah, te deseo.

La vio lamerse los labios, su tigre detectó al momento su excitación y eso hizo crecer la suya.

—¿Piensas que voy a acudir a tu llamado cada vez que chasquees los dedos?

El desafío en sus ojos lo estimuló. Deseaba doblegarla, enseñarle que eso era precisamente lo que debía hacer, pero era lo bastante inteligente para callarse la boca y no decirlo en voz alta.

—Esperaba que quisieras hacerlo porque tú también lo deseas —replicó y la recorrió con la mirada—. Y, a juzgar por la forma en que se marcan tus pezones, en cómo aprietas los muslos y que no haces más que lamerte los labios, puedo decir que lo deseas... Que me deseas.

Levantó la barbilla con ese gesto desafiante que lo ponía duro.



—Confías demasiado en tu atractivo sobre mí.

Sonrió de soslayo y optó por claudicar y ser él quien acortase la distancia entre ambos.

—Solo confío en lo que sé que puedo obtener de mi mujer —respondió quedándose a escasos centímetros de ella, sin tocarla—. Y ahora lo que deseo es que te desnudes para poder disfrutar de ti lo antes posible.

—Quieres que me desnude...

—O puedo hacerlo yo por ti. —Se acercó un poco más a sus labios—. De una forma u otra, voy a tenerte desnuda.

—Empiezas a sacarme de quicio, Kaliq.

Sonrió con petulancia, rodeó su cintura con un brazo y la apretó contra él.

—¿Solo empiezo? —Le acarició los labios con su aliento—. Entonces es que no lo estoy haciendo del todo bien.

Capturó sus labios, se abrió paso entre sus dientes y saqueó su boca sin más preámbulos.

—Y pensándolo bien, voy a darme el placer de desenvolver este precioso regalo yo mismo.

Y lo hizo. La despojó de la ropa, dejándola expuesta a su mirada, disfrutando de la suavidad de su piel y la blandura de sus senos. Sopesó sus pechos, le lamió los pezones y la degustó como si fuese el más dulce de los postres. Dudaba que algún día se cansase de ella, pues cada vez que la probaba se encontraba incluso más adicto a ella y su sabor.

Le acarició el estómago y sembró un sendero de besos sobre su piel desde los pechos a su ombligo, entonces la miró y ronroneó satisfecho al ver el creciente deseo en sus ojos. Ella no era indiferente a sus atenciones, las deseaba tanto como él deseaba las suyas y hacía que la extraña tela de araña que se tejía a su alrededor los uniese más y más.

Se libró también de su ropa, no le importó el lugar en que cayó, ni la forma, todo lo que deseaba era poder tener esa suave y cremosa piel contra la suya sin nada que se interpusiese entre ellos dos.

—Si no fuese un bastardo egoísta y deseara arrancarle la cabeza después de pedírselo, contrataría a un pintor para que te retratase así, desnuda y envuelta en deseo sobre la seda de mi cama —gruñó llevándola allí, disfrutando de la visión de esa hembra tendida sobre el lecho abierta a su placer.

—Tienes unas ideas de lo más extrañas, alteza.

Sacudió la cabeza y gateó tras ella, descendiendo de nuevo sobre esos adorables pechos. Se demoró el tiempo necesario para prodigarle simultánea atención a esas dos bellezas, succionó con avidez sus pezones mientras la moldeaba con las manos, recorriendo su costado, rozándole el vientre con los dedos y deslizarse entre sus piernas abiertas tocando con las yemas la humedad que ya empapaba sus ocultos rizos. Estaba mojada, caliente y olía deliciosamente bien. Se le hacía la boca agua con pensar en su sabor, con darse un festín con esa oculta joya entre sus piernas.

—Necesito probarte, gatita, necesito degustar ese néctar que ocultas tan celosamente.

Bajó entre sus muslos, le prodigó pequeños besos a cada pierna desde el tobillo a la unión de sus caderas y la acarició con la nariz, un tibio entrante para el plato principal que realmente deseaba degustar.

El primer beso lo encendió, el segundo hizo rugir de placer a su tigre y el tercero fue su perdición. Levantó las piernas por encima de sus hombros y la mantuvo abierta e indefensa, lista para su placer. Se deleitó en su sabor, la estimuló con la lengua y disfrutó de un sabor que quedaría para siempre grabado en su memoria. Succionó su sexo, recogiendo a lametones su excitación, ronroneando de verdadero placer mientras lo hacía. La sujetó

cuando empezó a retorcerse bajo su boca e hizo oídos sordos a sus quejas y gimoteos, atacó su clítoris con una perezosa succión y la penetró con los dedos sin que pudiese hacer otra cosa que gemir su nombre, retorcerse sobre la cama y enterrar los dedos en su pelo.

Se recreó en su amante, disfrutó provocándole placer pues ese ardor encendía el suyo propio, se deleitó en ella hasta que la escuchó gritar al alcanzar el orgasmo, pero no era suficiente, quería más.

—No soy capaz de saciarme de ti —murmuró ascendiendo sobre su cuerpo, reclamando su boca en un húmedo beso que acicateó su necesidad. Permitted que se probase a sí misma en su lengua, que paladease su sabor, encontró esos ojos azules oscurecidos y llenos de deseo fijos en los suyos, parecían querer decir mil cosas y sin embargo sus labios seguían sin moverse.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Sarah?

Ella sacudió la cabeza y extendió los brazos para atraerle de nuevo hacia él, se arqueó contra su cuerpo, enganchó los dedos en sus hombros y le obsequió con un beso de su propia cosecha.

—Te necesito —musitó ella entonces—. No sé qué me haces, pero soy incapaz de pensar con coherencia, de encontrar un simple motivo por el que no deba desearte...

—¿Por qué deberías de buscarlo siquiera? Así es como debe ser entre nosotros, como siempre será. —Le ahuecó la mejilla—. Eres mi princesa, no quiero otra cosa que tu deseo para mí.

—Y es tuyo, incluso cuando me sacas de quicio y tengo unas ganas irrefrenables de estrangularte, mi deseo es por ti.

—Y así es como debe ser. —La besó en los labios y bajó de nuevo la mirada sobre su cuerpo—. Como siempre será.

Volvió a besarla y encontró dulzura tanto en su boca como en sus caricias. Sus manos se deslizaron voluntariamente sobre su pecho, delineando

cada uno de sus músculos, reconociéndole como si de ese modo pudiese recordarle incluso cuando no lo tuviese delante.

—Eres peligroso para mí.

Enarcó una ceja ante tal comentario.

—¿Te parezco peligroso?

Lo miró a los ojos y asintió.

—Muy peligroso —aseguró—. Haces que desee cosas que no debería tener. Haces que te desee a ti, que desee que seas realmente mío.

Sonrió de soslayo.

—Soy tuyo, princesa, ¿de quién más podría ser sino?

Le rodeó el cuello con los brazos y tiró de él de nuevo hacia ella, le ofreció su boca y no dudó en hacerla suya como el resto de su cuerpo.

—Necesitamos un preservativo. —Canturreó ante sus labios, entonces se apartó un poco y echó mano de una pequeña mesa baja que había a un lado de la cama. Abrió la pequeña caja lacada con motivos arabescos y sonrió travieso—. Más adelante nos encargaremos de prescindir de esto por otros métodos menos obvios.

Ella se rió y sacudió la cabeza.

—Supongo que podré hacer algo al respecto.

Le guiñó el ojo, rompió el envoltorio del condón y se lo puso.

—Mi esposa siempre tan complaciente.

Bajó de nuevo sobre ella y la besó una vez más, la envolvió con los brazos, girándola sobre él e intercambiando así las posiciones.

—Móntame —respiró en sus labios—. Quiero ver qué tal se te da cabalgar.

Enarcó una delgada ceja castaña y lo miró con esos atractivos ojos del color del cielo de su desierto.

—Eres un mandón.

—¿Tengo que suplicar?

—¿Lo harías?

—Tendrías que esforzarte para que eso sucediese.

Sacudió la cabeza, se deslizó a ahorcajadas sobre su estómago y posó las manos sobre su pecho.

—Eres un príncipe consentido, Kaliq.

Llevó ambas manos a las caderas femeninas y la instó a elevarse sobre las rodillas.

—Este príncipe consentido solo desea una cosa ahora mismo, Sarah, estar dentro de ti.

Su esposa se lamió los labios, deslizó la mano entre ambos cuerpos y rodeó con sus dedos su grueso pene conduciéndolo a la entrada de su sexo.

—Tienes suerte de que ese sea también mi deseo, alteza —musitó dejándose caer muy lentamente sobre ella, tomándole poco a poco en su cuerpo—. Oh... dios, esto es... te siento muy... dentro.

Elevó las caderas en una obvia respuesta.

—No lo suficiente —le acarició las nalgas mientras disfrutaba de su prisión, de la suavidad y la manera en que lo aferraban sus paredes vaginales—. Esto es el paraíso...

—Kaliq... Ay Dios...

Se rió entre dientes, cogió sus manos y las enlazó con las suyas.

—Me das más mérito del que tengo, princesa.

Sacudió la cabeza, se impulsó con ayuda de sus manos, saliendo de su cuerpo para luego volver a dejarse caer. Lo montó con suavidad, buscando el ritmo que le resultaba más cómodo, apretándole con cada nueva subida y bajada para finalmente entregarse al placer.

Esos deliciosos pechos subían y bajaban al compás de sus movimientos creando un movimiento hipnotizador que le hacía la boca agua, tanto fue así

que no pudo soportar más mantenerse alejado de las maduras frutas y se prendió de su pezón. Le llevó las manos a los hombros y la aferró después por la cintura, dejándola marcar su propio ritmo y arrastrarle a él a la locura en el proceso.

Era una visión maravillosa, totalmente entregada al placer, desinhibida, botando sobre su regazo, frotándose contra él, calentándole y haciéndole perder el control.

—Eso es, dulzura, sigue así —la animó—. Móntame, cabálgame.

La guio en cada nueva embestida, subiendo cuando ella bajaba, retirándose cuando subía para finalmente hacerse cargo del ritmo hasta que ambos estuvieron jadeando en una desesperada carrera por llegar al final.

—¡Kaliq!

El grito de liberación de su compañera lo acicateó, los espasmos de su orgasmo aprisionaron su sexo, tiraron de él hasta terminar acallando su propio grito de alivio sobre el hombro femenino. Permanecieron unidos durante unos instantes, intentando recuperar el aliento, esperando a que el ritmo de sus corazones volviese a estabilizarse.

—A veces me pregunto si esto no será otro cuento de hadas más —la escuchó musitar, su rostro pegado a su cuello.

Se separó un poco para poder mirarla a la cara.

—¿Por qué lo dices?

—Nos hemos casado hace... veinticuatro horas —murmuró sonrojada por el ejercicio—, y nos conocemos de, ¿cuánto? ¿Setenta y dos? Nada de esto tiene sentido. Yo nunca... nunca me había ido a la cama con un tío a los pocos minutos de conocerle y, desde luego, jamás me había sentido... arrasada de esta manera. Siento, siento que he perdido las riendas de mi propia vida, de quién soy realmente y eso... eso me aterra.

—Nuestras almas se reconocieron nada más verse, es cómo debía ser.

Sacudió la cabeza y se deslizó de su regazo, haciendo que saliese de su interior para dejarse caer en la cama.

—Pero no es suficiente, yo necesito más, necesito una explicación coherente —murmuró dejando caer el brazo sobre sus ojos.

Kaliq se tomó un momento para liberarse del preservativo antes de unirse a ella.

—¿Qué es más para ti? —Le acarició el brazo, deleitándose con la visión de su cuerpo desnudo—. ¿Qué tipo de explicación necesitas?

Ladeó el rostro para encontrarse con el suyo y se lamió los labios.

—No lo sé, Kaliq, es solo que... —negó con la cabeza—. Esto... esto es tan extraño para mí. Te... te deseo —se sonrojó—, de eso no tengo dudas pero sé tan poco sobre ti. No sé qué te gusta, qué te enfada, qué hace que se te llenen los ojos de lágrimas, qué te causa dolor o miedo, qué alegría. No sé si tienes secretos, secretos que quizás no quieras compartir conmigo.

Se inclinó sobre ella y le apartó el pelo de la cara.

—Solo tengo un secreto importante, Sarah, e incluso ese, es algo que antes o después compartiré contigo.

Arrugó la nariz e hizo una mueca.

—Si me dices ahora que piensas tener más esposas, te esterilizo.

Su amenaza le causó tanta gracia que terminó riendo.

—¿Ves? —Resopló ella y se cubrió los ojos—. Y esta es una de esas cosas que no tiene ni pies ni cabeza. ¡Acabo de amenazarte!

Tiró de sus manos para verle el rostro.

—Me has reclamado como toda una tigresa, eso no es una amenaza, es incluso... caliente.

—Pero no te conozco —insistió—. No lo suficiente como para reclamarte o lo que sea.

—Me conoces mucho más de lo que me conoce ninguna mujer, Sarah, la

prueba es que estás aquí, en nuestro dormitorio, en nuestra cama.

—El sexo no cuenta... —Resopló de nuevo e hizo un mohín—. Además, seguro que has tenido amantes a docenas.

—Eso no es algo que vaya a compartir contigo, como tampoco te preguntaré por los que has tenido tú —contestó sincero.

Sacudió la cabeza y se revolvió en la cama, poniéndose de lado.

—Vale, pues dime entonces cuál es ese secreto del que hablas —pidió—. Acabas de decir que antes o después lo compartirías conmigo.

Bajó la mirada, deslizó la mano sobre su cadera y la atrajo hacia él.

—Soy un *tygrain*.

Ella enarcó una ceja.

—Um... creo que esa parte ya la hemos tocado, principito —replicó irónica.

Negó con la cabeza y le acarició la cadera.

—No, no como debería haberse hecho —repuso con un profundo suspiro—. Mi gente, mis antepasados... todos ellos descienden de una antigua... raza, una cuya existencia puede resultar incomprensible e incluso fantástica para la humanidad.

—¿Cómo de incomprensible?

Se lamió los labios.

—Soy hombre y bestia. Soy un macho tigre de Bengala.

Parpadeó un par de veces, ladeó la cabeza y empezó a sonreír lentamente.

—*Vaaaaaalep*. Entonces eso me convierte en, ¿qué? ¿Domadora de tigres? —Chasqueó la lengua e intentó levantarse—. Creo que te ha dado demasiado sol en la cabeza, compañero.

—No, Sarah. —Su voz sonó felina, su tigre salió a la superficie y permitió que se reflejase en sus ojos—. Soy...



Un inesperado y contundente golpe en la puerta interrumpió su declaración y lo llevó a sisear como un gato.

—Hermanito, si sigues ahí dentro, te sugiero que te vistas, cojas a tu princesa y os reunáis ambos con nuestro padre —escuchó la voz de Tarek en su idioma natal—. Eso si quieres que la sultana no le arranque la cabeza.

—Maldición —siséo y alzó la cabeza hacia el techo pidiendo paciencia.

Sarah se levantó como un resorte, sentándose y cubriéndose con la ropa de cama como si esperase que alguien entrase sin su permiso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó mirándole—. ¿Quién era?

—Mi hermano pequeño —explicó y dejó escapar un profundo suspiro—. Parece que se nos ha terminado el indulto. Mi padre quiere vernos y mi madre le está diciendo el por qué este no es un buen momento.

Parpadeó como un búho.

—Es broma, ¿no?

Sacudió la cabeza, hizo la sábana a un lado y saltó de la cama.

—Me temo que no, princesa, me temo que no.

Cuando se trataba de su padre, no podría aplicársele el término de broma. Solo esperaba que, fuese lo que fuese, no le causara más problemas de los que ya tenía.

## CAPÍTULO 13

Kaliq casi agradecía que sus padres estuviesen discutiendo en su idioma natal, eso evitaba el obvio bochorno que habría sentido su esposa ante la abierta discusión que mantenían sobre ella. Se obligó a mantenerse estoico, miró a su mujer, quién arqueó una ceja a modo de pregunta.

—Conflicto matrimonial.

—¿De veras? —respondió con el mismo tono irónico que él.

Incluso él podía entender sus dudas dada la acalorada discusión que se estaba llevando a cabo en la antesala del *harem*. Estaba claro que su padre había ido detrás de su madre.

—Dijiste que querías conocer el *harem*, ¿no?

—Quizá cuando no tiren las paredes abajo a gritos.

Sonrió, le cogió la mano y le besó los nudillos.

—No hagas caso, son... dos personas muy intensas.

—Sí, puedo imaginarme porqué has salido así.

Una nueva y vehemente respuesta de su madre interrumpió su momento de intimidad.

—¡Es su compañera y la tratarás como tal! Kaliq ha sido lo suficiente valiente como para elegir por encima de cualquier estúpida maldición su propia felicidad —lo acusaba ella—. Es su princesa, la mujer que ha elegido para compartir su vida y haré lo que sea necesario para que esté a su lado y a

su altura.

—¡Es una hembra humana!

—Sí, pero también es la compañera de un príncipe *tygrain*.

—Maldita sea, Amina, ese hijo tuyo se ha casado, se ha emparejado y su esposa es una humana ignorante de nuestras tradiciones...

—Tradiciones que aprenderá con el tiempo —insistió, manteniendo un tono agitado—. Su compañero se encargará de ella...

—Kaliq es un *tygrain*, está acostumbrado a andar alrededor de gente que conoce su naturaleza, pero esa mujer, su compañera, ella desconoce completamente su mundo, ambos mundos —insistió él poniendo de manifiesto su principal preocupación—. Es una muchacha humana ignorante de nuestra raza. ¿Qué ocurrirá cuando descubra que la han introducido en una manada de tigres? ¿Qué hará cuando vea que su esposo puede cambiar a voluntad de naturaleza? ¿Qué pasará cuando sus hijos, con el tiempo cambien a *tygrain*?

—Eso tendrá que descubrirlo él, es su problema, su vida y se enfrentará a ello como mejor pueda —trató de apaciguar sus temores—. Tú mejor que nadie sabe lo que significa una unión entre compañeros, los lazos que traen consigo, lo lejos que llega esa conexión...

—Amina...

—No quiero que repita nuestros errores, Hafez, deseo que mi hijo sea feliz y no se arrepienta de nada —declaró con una firmeza y un trasfondo que su padre conocía bien, pues era el culpable de ello—. Y puesto que también es tu hijo, deberías desear lo mismo.

—Por dios, mujer, claro que lo deseo.

—Bien —asintió satisfecha—. Pues pon una estúpida sonrisa en esa cara, borra ese ceño y recibe a tu hijo e hija con toda la buena voluntad de tu real culo.

Kaliq tenía que admitir que era la primera vez que escuchaba a su madre

hablar de esa manera a su padre, un descubrimiento que lo dejó perplejo.

—Eres una bruja, mi señora.

—Debiste pensar en ello antes de casarte conmigo, mi señor —replicó como colofón final—. Ahora que ya estamos de acuerdo, muévete y ve a ver a Kaliq.

Antes de que se enzarzasen en una nueva diatriba, apretó la mano de su compañera y tiró de ella hacia la antesala del harem. En esta ocasión habló directamente en inglés en favor a Sarah.

—No hará falta, madre, he venido yo mismo a ver a padre.

Sus progenitores se giraron con un respingo, conscientes en ese preciso momento de su presencia y de que posiblemente hubiesen escuchado su conversación.

—Kaliq, me alegra tenerte por fin en casa. —Saludó su madre, caminando directamente hacia él. Lo abrazó y se volvió entonces a su compañera—. Y tú debes ser su esposa, Sarah.

—Majestad. —La saludó de manera educada.

—No hay necesidad de ser tan formal, querida, llámame Amina, ahora eres mi hija.

La amabilidad y dulzura de su madre rompió inmediatamente la tensión.

—Hazle caso o no parará hasta conseguir que hagas lo que te dice —le guiñó el ojo y se giró a la mujer—. Gracias por encargarte del traslado de mis cosas y de habilitar el ala norte. Ha sido una inesperada sorpresa.

Su madre sonrió.

—Una agradable, espero.

Miró a su compañera quién asintió.

—Es un cambio agradable y bienvenido —aceptó él e informó a Sarah—. No viste las dependencias como estaban antes, pero te aseguro que el cambio es notable.

—No sé cuál sería su aspecto, pero ahora es sencillamente perfecto —aseguró ella volviéndose a su madre—. Es acogedor y exótico al mismo tiempo, muy elegante.

—Me alegro que lo hayáis encontrado a vuestro gusto —comentó la sultana con obvia satisfacción—. Por supuesto, siéntete libre de hacer los cambios que desees, Sarah, este es ahora tu hogar.

Ella se limitó a asentir, todavía estaba nerviosa y no podía culparla, la mirada de su padre hacía temblar hasta a las estatuas.

—Me disculpo por los dos por no haber venido antes a verte, padre —declaró mirando ahora a su progenitor—. Sé que comprenderás que, después de un largo viaje, ambos necesitábamos unos momentos para descansar e instalarnos.

La mirada del sultán fue bastante elocuente, tanto o más que las palabras que resonaron en su cabeza.

*«Si no fueses mi hijo y mi primogénito, te arrancaría la piel a tiras. ¿En qué diablos estabas pensando? ¡Estás prometido con la princesa Bakara! ¿Qué diablos esperas que pase ahora con vuestro compromiso? Y una humana, Kaliq, te has emparejado con una hembra humana, una mujer ignorante de nuestra raza».*

*«Esperaba tener esta conversación de manera tradicional, pero, ya que sientes tal fervor ante los acontecimientos, te informaré de algo: La princesa Bakara se ha casado en secreto, esa mujer no tenía la menor intención de formalizar compromiso alguno. Me di cuenta de ello cuando solicité verla y me relegó a una futura cita, así que ordené a mis escoltas que la trajeran a mi presencia, pero se equivocaron de princesa. Sarah no era mi prometida, pero sí resultó ser mi compañera. Ahora estoy casado bajo la ley de los hombres, el matrimonio consumado y, la he reclamado bajo la ley de los tygrain».*

*«¿Esta es tu forma de justificar la estupidez que has cometido? ¿Con una estrambótica historia a modo de excusa?».*

Suspiró de forma audible y optó por cambiar el sentido de la conversación.

*«Pregúntale a tu buen amigo, el sheikh Nazira dónde está su hija. Si consigues una respuesta, posiblemente te convenzas por fin de que no he ideado historia alguna. Ahora, te rogaría que saludases a tu nueva hija y le dices la bienvenida al hogar de su esposo».*

—Padre, te presento a la princesa Sarah Elizabeth Al-Hanak, mi esposa —sentenció en voz alta, desafiándole a negarle el saludo a la chica.

Sus ojos se posaron sobre ella y su mujer acusó su inmediata mirada.

—Majestad.

Fue el turno del monarca para suspirar.

—Hago más las palabras de mi esposa, princesa Sarah —le informó con tono duro—. Ahora somos familia. No hay necesidad de tanta formalidad. Kaliq te ha elegido como su consorte e hija de Bahir. Sé bienvenida al palacio de Samad.

Su compañera se acercó a él, se apoyó ligeramente y respondió tomándolos a todos por sorpresa.

—Si lo vuelve a decir y esta vez sin apretar los dientes, omite el tonillo ofendido con el que me llama princesa y deja de mirarme como si fuese una pulga, estaré encantada de creer y aceptar sus palabras y buenos deseos, majestad.

Kaliq tuvo que contener una carcajada, especialmente cuando vio la sorpresa en los ojos de su padre y el brillo de admiración en los de su madre. Había momentos de la vida que quedaban grabados para siempre en la memoria y la expresión de su padre en ese momento sería una de ellas.

—Y el desierto debe haberse congelado puesto que mi hijo, el príncipe

Kaliq, ha encontrado lo que ha salido a buscar —replicó con abierta diversión, algo no muy común en su padre—. Una fiera a su altura.

—Espero que eso no sea un insulto, majestad.

—No lo es, princesa, es un halago —aseguró sin dejar de contemplarla—. A tenor de lo que estoy viendo, casi puedo asegurar sin equivocarme que eres la horma de su zapato.

Sarah elevó la barbilla y asintió.

—En ese caso, gracias por la bienvenida, majestad.

El hombre resopló, una risa disimulada.

—Espero veros a ambos en la cena —declaró y miró a Kaliq—. Escucharé entonces ese interesante relato que tienes para mí.

Sonrió para sí ante las palabras del viejo.

—Sé que lo encontrarás tan interesante como lo he hecho yo —declaró y miró a su compañera—. Sarah podrá dar testimonio de ello.

Ella enarcó la ceja a modo de pregunta.

—A mi padre le gustaría escuchar el motivo por el que salí en busca de una novia y he vuelto con la única que deseo.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Será mejor que tenga vino disponible, majestad, hará falta.

Contuvo una carcajada.

—Lo hará, compañera, pero tú no te acercarás a él.

Su esposa puso los ojos en blanco pero no se le escapó el brillo de diversión que cruzó sus pupilas.

Sí, era bueno volver a casa y hacerlo con esa mujer.

## CAPÍTULO 14

Sarah comenzó a repasar la lista que había confeccionado la semana anterior. Ya había tachado algunas cosas pero otras parecía que querían morderla. Ya había agotado sus primeros ocho días de vacaciones y, cuando había llamado a su jefe para solicitar los días que le correspondían por matrimonio, este había pensado que le estaba tomando el pelo. Finalmente había optado por enviarle por fax una copia de su licencia matrimonial así como su nueva documentación. La respuesta había sido inmediata. Quince días por permiso matrimonial y las felicitaciones de toda la compañía; el título de princesa tenía sus ventajas, al menos en ciertos aspectos burocráticos.

Llevaba ya una semana en palacio, siete días de absoluta locura en los que había cenado con la familia, había pasado tiempo con la madre de Kaliq aprendiendo algunos aspectos de su nuevo papel y las tareas que traerían consigo a la larga. Sus cuñados habían sido una fuente inagotable de comunicación, de chismes y de conocimiento sobre el hombre con el que se había casado. Los dos príncipes parecían haber hecho su propia misión el que conociese todo y más de su esposo, solían ocupar la charla durante las cenas familiares para ponerle al día y hacer que él rezongase e incluso gruñese.

Había tenido la ocasión de conocer también a la segunda esposa del sultán y se sorprendió por lo bien que se llevaban las dos mujeres de la vida del monarca. Zuleima era todo lo contrario a la sultana, más espontánea,



desinhibida y curiosa, no había dudado en interrogarla sobre su trabajo y entrar en debates que hicieron que la mujer le cayese realmente bien.

Al final, su príncipe no había estado equivocado al decir que todos la adorarían, cada miembro de la familia la había acogido con cariño y se esforzaban en hacer su estancia lo más cómoda posible.

Deslizó el bolígrafo sobre una línea en particular y se quedó mirando el papel. ¿A quién pretendía engañar? Aquello era una pesadilla de proporciones bíblicas. Si bien Amina se había ofrecido a encargarse de los pormenores de la nueva ceremonia de esponsales, todavía había otras cosas que necesitaba hacer por sí misma, pendientes que resolver después de su repentino cambio de domicilio.

Tal y cómo había supuesto Kaliq, su familia política prácticamente los había obligado a celebrar esta nueva ceremonia, consideraban que el príncipe heredero de Bahir se merecía unos esponsales a su altura y, antes de que pudiese darse cuenta, ya le estaban tomando las medidas para el vestido y estaban organizándolo todo.

—Esto va a ser un desastre.

No podía quitarse esa idea de la cabeza, la conversación que había tenido el día anterior con sus padres era la prueba absoluta de ello. Su actitud no había hecho otra cosa que confirmar lo que ya sabía; a su madre le había dado un síncope por no haber sido informada de sus planes de matrimonio y su padre se había limitado a decirle si se había quedado preñada. Solo Kaliq, que se había reunido con ella para comer, parecía ver las cosas de otro modo.

—Son tus padres, Sarah, quizá no sean perfectos, los dioses saben que los míos no lo son, pero desearás que estén presentes en los momentos más especiales que nos da la vida, aunque en este momento no lo veas así.

Había meditado sus palabras y tuvo que reconocer que tenía razón. Podían no ser los padres más ejemplares del mundo, pero eran lo único que

tenía y, en un lugar extraño como en el que estaba, con una vida que no había pedido y sí tenía por delante, necesitaba a su familia.

—Y todavía tengo que hablarle a Kara de la nueva ceremonia.

Sacudió la cabeza. Su amiga todavía no había respondido al mensaje que le había dejado, ni siquiera estaba segura de si fuese a hacerlo en otra semana más. La conocía y, cuando le dijo que no pensaba tocar el teléfono en los quince días que iba a estar de luna de miel, sabía que posiblemente lo haría.

—Bueno, al menos alguien está disfrutando de su luna de miel — suspiró. Dejó el bolígrafo sobre el papel y dejó el escritorio para acercarse a la ventana. Aquella pequeña y femenina habitación se había convertido en su refugio particular, cuando traspasaba el umbral de esas cuatro paredes podía dejar de aparentar que todo estaba bien y derrumbarse por el peso de los acontecimientos.

Kaliq había vuelto a su trabajo apenas dos días después de volver a palacio. Cuando creyó que no se perdería por el palacio y que conocía las claves para moverse por sí sola o a quién acudir en caso de necesidad, había empezado a ausentarse, desapareciendo en su propio despacho durante toda la mañana o saliendo en coche para no volver en ocasiones hasta la noche.

Aquellas primeras cuarenta y ocho horas que pasó en su compañía recorriendo el palacio, charlando y después visitando la reserva y los alrededores de la ciudad parecían ahora un espejismo, un sueño que se iba diluyendo bajo el peso de la realidad. Solo sus noches seguían cobrando la misma intensidad, él era un amante atento y fogoso, un hombre muy sexual y no podía quejarse de ello. En sus brazos disfrutaba de una manera que no lo había hecho jamás, sus charlas post orgasmo eran un pequeño oasis en sí mismo, el momento ideal para sacarle respuestas sobre sí mismo y conocer mejor a ese enigma que era su marido.

—¿Cómo te sientes? —Le había preguntado en una ocasión—. Aquí, en el palacio.

No había dudado, en esos momentos estaba tan relajada, con la guardia baja y había sido completamente sincera.

—Todo el mundo es muy atento, en ocasiones creo que incluso demasiado —aceptó recostada contra su pecho—, y otras me siento como un pájaro enjaulado. No se me da bien estar quieta sin hacer nada. Se me terminan las vacaciones y no sé qué demonios voy a hacer. Me gustaría seguir trabajando, necesito hacer algo, ser de utilidad pero no creo que mi jefe esté por la labor de permitirme llevar mi trabajo para la empresa desde aquí.

—Lo has enfocado desde el lado incorrecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes que hacerles ver los beneficios que tendría para ellos el que tú operases en su nombre a este lado del Atlántico.

Su consejo había girado como una noria en su cabeza los últimos días, había sopesado los pros y los contras, incluso había conseguido la información que necesitaba para hacer un rápido estudio de mercado que le diese la orientación necesaria. Sí, la idea era factible, no solo eso, su empresa podría beneficiarse a la larga de sus nuevos contactos en el país.

Con todo, no deseaba precipitarse en sus decisiones y, habiendo conseguido el permiso matrimonial, prefería tomarse unos días más para pensar bien todo antes de ponerle una oferta a su jefe sobre la mesa.

Dejó escapar un suspiro y alzó la cara hacia el sol. El día estaba despejado, el calor había empezado a hacerse de nuevo soportable, aunque más que cambiar el clima había sido ella la que se había ido acostumbrando paulatinamente a este. Adoraba ese lugar, de una manera inexplicable y mística se sentía conectado con él y ahora que estaba allí, que en cierto modo iba a hacer de él su hogar, añoraba dejar esas cuatro paredes y salir a explorar.

—Quiero ver el desierto —musitó, su corazón haciendo eco de su secreto deseo.

En sus anteriores visitas al país, Kara solía sacarla a pasear, uno de los recurrentes parajes en los que siempre terminaban eran las ruinas de un antiquísimo palacio que se alzaban en el corazón del oasis Abdel Haqq. Su amiga le había explicado que eran los vestigios de las primeras tribus que poblaron esas tierras, le habló de las leyendas que las rodeaban, de los dioses a los que habían venerado sus antepasados y el don que estos les habían otorgado a los primeros nómadas que se asentaron en el desierto.

—Dicen que esos primeros pobladores recibieron el favor de los dioses, les concedieron el don de poseer dos almas, la suya propia y una felina convirtiéndolos en una raza nueva; los *Tygrain*. —Le había contado ella—. La familia real de Bahir descende de esos primeros nómadas. Se dice también que las familias que se constituyeron de los matrimonios de los primeros pobladores fueron elegidas para convertirse en los guardianes de esa nueva raza, que ellos guardarían el secreto del don de los dioses y les servirían a través de los años. De hecho, hoy en día, dos de las principales familias del país y que forman parte del consejo de ministros descenden de esos guardianes y son los motores comerciales del país.

Las historias de las que le había hablado tenían mucho en común con lo que el propio Kaliq le había dicho el mismo día de su llegada, la alusión a esos *Tygrain* y el hecho de que la familia real tuviese esas peculiares mascotas felinas.

Y hablando de mascotas, en la última semana se había llevado varios sustos importantes al salir de una habitación o caminar por un pasillo, salido de la nada se cruzaba un enorme felino que o bien la ignoraba por completo o se limitaba a mirarla, relamerse y trotar en otra dirección. Al principio pensó que se trataba siempre del mismo, pero entonces empezó a ver pequeñas

diferencias en la altura y las manchas, había uno de esos gatitos grandes que tenía el pecho mucho más blanco y era jodidamente grande. Ese gato en particular se la quedaba mirando unos momentos, giraba hacia ella agitando la cola y cuando hacía el ademán de dar un paso en su dirección, su instinto de preservación salía a la superficie haciendo que escogiese el primer lugar que encontraba para meterse dentro y cerrar la puerta.

La última vez que se enfrentó a ese tipo de situación había sido pillada infraganti por Amina, quien se había reído con su usual afabilidad para luego enterrar las manos en el pelaje del gato y rodearle con los brazos como si fuese un peluche.

—Kha no te hará daño alguno, hija. —Le había dicho al tiempo que le tendía la mano para que se acercase—. Es el compañero de tu esposo. Daría su vida por ti.

No se le había escapado que cada felino usaba como nombre las primeras sílabas de los de cada príncipe.

—Me conformo con que no quiera hacer de mí su propia comida —replicó sin dejar de mirar al gato cuyos ojos dorados estaban fijos en ella a pesar de restregarse contra la sultana.

—Ven, Sarah, deja que te conozca.

Y había ido hacia él, hacia ese enorme ejemplar de Bengala que no le quitaba los ojos de encima. Cuando le tendió la mano esperando que la oliese, ese minino sacó su enorme lengua y le dio un enorme lametón antes de cambiar de dirección y empujar su enorme cabeza contra ella, restregando todo su cuerpo contra el suyo, haciéndola trastabillar y apoyarse en la pared para no caer.

—Despacio, grandullón —jadeó extendiendo las manos para frenarlo y terminar con sus dedos sumergidos en su piel.

Ese primer contacto había sido tan extraño como irrepetible. En el

momento en que sus manos se hundieron en su pelo se quedó sin respiración, los ojos se le llenaron de lágrimas y tuvo que parpadear varias veces para evitar que cayesen.

—Ah, esa es la conexión. —Escuchó a lo lejos la voz de su suegra. Todos sus sentidos estaban puestos sobre el gato que ronroneaba pegado a ella y restregaba la cabeza contra su estómago.

Ese encuentro había quedado grabado en su mente a fuego, esa misma noche le había contado a Kaliq sobre ello y él se había limitado a asentir y sonreír ante su efusividad.

Desde entonces había pasado de esconderse a buscar al tigre cada vez que dejaba su refugio, especialmente cuando estaba sola, pero a día de hoy todavía no había tenido suerte. Su mirada volvió de nuevo a la ventana, hacia el horizonte, el terreno que la familia real había dedicado como reserva para sus mascotas. No deseaba reunirse con la sultana y hablar sobre su futura ceremonia de bodas, no quería quedarse encerrada entre cuatro paredes, deseaba salir y explorar ese nuevo mundo, conocer el que sería su nuevo hogar de una forma más cercana, pero la única manera en que le permitirían salir de palacio era si iba acompañada.

—No eres una prisionera, Sarah, puedes ir a dónde quieras, solo avísame de que vas a salir y te acompañaré. Si no estoy disponible o presente, díselo a alguno de mis hermanos —le había dicho Kaliq—. Si se lo pides a mi madre o a Zuleima estoy seguro que cualquiera de las dos estará más que encantada de acompañarte en tus salidas.

No. Podía no ser una prisionera, pero tampoco tenía la libertad para moverse por dónde le apeteciese sin tener que dar explicaciones de sus intenciones. Su príncipe se había olvidado de decirle así mismo que, sí salía, lo haría siempre con escolta. El término libertad, adquiriría un sentido totalmente distinto entre esas cuatro paredes.

—Escolta o no, necesito salir de aquí —resopló mirando a su alrededor. Vio la hoja en la que había estado garabateando y la recogió, metiéndola de nuevo en el cajón en el que guardaba sus documentos—. Y este es tan buen momento como otro para hacerlo.

Satisfecha, se echó a sí misma un vistazo y sopesó si debería cambiarse o no. Al día siguiente de llegar a palacio se había encontrado con que el vestidor que le correspondía estaba lleno de ropa, calzado, complementos, lencería y un montón de chucherías que la dejaron sin respiración.

Afortunadamente, quitando algún que otro traje de noche y absurdo salto de cama, era ropa que encajaba con ella y su forma de vestir. Trajes profesionales, conjuntos deportivos, ropa para salir a la calle, para andar por casa... Kaliq no había reparado en gastos a juzgar por las marcas que reconoció y las etiquetas que todavía colgaban de algunas prendas.

—Definitivamente, cambiar de calzado —se dijo mirando las cómodas zapatillas de andar por casa—. Pero lo demás puede servir.

Decidida a terminar con su encierro, se dirigió a la puerta, abrió y se detuvo en seco. Un par de enormes y felinos ojos dorados la miraban desde una gigantesca cabeza felina.

—Uoh... hola, gatito. —Se quedó congelada, mirando al felino—. Er... ¿cómo demonios has entrado aquí?

La respuesta del tigre fue un bajo ronroneo que acompañó a su cabeza cuando la estrelló contra su estómago haciéndola dar un paso atrás.

—Oh... joder —jadeó al sentirse empujada—. Gatito bonito, gatito guapo... por Dios no me comas.

Madre de Dios, alguien tenía que ponerle unos collares con cascabeles a esos felinos para evitar que a una chica le diese un ataque al corazón.

## CAPÍTULO 15

Suave, calentita, dulce y olía tan bien. Kaliq podría quedarse justo dónde estaba toda la vida sin quejarse ni una sola vez. Sentir sus manos en su pelaje, su cuerpo pegado al suyo y ese pequeño corazón latiendo a toda velocidad era el paraíso.

La primera vez que se le había acercado en forma felina, su madre, el cielo la bendijera, le había servido de puente para llegar a su compañera. Tener por fin sus manos deslizándose sobre su espeso pelo, el peso de su cuerpo contra el suyo, la conexión había sido instantánea y había deseado tirarse al suelo a sus pies para que ella lo mimase.

Era un gato, sus pensamientos en esa forma eran simples: comer, dormir y rondar a su compañera. Las dos primeras ya las había cubierto y ahora, estaba en proceso de poner en práctica la última.

Recordaba nítidamente las palabras de Sarah cuando le dijo que había conocido a su tigre. Estaba emocionada, asombrada y él tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ronronear de placer.

Y esa mañana, después de pasar más de una hora dando vueltas en su oficina incapaz de concentrarse, había abandonado el trabajo para irse a holgazanear por la reserva. Pero ni siquiera la sombra de las palmeras lo habían llamado para echar una siesta, sus necesidades eran otras, de hecho era una sola; la hembra que balbuceaba delante de él.

—Gatito bonito, gatito guapo —canturreaba nerviosa, recorriéndole con la mirada como si estuviese comprobando su identidad—. Eres Kha, ¿verdad? Sí... eres enorme, tienes que ser él...

Ronroneó en respuesta y restregó la cabeza una vez más por su estómago, cerró los ojos con absoluto placer y continuó con el resto de su



larga forma felina. Quería envolverla, marcarla con su aroma, sus piernas desnudas por los shorts eran toda una tentación a la que terminó cediendo. Su rasposa lengua abandonó sus fauces y se deslizó brevemente por la parte exterior del muslo femenino.

—Oh, *puaj*... raspa. —La sintió estremecerse y sintió ganas de reír—. Gato malo, no hagas eso, yo no estoy en el menú.

*«No tengo intención de comerte, tonta, ahora, lamerte entera... eso sería el paraíso».*

Giró sobre sus patas y volvió a restregarse contra sus piernas, empujándola con su peso para finalmente dejarse caer a sus pies. Agitó la enorme cola con un lento golpe de látigo y empezó a lamerse una pata.

*«Lo que tiene que hacer uno para parecer un gato grande inofensivo».*

La miró de reojo y vio como prestaba atención a cada uno de sus movimientos, había levantado ambas manos y ahora las mantenía estáticas en el aire sin saber qué hacer a continuación.

*«Acariciarme sería una buena idea, princesa».*

—No eres más que un gato grande, ¿verdad? —murmuró de pie ante él.

Se dejó ir por completo, tumbándose y cerrando los ojos mientras empezaba a ronronear.

*«Sé buena y acaríciame, compañera».*

Notó el cambio en ella, olió su excitación mezclada con el miedo y entonces, casi como si se tratase de un sueño, notó sus muslos tras su lomo y sus manos hundiéndose muy lentamente en su pelaje.

*«Oh, dios, esto es el paraíso».*

—No puedo creer que esté haciendo esto y que tú me dejes —musitó en medio de una risita histérica—. Oh, señor. Pero si eres como un peluche. Eres tan suave, grandullón. Eres un buen chico, ¿a qué sí? Un buen gato... Oh, a quién queremos engañar, eres un buen tigre, un muy buen y enorme tigre de

Bengala que se está dejando hacer mimitos.

*«Adoro los mimitos, compañera, apúntalo en tu agenda».*

Ronroneó y estiró la cabeza en su dirección suplicando caricias. No quería que dejase de tocarle, quería tenerla siempre así, borrar el temor que la recorría y decirle que ese tigre que se comportaba como un cachorro bajo sus manos, era él, Kaliq, su marido.

*«Quiero que sepas todo de mí y me aceptes como soy. Quiero que sepas que te reconocí como la única para mí, que tenerte se convirtió en mi meta y que el deseo que sentí por ti, compañera, era tan fuerte que me dolía el alma. Me asusté como cuando no era más que un niño, sentí miedo como nunca antes porque no te conocía y, al mismo tiempo, creí saberlo todo de ti. No soy un tigre capaz de hablar de amor, pero tú, Sarah, tú podrías ser la mujer de la que me enamora, la única que me escuchará decirle te quiero si tan siquiera aceptases a este Tygrain como lo que es; un príncipe postrado a tus pies».*

—Esto va a sonar a locura, tigrito, pero... es como si te conociese —la escuchó murmurar—, y no me refiero a nuestro previo encuentro. Siento... siento que, de alguna forma... te conozco.

Sacudió la cabeza con energía, dejó escapar una nerviosa carcajada y hundió las manos todavía más en su pelo.

—Y aquí estoy yo, de rodillas, con un enorme tigre de Bengala tirado en el suelo y aceptando mimos —musitó acariciándole con una ternura que lo hacía derretirse por dentro—. No me comas, ¿vale?

Levantó la enorme cabeza y la miró con sus ojos de tigre.

*«No como a muchachitas humanas y mucho menos a compañeras, no sería ético por no mencionar que me daría una indigestión brutal».*

Ella arrugó la nariz y ladeó la cabeza.

—¿Por qué me da la sensación de que intentas decirme algo?

Suspiró como un buen gato.

*«Quizá porque llevo un buen rato comunicándome contigo y no me haces el menor caso, compañera. Tienes que abrirte a mí, confiar en mí».*

Sacudió la cabeza y continuó con sus deliciosas caricias.

—Eres un gatito muy, muy majo.

*«Oh, no lo sabes tú bien».*

—Un tigre bueno y precioso —canturreó ella acercándose más y más a él.

Cerró los ojos y disfrutó unos minutos de esa extraña paz que parecía haberlos envuelto a ambos, solo su ronco ronroneo y la respiración de ella se oía ahora en la antesala de la sala femenina.

*«Eres todo lo que siempre he deseado y aún más, compañera».*

Un repentino sobresalto en la chica lo hizo abrir los ojos, levantó la cabeza y la vio dirigiendo su atención hacia la puerta.

*«¿Sarah?».*

Apartó las manos de su pelo y se retiró, levantándose.

—Kaliq, ¿eres tú?

Se dirigió hacia la puerta, se asomó y frunció el ceño.

—Juraría que... —sacudió la cabeza—. He debido imaginarlo.

¿Le había escuchado? Se preguntó mientras se ponía en pie y sacudía el pelaje atrayendo de nuevo su atención.

—Oh, lo siento, cielo —la escuchó murmurar—. Pensé que el príncipe había vuelto pero es poco probable. Lleva los últimos días encerrado en su oficina y no hay quién le vea el pelo. Tu compañero se ha olvidado que tiene una esposa, una a la que prácticamente ha arrancado de su mundo para dejarla caer en otro. Debería tomarse al menos unos días más para... para estar conmigo y... no sé... al menos, deberíamos poder conocernos un poco más.

Caminó hacia ella con lentitud, recordándose a sí mismo que seguía en

guardia y cualquier movimiento brusco por su parte la asustaría.

—Y yo ya no soporto más estar aquí dentro encerrada, necesito el desierto, necesito salir...

¿El desierto?

—Y tú tienes que salir de aquí. —Se dirigió entonces a él—. Por mucho que te guste la suite, eres un precioso gato peludo y sueltas pelo, además, tienes una pedazo extensión de terreno justo ahí atrás dónde puedes correr o tumbarte a la sombra.

Y su compañera acababa de entrar en una fase de exaltación e irritación instantánea producto de la frustración. Se sentó sobre sus cuartos traseros y se puso a lamerse el pelaje como si no le diese la menor importancia a lo que le estaba diciendo.

—Y ya veo que no me haces el más mínimo caso.

Terminó su aseo, levantó la cabeza y fijó sus ojos en los de ella.

*«Respira, gatita».*

Ante su nuevo respingo se levantó y caminó hacia ella, rozándola al pasar a su lado en dirección a la puerta.

—O sí me lo haces. —La escuchó murmurar a sus espaldas.

Notó su presencia sin siquiera girarse, sabía que lo había seguido fuera de la habitación y al escuchar el sonido de las bisagras, solo audible para su fino oído, se giró hacia ella.

—Bueno amiguito, es hora de que cada uno siga su propio camino —le sonrió con calidez—. Ve a tumbarte a algún lugar fresco y yo veré si puedo encontrar a alguien que esté dispuesto a cederme las llaves de un coche o, en último caso, ejercer de conductor.

*«¿Dejarte las llaves? Por encima de mi cadáver, princesa».*

No pudo evitar gruñir ante sus palabras. Ni loco iba a dejar que saliera en un vehículo ella sola, al menos no hasta que se asegurase de que conocía

bien la ciudad y los alrededores.

—No crees que me vayan a conceder mi petición, ¿verdad? —comentó ella mirándole—. Pues tengo que hacer algo, salir de aquí o no llegaré cuerda a la boda. Necesito respirar aire puro, añoro el desierto...

Entrecerró los ojos y se lamió los bigotes una vez más. Sus palabras no terminaban de tener sentido para él. Si bien era cierto que había notado la emoción que había mostrado en el viaje en coche desde el aeropuerto y que Sarah le había dicho que había visitado el país con anterioridad, su actual necesidad y desesperación le era ajena en alguien que no fuese *Bahirí*. Él había vivido casi toda la vida en esas tierras, conocía el desierto, amaba la soledad y la espiritualidad que hallaba en sus arenas, pero ella... ¿por qué tanto interés?

—Quiero visitar el Abdel Haqq —gimoteó.

¿El oasis? ¿Cómo conocía la tierra de sus antepasados? Entonces, la respuesta llegó sola. La princesa Bakara, ella debía haberle mostrado el oasis y las ruinas que todavía no se había tragado el desierto.

—Si Kaliq no estuviese tan enfrascado en su trabajo se lo propondría a él —murmuró mordiéndole el labio unos segundos—. Me gustaría visitar el oasis en su compañía, después de todo, parece ser la tierra de sus antepasados.

Entrecerró los felinos ojos sobre ella y le dio la espalda con una idea rondándole ya en la cabeza. Su esposa acababa de darle la respuesta que necesitaba así como el lugar adecuado para llevar a cabo sus planes.

—¿Te vas? Bien, ten cuidado ahí fuera, ¿vale?

Agitó la cola a modo de contestación y emprendió un breve trote por el pasillo para doblar en la próxima intersección y adquirir de nuevo su forma humana.

—De acuerdo, princesa, si deseas visitar mi desierto, te complaceré.

## CAPÍTULO 16

Sarah todavía tenía problemas para digerir lo que acababa de vivir. Había acariciado a un tigre, le había tocado la blanca barriga y conservaba todos los miembros para contarlos. Estaba temblando, ahora que él se había ido se daba cuenta que no podía dejar de temblar. El encuentro la había dejado tocada, como si lo que hubiese vivido hubiese sido más sueño que realidad.

Sacudió la cabeza, echó un último vistazo a la suite y continuó con su idea inicial. Después de hacerse con una gorra y una *pashmina*, metió algunas cosas en una pequeña mochila, se calzó las botas de montaña y cruzó la sala de estar para ir por el pasillo que conectaba el ala norte con el resto del palacio.

—Y ahora viene lo difícil, encontrar a alguien que me dé indicaciones o que se preste a llevarme...

—¿Planeando una excursión, esposa?

La inesperada voz la sobresaltó, se giró y se encontró con Kaliq caminando en su dirección.

—Hola. —Lo saludó y se sonrojó al notar la ansiedad presente en su voz—. ¿Qué haces aquí? Te hacía en la oficina.

—Me estaba costando concentrarme así que decidí venir a ver en que estaba metida mi princesa —replicó con sencillez—. No veo a mi madre, estás vestida para salir y llevas una mochila, ¿te has escapado de las tareas de la boda?

Se sonrojó aún más.

—Necesito salir de estas cuatro paredes antes de que todo este asunto

de la boda me vuelva loca y empiece a darme vueltas la cabeza —respondió al momento—. Tenía pensado hacer una pequeña excursión. Visitar los alrededores y quizá, el desierto.

Fingió con sobrada inocencia su sorpresa, se cruzó de brazos y la estudió.

—¿El desierto? Estamos un poquito lejos como para ir andando, Sarah. Se lamió los labios y se movió nerviosa.

—Verás, en las ocasiones anteriores en las que visité Bahir, Kara solía llevarme de ruta, a conocer el terreno y una de nuestras recurrentes salidas era al oasis Abdel Haqq —explicó rápidamente—. Y bueno... sé que eran las tierras de tus antepasados y me gustaría visitarlas ahora que, bien, ahora que soy también una Al-Hanak.

—¿Así que estás dispuesta a internarte en el desierto y saludar a mis antepasados?

—Dicho así suena a locura.

—Lo es —aseguró y señaló su mochila—. Especialmente cuando cierta princesa tenía la intención de hacerlo por su cuenta.

Pillada, pensó con una risita mental.

—Podrías acompañarme tú —sugirió con un leve encogimiento de hombros—. Ya que parece que no tienes intención de volver a la oficina... Sería una buena oportunidad para salir y charlar.

Respiró profundamente y se la quedó mirando sin decir nada. Sabía que estaba expectante, que deseaba lo que había pedido y, después de escuchar sus inquietudes en forma *tygrain*, no le importaba concederle su deseo.

—Supongo que podríamos tomarnos unos días para «conocernos» antes de casarnos de nuevo ante mi pueblo y acampar en el oasis.

Sus ojos se agrandaron y el rostro le cambió. Era tan fácil hacerla feliz y, se dio cuenta, el verla así le hacía feliz a él también. Maldita sea, estaba

perdido, esa pequeña hembra lo había atrapado en su red.

—¿Lo dices en serio?

Enarcó una ceja ante su pregunta.

—¿Me has visto andarme con rodeos hasta ahora?

Sacudió la cabeza.

—Dios, no —negó con una sonrisa cálida y amplia—. Gracias, Kaliq.

Le tendió la mano y ella no dudó en cogerla. Un buen comienzo.

—Si deseas algo, dímelo —la aconsejó—. Si quieres hablar, hazlo. Este es ahora tu hogar y deseo que lo sientas como tal.

—Lo estoy intentando.

Le rozó la mejilla con los dedos.

—Lo sé —aceptó mirándola a los ojos—. Y ahora necesito que me prometas que vas a intentar otra cosa más.

Parpadeó y ladeó la cabeza curiosa.

—¿El qué?

—Necesito que, durante los próximos días, mantengas la mente abierta y, sobre todo, que confíes en mí.

Su petición la cogió por sorpresa.

—¿La mente abierta?

—Deseas visitar la tierra de mis antepasados pero, ¿sabes qué significa eso exactamente? ¿Qué significa para mi familia?

Se lamió los labios.

—Conozco algunas de las leyendas locales y, por similitud, creo que entiendo algunas cosas.

—Abdel Haqq es el lugar en el que nacieron los primeros *Tygrain* Al-Hanak.

Arrugó la nariz.

—Te refieres a los nómadas de las leyendas que versan sobre el



nacimiento de las tribus, ¿no? —concluyó ella tras meditarlo—. A los elegidos por los dioses, que recibieron sus dones y obtuvieron dos almas.

La miró admirado. Ella le había dicho que sabía algunas cosas sobre su hogar, pero nunca pensó que sus conocimientos llegasen tan atrás.

—Veo que no tendré que darte una enorme lección de historia, eso me facilita las cosas.

—¿Te las facilita?

Asintió y cogió sus manos.

—Iremos al oasis, acamparemos durante unos días cerca del lago. —Le apretó los dedos—. Y una vez allí, dejarás que te muestre quienes fueron mis antepasados.

Miró sus manos y luego sus ojos.

—Lo que sea con tal de que me saques de aquí y me libres del aterrador tándem que me persigue con lo de la boda.

Se echó a reír.

—Déjame adivinar, mi madre se ha aliado con Zuleima y te estás volviendo loca.

Se apretó contra él y lo miró con sensualidad.

—Rescátame de este infierno, alteza, te lo ruego.

Se rio entre dientes.

—Lo haré si me prometes algo, princesa.

—Lo que sea.

—No me temas —le dijo serio, mirándola a los ojos—. Pase lo que pase, veas lo que veas, mírame a los ojos y recuerda que soy yo, Kaliq.

Su petición y la seriedad en su tono borraron la sensualidad de sus ojos, sabía que ya no estaba jugando.

—¿Por qué me dices...?

No le permitió terminar la pregunta, bajó su boca sobre la suya y la besó

con la necesidad y la desesperación que habitaba en su interior. Aquella iba a ser una gran prueba para ambos, solo esperaba que ambos pudiesen pasarla y saliesen más unidos de ella y no rotos y separados.

—¿Puedo saber a qué se debe esa enorme sonrisa, querida?

Bakara levantó la mirada del teléfono y sencillamente rió.

—A que mis cartas han acertado otra vez.

Su marido miró por encima de su hombro e hizo una mueca al verla con el teléfono.

—Dijimos que nada de llamadas, mensajes, audios o wasaps durante la luna de miel, Karita.

Sonrió y apagó el móvil.

—Solo quería asegurarme de que las cosas están yendo cómo deben ir —aseguró, dejó el móvil y abrazó a su compañero—. Es importante que así sea, depende la felicidad de mi mejor amiga y del príncipe heredero de Bahir.

Él frunció el ceño.

—¿El hombre al que estabas prometida?

Asintió.

—El *tigrayn* a quién debo guiar a su propio destino —replicó besando a su compañero—. Es la misión de mi familia y, dado que no podía casarme con él, tenía que hacer lo posible para reunirle con su verdadera compañera.

—¿Y ha funcionado?

Se llevó un dedo a la mejilla y lo meditó en lo que acababa de escuchar. Desde luego, no era así como había imaginado el fortuito encuentro de Sarah con Kaliq. Había citado al príncipe a propósito al día siguiente de su boda en la habitación que había reservado para su amiga, pero al parecer, el príncipe

*tygrain* había tenido otros planes.

—De una manera única y rocambolesca, diría que sí.

—Bien —aceptó él—. Pues ahora deja que sean ellos los que decidan cuál será el próximo paso a dar.

Le quitó el teléfono de las manos, lo lanzó por encima del hombro y procedió a enseñarle a su esposa lo mucho que la amaba.

## CAPÍTULO 17

Había lugares que podían pasar por el paraíso en la tierra y sin duda, el oasis Abdel Haqq era uno de ellos. Emplazado a cincuenta kilómetros de la capital, Samad, el vergel oculto en el desierto formaba parte de la reserva natural que habían creado para los felinos, lo que tenía sentido dado que poseía la fuente de agua natural más cercana para los animales. Libre de cualquier clase de edificación a excepción de los restos de un antiguo y derruido palacio *bahirí*, el oasis estaba medio oculto entre la cadena de montañas de Bahir y las altas dunas que se extendían y abrían el camino hacia el extenso desierto árabe. Las palmeras datileras y otro tipo de vegetación propio de la zona eran alimentados por el agua del lago adquiriendo ese tono verdoso que contrastaba con el naranja y dorado de la arena o el blanquecino de la piedra caliza y servían de hogar a algunas aves y pequeños roedores.

La brisa cálida procedente del desierto parecía enfriarse al entrar entre las copas de los árboles y acariciar la cristalina agua del lago contra el que se recortaba la silueta de su marido.

—¿Qué?

Sarah dio un respingo y se sonrojó cuando la pilló mirándole.

—Um... nada —se apresuró a fijar sus ojos en otro punto, fingiendo admirar el lugar.

Kaliq entrecerró los ojos y la miró.

—No parece que sea nada —replicó llevándose las manos a la cintura—. Vamos, suéltalo. Llevas un buen rato lanzándome miraditas. ¿Qué pasa?

Demonios. Sí, la había pillado.

—No te estoy lanzando miraditas.

—Sí, lo haces. No disimules ahora. ¿Qué ocurre?

Resopló. A ese hombre no se le escapaba una.

—Vale. Está bien. Es que me resulta... chocante verte así vestido — señaló sus pantalones cargo y la camiseta negra que perfilaba a la perfección su musculatura—. Solo te he visto vestido con traje o...

—¿Desnudo?

Hizo una mueca y optó por ignorarle.

—Me ha cogido por sorpresa, eso es todo.

Bueno, eso y el hecho de que estaba tan o más impresionante en ropa informal que con traje, pensó Sarah. De hecho, ahora mismo parecía más relajado, más accesible, aunque no por ello perdía ese aire de peligrosidad que lo envolvía y los movimientos que le recordaban a su propio tigre.

—Supongo que tu sorpresa está justificada —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. No eres consciente de que suelo pasar bastante tiempo en el desierto. Me gusta la escalada, el senderismo, explorar... antes solía acampar en esta región o más adentro, en el desierto. Nunca has disfrutado de una noche bajo las estrellas hasta hacerlo allí.

Y aquella era información personal de primera mano, un pedacito de Kaliq que había compartido voluntariamente con ella.

—A mí también me gusta acampar. —Confesó viendo la oportunidad para charlar—. Y caminar, aunque no creo que esté hecha para subir montañas.

Sonrió para sí y señaló el basto desierto y la cadena montañosa que se extendían más allá del oasis.

Habían dejado el jeep al otro lado del lago, un vehículo adecuado para los deslizantes terrenos, y habían acampado en una zona más protegida después de hacer el camino a pie cargando con dos pesadas mochilas.

—Has sido capaz de seguirme el ritmo y no te has quejado ni una sola vez, eso es suficiente para mí... por ahora —replicó mirándola de soslayo. Había risa en sus ojos, por primera vez estaba viendo a Kaliq y no al príncipe—. ¿Serás capaz de ayudarme a montar la tienda?

—Si eso significa tener un lugar dónde dormir...

Sonrió ampliamente y señaló el cielo.

—Los antiguos nómadas han dormido siempre bajo las estrellas del desierto —le recordó—. ¿No te atreves a hacer lo mismo?

—Claro. Cuando me pongas una manta térmica y un techo para soportar el descenso de temperatura que sufren las noches arábicas.

—Me tienes a mí para hacerte entrar en calor, Sarah.

—No responderé a eso —declaró, le dio la espalda y contempló la vasta extensión de ese vergel en medio del desierto—. Entonces, ¿nos quedaremos aquí?

—Levantaremos la tienda aquí —le informó mirando también a su alrededor—. Ya que tengo una esposa con vena exploradora, supongo que no le importará visitar algunos enclaves a pie.

—Estoy dispuesta si tú lo estás.

Enarcó una ceja.

—No necesito mucho para estar dispuesto contigo, compañera.

—No me refería a esa clase de disposición, Kaliq, en ese terreno sé perfectamente que lo estás.

Se rió abiertamente y fue algo nuevo para ella, algo que la hizo sonreír a su vez. Conocía la faceta seria, orgullosa y dominante del príncipe, la juguetona del amante, pero este era un nuevo Kaliq. Uno que cada vez le gustaba más.

—Si ya has terminado de reírte, dime qué hacer para ayudarte.

La miró de soslayo y sonrió con gesto travieso.

—Creo que tengo una idea clara sobre lo que puedes hacer.

Su comentario se convirtió en un par de horas de risas, maldiciones por su parte y un acercamiento como el que no habían tenido hasta el momento. Juntos levantaron la tienda en la que iban a acampar los próximos tres o cuatro días, comprobaron los alrededores y, cuando estuvo todo al gusto de su señor y príncipe del desierto, volvieron para disfrutar de una frugal comida a la sombra de su provisional alojamiento. El sonido de los animalillos que poblaban el oasis hacía las veces de banda sonora y conseguía que se olvidase de todo excepto de esa libertad que encontraba tan placentera.

—Muchas gracias por acompañarme.

Levantó su bebida y brindó con ella.

—Me has dado la excusa perfecta para librarme del palacio unos días —aseguró tranquilo—. Y me gusta la idea de poder compartir contigo parte de lo que soy.

—¿Quieres decir que hay más debajo de esa fachada de principito consentido?

Sonrió de medio lado.

—Mucho más, Sarah, mucho más —declaró misterioso—. Para empezar, como ya te dije, soy un *tygrain*.

Le sostuvo la mirada al decir aquello y no pudo evitar estremecerse ante la intensidad presente en sus ojos.

—Tu familia es descendiente de los antiguos moradores de este lugar —repitió la información a la que él parecía tener un apego especial.

—Los Al-Hanak descendemos del primer rey reconocido como tal en Bahir, de la primera tribu *tygrain* que se estableció en esta región —le informó—. Más concretamente de uno de los hijos del dios del desierto y su consorte. ¿Conoces la leyenda de Ibrahim y su hija?

Arrugó la nariz buscando ese nombre en su memoria pero tuvo que negar

con la cabeza.

—No, no me suena ese nombre —aceptó y lo miró curiosa.

—Bien, verás. —Empezó a relatar—. Se dice que Ibrahim fue el primer nómada que atravesó este desierto, llegó a Bahir procedente de alguna parte de Egipto atravesando la vasta extensión desértica con la única compañía de un camello y una hija. Durante la dura travesía hubo momentos en los que pensó que nunca vería un nuevo día, que el desierto los devoraría y no podría darle a su querida hija la vida que merecía después de la muerte de su esposa. Uno de esos episodios fue la inesperada llegada de una potente tormenta de arena que le obligó a formar instantáneo refugio y proteger sus dos únicas y más preciadas posesiones.

»El viento aulló toda la noche con la voz de mil demonios, él y su hija se unieron en un único rezo, pidiéndole a los cielos y a cualquier dios que desease escucharles que los dejase vivir un día más. Se dice que rezaron con tanto fervor que aún hoy, si escuchas atentamente en plena noche, puedes escuchar el eco de sus voces.

»Llegó la mañana, la tormenta por fin había dejado de rugir y, cuando dejaron su refugio descubrieron que las arenas que antes los habían rodeado habían retrocedido lo suficiente y dejaban a la vista este pequeño vergel.

Kaliq era un estupendo narrador, la inflexión de su voz, las caídas y subidas en su tono hacía que permaneciese atenta a cada palabra.

—Sorprendido por el milagro acontecido y viendo que al fin tendría como dar de beber a su bestia y alimentar a su hija, decidió establecer su hogar en él —continuó con la narración—. Instaló una tienda como esta, se encargó de que su camello tuviese agua y pasto que comer, recogió unos dátiles y cazó los animalillos que encontró.

»*Hija mía.* Dijo Ibrahim a su pequeña. *Quédate aquí y descansa, alimenta tu hambre y da gracias a los dioses por habernos permitido vivir.*



*Yo debo ir al desierto y hacer un sacrificio para agradecer a la deidad que nos ha escuchado su favor.*

»Y así fue como el buen nómada esperó a que el sol bajase de intensidad y se internó de nuevo en el desierto con un odre de agua, unos dátiles y su único cuchillo. Encontró un lugar silencioso, solitario y pasó el resto de la noche dándole gracias a aquel que lo había escuchado y había salvado la vida de su hija y la suya propia.

»Al regresar con la salida del sol se encontró con lo último que un hombre esperaría encontrar en esas tierras, una enorme bestia felina jugaba como un cachorro con su hija en la orilla del lago.

*»Padre. Le conozco. Dijo su hija. Durante esa aterradora noche en la que pensamos que pereceríamos en el desierto, oré como me pediste y él me escuchó. Él vino a mí y calmó mis temores. Me llamó con su alma y su corazón y no he podido evitar responder».*

»Alarmado por las palabras de su hija, Ibrahim miró a la bestia y esta cambió entonces allí mismo, ante sus atónitos ojos convirtiéndose en un joven humano.

*«Llevo incontables tiempos vagando por esta tierra, esperando quién la hiciese florecer. Escuchó la voz clara, profunda y divina del joven. Oí su llanto, sus ruegos, se colaron en mi corazón y se instalaron en mi alma dándome la paz que me era tan esquiva. Ella es mi vida, mi legado y mi destino, la única nacida en toda una vida para completar la mía».*

»El desconocido se presentó ante el buen nómada como el creador del desierto, el padre de la luna y de todas las criaturas que habitaban bajo su luz. Él había escuchado sus ruegos y los había atendido solo para descubrir a la mujer que tanto tiempo llevaba esperando, aquella que se convertiría en esposa, si decidía aceptarle.

*»Si te llevas mi bien máspreciado, ¿qué me quedará a mí? Preguntó él*

y la respuesta del dios no se hizo esperar.

*»La vida que engendre mi compañera, una nueva raza que poblará mis desiertos y se irán más allá, conquistando otras tierras y asentándose en ellas como los nómadas a los que representas. Y tú serás el guardián de sus vidas, tradiciones, de su historia y de las futuras generaciones que vendrán».*

»El dios desposó entonces a la hija de Ibrahim y de su unión nacieron los primeros *tygrain*, una hembra y un macho, los primeros príncipes Al-Hanak. El buen nómada feliz y dichoso custodió de sus nietos, pasó parte de su infancia con ellos, viéndolos crecer, aprendiendo a querer a unos seres tan especiales pero pronto la necesidad de continuar con su vida se impuso a su felicidad.

*«He de partir. Le dijo a su hija. He de perpetuar nuestra línea de sangre de modo que las futuras generaciones puedan custodiar las de ellos. He de crear una nueva familia que cuide de los nuestros de ahora en adelante. Te dejo con todo mi amor, hija querida y mi humilde bendición.*

»Ibrahim dejó a su hija, nietos y compañero y volvió a partir en su viaje por el desierto. En el camino se encontró con otros nómadas, una familia completa y se quedó con ellos. No tardó mucho en caer enamorado de una de las hijas mayores de su anfitrión y se casó, teniendo nueva descendencia. De esa nueva unión nacerían tres hijos varones, los cuales serían los patriarcas de las tres familias más importantes de Bahir y guardianes de los *Tygrain* descendientes de la familia real desde ese momento hasta nuestros días.

Sarah parpadeó al final de su narración, en su mente podía ver todavía a Ibrahim y a su hija, al dios felino que los había salvado de la crueldad del desierto y encontró a su pareja y su amor en la joven.

—Entonces, tu familia descende de los hijos del Señor del Desierto y la hija del nómada Ibrahim.

Asintió lentamente.

—Descendemos de los primeros *tygrain*, desconozco si de la primogénita o del primogénito de la compañera del señor del desierto, pero, al igual que sus hijos y los hijos de estos, ellos heredaron los poderes y naturaleza de su padre, la cual les permitía adoptar ambas formas: la de un tigre y la de un humano.

Lo miró pensativa.

—Imagino que esa es la parte de la leyenda que ha inspirado a vuestra familia a acoger unas mascotas tan inusuales —comprendió.

—Es más que una leyenda, Sarah, es quienes somos —contestó con un profundo suspiro, su mirada perdida ahora en la lejanía—. Las leyendas no surgen de la nada, siempre hay algo que las inspira, algo de realidad detrás de las fantasías y los adornos creados por la cultura popular.

Enarcó una ceja y lo miró de arriba abajo.

—Mi príncipe, si bien te mueves con la elegancia y gracilidad de un felino y eres igual de territorial, te faltan muchos kilos, el pelo naranja y las rayas negras para parecerte siquiera a Kha.

Deslizó la mirada sobre ella y sus labios se curvaron.

—Te gusta mi felino.

No vaciló.

—Sí, mucho. Sobre todo porque no parece interesado en comerme —aceptó pensativa—. Podría decirse que nos hemos hecho algo así como amigos. —Volvió a mirarle—. ¿Sueles meterlo en palacio? Esta mañana, justo antes de aparecer tú, me hizo una visita que por poco me provoca un ataque al corazón. Es un enorme cachorro.

—Cachorro. —Bufó divertido—. Es un tigre adulto, esposa, eso puedo jurártelo.

—Lo sé. —Asintió y recordó la enorme mole peluda—. Y eso lo hace

todo incluso más increíble.

—Todavía puede ponerse más increíble —le dijo levantándose, la miró y se lamió los labios—. ¿Qué te parece si nos damos un baño para combatir el calor de la tarde?

Parpadeó, sus ojos se abrieron y no pudo evitar lamerse los labios.

—¿Un baño dónde se haga pie? Tengo que advertirte que yo no nado, me hundo como una piedra.

Enarcó una ceja ante su declaración.

—¿No sabes nadar?

—Nunca lo he considerado indispensable.

—Interesante.

—No, no lo es. —Negó con efusividad al ver la mirada en sus ojos—.

Sea lo que sea que estás pensando, táchalo de la lista.

—¿Sabías que a los tigres nos gusta el agua?

Ahora fue ella la que bufó.

—¿Agua y gatos? No lo veo una combinación viable.

—Para este gato la es —confirmó entre satisfecho y divertido—. Y mira por dónde ya tenemos algo en lo que entretenernos hoy.

Entrecerró los ojos.

—Ni siquiera tengo traje de baño.

Kaliq le dedicó la mirada más caliente e intensa que había recibido en las últimas horas.

—No lo necesitas princesa, conmigo, no necesitas llevar nada encima.

## CAPÍTULO 18

*Hombre al agua.*

*Hombre desnudo al agua.*

*Hombre sexy y desnudo al agua.*

*Cerebro en cortocircuito.*

*El hombre sexy y desnudo en el agua es mi marido.*

Sarah no podía evitar quedarse pasmada mirando ese magnífico ejemplar masculino sumergido hasta las caderas, estirándose como un perezoso gato mientras dejaba que la luz del cálido sol acariciase su piel. Se le secó la boca, no podía evitar deslizar los ojos sobre ese cuerpo, sobre cada uno de los esculpidos músculos que se movían mientras estiraba las manos por encima de la cabeza. Desde la punta de los dedos hasta la línea de las caderas, era un maldito dios, el agua jugaba alrededor de sus caderas, lamiendo su piel, ocultando la parte estratégica de su cuerpo. El agua invitaba a seguirle, a despojarse de toda la ropa y meterse en la laguna. El lugar que ocupaba él hacía pie, podía decirlo por la manera en que Kaliq caminaba sin esfuerzo. La montaña de rocas se recortaba tras su figura, el cielo azul formaba una cúpula increíble en aquel secreto vergel; el escenario perfecto para la seducción.

Se giró hacia ella, esos intensos ojos castaños se cerraron sobre ella y sintió que el aire huía a toda velocidad de sus pulmones.

—Necesitas ayuda para perder la ropa, esposa.

En esos momentos era posible que necesitase ayuda para evitar que la mandíbula se le cayese hasta el suelo. La sola idea la sonrojó, le estaba

mirando como si fuese un delicioso caramelo y él lo sabía, no había manera de malinterpretar la travesura que brillaba en esos pozos marrones.

—No, yo... intento concienciarme sobre el hecho de bañarme en pelotas en una charca —replicó entre murmullos—. Considérame del partido conservador, el nudismo no lo llevo bien.

Su respuesta fue hundirse en el agua por completo y volver a emerger completamente mojado, con la humedad resbalando por su cuerpo mientras se peinaba el pelo con los dedos.

—Hace calor, Sarah, el agua está a la temperatura perfecta y yo soy el único que va a verte desnuda —argumentó deslizando la mano por su brazo, borrando las gotas de humedad—. Eso no se incluye dentro del nudismo.

—Porque tú lo digas.

—Deja de protestar y ven aquí.

Lo miró, miró el agua e hizo una mueca.

—Si me hundo como una piedra y me ahogo, volveré como fantasma para hacerte la vida imposible.

Él se limitó a resoplar, farfulló algo en un idioma que ella no comprendió y la miró.

—Considérame tu socorrista particular —le dijo caminando de nuevo hacia la orilla.

El agua se movía a su alrededor creando olas a su paso, descendiendo sobre su cuerpo, descubriendo poco a poco partes de su piel hasta hacerla notar que el agua fría no había hecho nada para mermar su masculinidad.

—Dios... tú no eres un hombre normal.

Soltó una potente carcajada y le tendió la mano, llamándola con los dedos.

—No sabes todavía lo acertadas que son tus palabras, princesa —se reía—. Vamos, ven aquí. No te hundirás, incluso con tu estatura, haces pie en

esta zona.

Se mordió el labio, miró a su alrededor y resopló.

—Podría dejarme la ropa interior a modo de bikini...

—¿Prefieres que te desnude yo? —Su advertencia era clara.

—Nunca me he bañado desnuda en una jodida piscina.

—Esto no es una piscina.

—Y menos aún al aire libre dónde cualquiera puede verme.

—Solo te miraré yo.

—Eso me preocupa incluso más —resopló. Sacudió la cabeza y se agachó para sacarse las botas y los calcetines—. Tú eres más peligroso que una piraña de río.

—No soy peligroso para ti.

Levantó la cabeza y enarcó una ceja.

—Me estás mirando como si fuese un succulento bistec.

—No voy a ocultar que deseo a mi esposa, es el curso natural de las cosas —se encogió de hombros—, y como no te des prisa y entres en el agua, me temo que vamos a cambiar la clase de natación por una sesión de sexo húmedo.

Un ligero estremecimiento la recorrió por entero, notó como su entrepierna se humedecía, los pechos se volvían más pesados y se le endurecían los pezones. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no bajar la mirada, pero su fuerza de voluntad no era rival para su curiosidad; la respuesta la dejó jadeando y apretando los muslos.

—¿No podríamos sencillamente saltarnos la clase de natación en favor de una ducha rápida y ya está?

—La ropa fuera, Sarah, ahora.

Su voz había bajado una octava, su mirada se había oscurecido y no le pasó inadvertida la manera en que se lamió los labios, como si ya pudiese

degustarla a placer.

—No me mires así, me da vergüenza.

—¿Te da vergüenza que te desee?

—Me da vergüenza el hecho de que me pone caliente que lo hagas — replicó enfurruñada—. Así que deja de hacerlo.

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa, su mirada cayó sobre su cuerpo con premeditada lentitud, ladeó la cabeza y se llevó las manos a las caderas.

—Bien, me gustas caliente.

*Mío. Ese magnífico espécimen es mío. ¿Cuán rocambolesco era eso? ¿Cuán extraño que un hombre como él deseara a una muchacha como ella, qué un príncipe del desierto la quisiera cómo esposa?*

—Vamos a tener que dejar la clase de natación para después —le escuchó murmurar al tiempo que reanudaba el paso hacia ella, saliendo del agua—. No puedo concentrarme adecuadamente contigo provocándome de esa manera.

—¿Qué yo te provoco? —se rió—. Perdona, pero quién es el que sale del agua desnudo y con una erección de campeonato.

—Ese sería el afortunado de tu marido.

Si había algo de lo que no podía acusar a su príncipe era de falta de sinceridad o de ser un hombre pasivo. Antes de que pudiese pronunciar su nombre completo la había despojado de la camiseta y los shorts, el sujetador y las bragas no tardaron mucho en reunirse con el resto de la ropa a un lado mientras llevaba a cabo su acción favorita; la de bombero.

—Oh, por favor, otra vez no —gimió cuando se la echó encima del hombro—. Puedo caminar, Kaliq, te aseguro que mis piernas funcionan la mar de bien.

—No por mucho tiempo, querida, no por mucho tiempo.



Le acarició el culo, se rió para sí y volvió con ella al agua, dejándola caer de golpe y provocando que dejase escapar un grito digno de una plañidera.

—¡La madre que te parió! ¡Está helada! ¡Cómo demonios puedes estar así de empalmado con lo fría que está! —jadeó escupiendo agua, buscando su cuerpo para escapar del frío, usándolo casi como escalera—. Dios, no eres humano, te juro que no eres humano.

—Soy un *tygrain*, medio gato, medio hombre.

Resopló apretándose contra él.

—Pues a los gatos no le gusta el agua.

Sus manos le apretaron los glúteos, acercándola contra su erección.

—Ya te dije que a los tigres sí y también le gustan las compañeras mojadas.

—Eres imposible —declaró al tiempo que se olvidaba del frío del agua y se concentraba en el calor de su cuerpo—. Un principito consentido dispuesto a salirse siempre con la suya.

—Cuando se trata de ti, sí, espero poder salirme siempre con la mía.

No esperaba respuesta alguna de su parte pues la besó al momento, succionando su labio inferior, delineándoselo con la lengua antes de hundir la lengua en su interior y persuadirla para devolverle el beso. No tuvo que esforzarse mucho para ello, cada vez que ese hombre le ponía las manos encima dejaba de pensar con coherencia y se convertía en una criatura hambrienta de placer.

—A la luz de los hechos, no te costará demasiado —jadeó rompiendo momentáneamente el contacto en busca de aire, deleitándose en el tacto de sus manos sobre su piel mojada, en la forma en que la recorrían como si deseasen aprender el camino en su cuerpo—. Dios, no puedo pensar cuando me tocas.

—No quiero que pienses, Sarah, quiero que sientas.

Su boca abandonó la suya al tiempo que la dejaba ir hacia atrás, sujetándola por las caderas, dejándola flotar mientras sus labios encontraban sus pechos desnudos y se prendían de uno de sus pezones arrancándole un jadeo.

—Kaliq. —Musitó su nombre, sus dedos se enredaron en su húmedo pelo. Era una sensación tan extraña y erótica sentirse flotar en el agua mientras su amante le daba placer.

Su boca la succionó con avidez, acariciándola con la lengua, alimentándose de su seno y extrayendo de su boca incontrolados gemidos que no podía controlar. Su otro pecho corrió la misma suerte, la lengua rodeó la aureola bañándola con su humedad, mientras el agua la acunaba acercándola a él y a la dura erección que notaba contra su estómago. Se mordió los labios para no gemir en voz alta cuando su sexo empezó a latir de necesidad, luchó para encontrar el aire que necesitaba para respirar a través de los incontenibles gemidos y se rindió por completo al placer.

—Te deseo, pequeña, quiero estar dentro de ti, necesito estar dentro de ti. —Su declaración fue ruda, pasional y la mirada en sus ojos reflejó el hambre que habitaba también en su interior.

Desenredó sus dedos, bajó hasta su cuello, apoyándose en sus hombros, inclinándose hacia él para buscar su boca. Quería sus besos, quería su sabor en la boca así como su miembro dentro de ella, le deseaba tanto que ya no podía pensar con claridad.

—Sí, sí, por favor. —Se encontró murmurando, una súplica que, si estuviese en sus cabales le avergonzaría—. Kaliq, te necesito... te quiero... dentro.

La devoró sin piedad, saqueó su boca como un loco y los trasladó por el agua, sin que apenas fuese consciente de ello, hasta una zona de lisas piedras que quedaban a la altura perfecta para lo que deseaba. La recostó entre el agua

y la superficie, se abrió paso entre sus piernas y la penetró antes de que pudiese hacerse a la idea. Su cuerpo sucumbió al suyo, le recibió con los brazos abiertos cediendo a su intrusión, acompañándole en cada movimiento de sus caderas mientras el deseo crecía en su interior.

—Eres mía, princesa, mía.

Su declaración no era más que una constatación de lo que le decía su propio cuerpo, de lo que su alma ya sabía. Por más que desease negarlo, que se resistiese a creerlo, estaban hechos el uno para el otro, su corazón lo sabía y le gritaba que se rindiese por fin a sus sentimientos y aceptase que ese hombre que le hacía el amor era suyo y solo suyo.

Se arqueó debajo de él, encontrándole en cada movimiento, le rodeó las caderas con las piernas permitiéndole llegar más profundo, marcarla como siempre lo hacía hasta que todo a su alrededor dejó de tener sentido y el placer ocupó cada parte de su cerebro.

Se corrió gritando su nombre, aferrándose a él mientras seguía empujando en su interior buscando su propia liberación, dominándola, sometiéndola y adorándola como solo ese hombre sabía hacerlo. El placer resultó cegador, explosivo y la envolvió como si se tratase de un cálido capullo dejándola laxa y satisfecha en los brazos de ese príncipe del desierto.

—¿Qué me haces, Sarah? —jadeó abrazándola, haciéndola consciente de su peso sobre ella—. ¿Cómo consigues desarmarme de esta manera?

—Podría hacerte la misma pregunta, Kaliq —murmuró deslizando las manos sobre sus brazos cuando se incorporó, saliendo de ella.

La miró a los ojos, su respiración era agitada, jadeaba en busca de aire y no por ello perdía esa arrebatadora sensualidad que siempre lo rodeaba.

—Estás hecha para mí —declaró y la acarició los labios con un dedo, luego la mejilla hasta volver a encontrar su mirada—. Mía, mi compañera, la única por la que siempre he esperado.

La besó de nuevo y ahora lo hizo con una ternura que la sorprendió.

—Necesito que lo sepas, no puedo esperar más, no deseo esperar más, necesito que entiendas que me perteneces, que sepas quién soy y de dónde vengo. —La sorprendió con la necesidad presente en su voz—. Pero también temo que al hacerlo te pierda.

Esa repentina vulnerabilidad en un hombre que siempre había visto tan fuerte, tan seguro de sí mismo la cogió desprevenida.

—¿De qué estás hablando? —preguntó sin comprender demasiado bien su preocupación—. No entiendo a qué te refieres.

—No es fácil de explicar, ni siquiera sé si puedo hacerlo de la manera correcta, debería enseñártelo...

Parpadeó, se incorporó sobre los codos y llamó su atención.

—En ese caso enséñame lo —pidió—. Eso puedes hacerlo, ¿verdad?

La miró y apoyó la frente en la suya.

—No me gusta andarme con subterfugios, contigo menos que con nadie, pero no sé cómo enfrentarme a esta situación —confesó pesaroso—. Mi seguridad se esfuma ante las dudas, ante la falta de conocimiento sobre cómo reaccionarás y...

—¿Cómo reaccione a qué?

Se apartó de nuevo para mirarla a los ojos.

—A quién soy en realidad.

Frunció el ceño.

—Kaliq, la mayoría de las veces ya me cuesta seguirte, pero ahora soy incapaz de entender ni una sola palabra de lo que dices.

—Solo lo comprenderás cuando te lo enseñe —aceptó más para sí que para ella. Entonces sacudió la cabeza y bajó su cuerpo de nuevo sobre la superficie, cubriéndola con el suyo, haciéndola notar de nuevo su excitación—. Pero no ahora, no aquí, no cuando todo en lo que puedo pensar es en tu

suavidad, en el hambre que siento por ti y en lo a gusto que estoy pegado a tu piel. Déjame disfrutar durante el día de hoy, dediquémonos a dejar que pase el tiempo y mañana... ya nos enfrentaremos juntos a lo que tenga que venir.

—Empiezas a asustarme, Kaliq.

Él sacudió la cabeza y la besó en los labios, persuadiéndola a separarlos.

—Jamás te haría daño, Sarah, jamás. —La besó de nuevo—. Mañana, ¿de acuerdo? Mañana te llevaré al lugar dónde comenzó todo y te mostraré que las leyendas pueden convertirse en realidad cuando menos te lo esperas.

No la dejó responder, capturó sus labios una vez más y la sedujo dispuesto a hacerle de nuevo el amor y que olvidase esa extraña conversación.

## CAPÍTULO 19

Kaliq no había estado tan nervioso en su vida. Quizá se estuviese precipitando, puede que este no fuese el momento adecuado, pero no podía esperar más, no quería. Nada más salir el sol se había puesto en pie y había arrastrado a Sarah consigo fuera de la cama. Su princesa no era una mujer madrugadora, por lo que pasó los primeros momentos rezongando hasta que le permitió tomarse un café.

Ella era su princesa, la mujer elegida para él y tenía la suficiente confianza en sí mismo como para esperar que todo saliese bien. Podría esperar sorpresa, no dudaba que temer ante la incomprensión, pero al final lo comprendería, en su fuero interno sabía que sería así. Había llegado al punto en el que necesitaba quitarse de encima el último de los secretos, no quería guardarse nada para con ella, por lo mismo no dudó en prevenirle durante el viaje sobre los peligros de vagabundear por las ruinas.

—El lugar suele atraer a excursionistas y otros exploradores, pero no es un sitio en el que se pueda jugar o vagabundear. —Explicó rodeando los muros escavados en la tierra, las paredes que se confundían con la roca de la montaña, así como otros fragmentos que todavía quedaban en pie. Algunas zonas habían sido atrapadas por la agreste vegetación y la arena que empujaba el aire desde el desierto—. La estabilidad de las ruinas es precaria. Cada año aparecen nuevos trozos de muro que se han caído o incluso algún que otro socavón que no estaba antes.

—Kara me había dicho que gran parte del deterioro se debe a los

saqueos que se llevaron a cabo en el pasado y la destructiva codicia de la gente.

Contempló los restos de lo que en otra vida debió ser un impresionante palacio de su época.

—Me avergüenza decir que mucha de la culpa de ello es de mis propios antepasados —aseguró—. En vez de cuidar y atesorar nuestro legado, convertirlo en un lugar sagrado y de culto por lo que significa para nosotros, se dedicaron a minarlo y extraer todo material de valor. Mi abuelo, al ocupar al trono, fue el que detuvo la expoliación y se centró en preservar los restos que quedan.

—Tu abuelo era un hombre inteligente.

Asintió.

—Era un *tygrain* orgulloso de su procedencia y con el suficiente sentido común para desear conservarla para las generaciones venideras.

—Me encanta este lugar aunque no consigo hacerme una idea de cómo debió haber sido en la antigüedad —aceptó mirándolo desde varios ángulos—. Supongo que los materiales y la forma de construcción distaban mucho de lo que conocemos ahora.

—El Anwar Badr sufrió varias transformaciones a lo largo de los siglos, las ruinas pertenecerían a varios periodos de la última. —Señaló los restos de una larga zona rasurada—, algunos estudiosos piensan que esa zona podría corresponder a la muralla original.

—¿Cómo has dicho que se llama? No sé si mi lengua será capaz de pronunciar eso.

Sonrió ante su ceño de concentración.

—*Anwar Badr*, son las palabras para «luz y luna llena», también se le conocía como el palacio del Plenilunio, se decía que en las noches en las que brillaba la luna, sus paredes resplandecían como una joya en el desierto —

comentó mirando las ruinas—, de todas formas, como ya te comenté, el lugar fue saqueado, despojado de toda su riqueza y nunca se ha podido probar si eso era verdad. Es una de las construcciones árabes más antiguas de las que se tiene constancia en esta parte del continente.

Sarah echó un vistazo a su alrededor y luego a las ruinas.

—¿Estás insinuando que el primer prototipo, por decirlo así, de este palacio podría haber sido el hogar de la hija de Ibrahim y su señor del desierto?

La miró, complacido de que hubiese escuchado con atención su relato.

—Los escritos que se conservan en la biblioteca nacional sugieren que aquí fue donde el buen nómada y su hija permanecieron guarecidos a la espera de que pasase la tormenta de arena y que el dios decidió erigir un palacio en honor de su esposa. —Le indicó distintas zonas y el oasis—. Esta región fue el centro comercial y político de Bahir allá por el siglo XII. A partir de ese momento, los distintos documentos que se conservan sugieren que hubo un gran éxodo hacia otras zonas del país y Samad se convirtió en el nuevo núcleo y centro de poder alrededor del siglo XVI con Abbas Al-Hanak como nuevo sultán y el que mandó erigir el palacio de Samad.

—Abbas Al-Hanak, es... pariente tuyo.

—Sería algo así como mi tátara-tátara abuelo.

—¿Por qué alguien querría dejar un lugar como este para trasladarse a la ciudad? —preguntó curiosa.

—Supongo que la presencia del pasado aquí es muy fuerte. —Se encogió de hombros—. El sultán que gobernara en aquella época podría haber decidido que deseaba comenzar su propia leyenda en otro lugar y desde luego lo hizo, el palacio es prueba de ello.

—Posiblemente lo considerase un lugar sagrado... algo así como la Meca, ¿no?



Su esposa era una muñequita muy perspicaz. Levantó la mirada y recorrió las ruinas con la mirada. ¿Cuántas veces se había intentado imaginar el palacio tal y como había sido en la antigüedad?

—Para mi familia todavía lo es —comentó en voz baja—. Es un lugar con mucho peso cultural e histórico.

Ella asintió y se limitó a deambular por los alrededores, subiendo y bajando bajo su atenta mirada. Tuvo que recordarle en un par de ocasiones del peligro de derrumbe. Esa pequeña gatita tenía alma de exploradora. De un modo inexplicable sentía que su compañera pertenecía a aquel lugar, era cómo si siempre hubiese estado allí, como si siempre hubiese formado parte de esas tierras.

—Sarah, si te traje hasta aquí es porque necesito que sepas algo más sobre mí.

Su joven princesa giró sobre sus pies y lo miró desde la zona rocosa en la que se había encaramado.

—Espero que ese algo no tenga que ver con otras mujeres. Ya sabes, segundas esposas y esas cosas —replicó al momento, sus ojos clavados en los de él—. Porque si ese es el caso, no vivirás para...

—No hay otras mujeres ni las habrá. —La interrumpió con brusquedad—. Tú eres mi esposa, la única que quiero y deseo. No hay nadie ni lo habrá.

—Y ahí está la territorialidad que mencioné anoche.

—Solo soy territorial contigo y es por una buena razón, viene intrínseco en mis genes —resopló al tiempo que avanzaba hacia ella—. Soy un *tygrain*.

Se limitó a asentir.

—Lo sé, lo sé —replicó agitando la mano—. Entiendo que tu familia descende de esos antiguos y que estáis más que orgullosos de vuestra estirpe. Sois algo así como... los espartanos del siglo XXI.

Resopló y no fue el único, su tigre estaba igual de ofendido.

—No, en realidad no estás cerca siquiera de comprender la magnitud de lo que intento decirte —suspiró profundamente y subió para encontrarse con ella—. No se trata solo de una leyenda, sino de la fantástica realidad que encierra.

Enarcó una ceja.

—Bueno, si tú quieres creer en que existió ese dios y...

—Has visto a mi gato. —La interrumpió de nuevo, deteniéndose a su lado.

Empezó a asentir lentamente con la cabeza.

—Sí, claro...

—No es una mascota.

—Sé que tratáis a vuestros tigres como si fuesen miembros de la familia y eso pero...

—No, Sarah, no los tratamos cómo si lo fuesen, ya que en realidad... sí lo son. Esos tigres que has visto somos... mis hermanos y yo.

Se le quedó mirando cada vez más y más asombrada, entonces empezó a sonreír y terminó riendo.

—¿Perdona?

*Ahora o nunca*, pensó.

—Conoces una parte de mí, la que yo te he mostrado —le dijo con suavidad—. Conoces al príncipe, al humano y, sí, sé que también conoces al tigre... pero necesito que comprendas que no somos dos... entes separados... sino uno.

Arrugó la nariz, su hilaridad empezó a disminuir para dar paso a una ligera preocupación.

—Kaliq, no tengo la menor idea de lo que estás intentando decirme.

—Lo entenderás en un momento —dijo y dio un par de pasos atrás—. Solo recuerda lo que te dije: Pase lo que pase, veas lo que veas, mírame a los

ojos y recuerda que soy yo.

—Pero...

No la dejó continuar, levantó la mano interrumpiéndola y dejó que su naturaleza felina tomase el mando iniciando un cambio que jamás había hecho delante de otro ser humano que no fuese consciente de su naturaleza.

Su visión cambio, su centro de gravedad mutó y su cola se agitó en el aire cuando su gato tomó el relevo. Abrió los ojos y su mirada felina cambió su percepción del mundo, pero no por ello dejó de reconocer a la mujer atónita que se hallaba ante él.

—Ka... Ka... Ka...

*«Kaliq, sí. Soy yo compañera».*

—¡Jesús! —Saltó llevándose las manos a la cabeza.

Suspiró interiormente al ver que le había escuchado. Había empujado sin piedad, traspasando su barrera mental natural y enviando su respuesta a su mente humana. Sabía que aquello debía haber sido doloroso para ella.

*«Respira profundamente y déjame entrar, Sarah. No te dolerá si lo haces. Solo tienes que relajarte y escuchar con atención dentro de tu cabeza».*

Dio un nuevo paso atrás, sus ojos cada vez más abiertos, su corazón latiendo a toda velocidad. El miedo empezaba a instalarse en su mente, en su cuerpo, podía olerlo y, a pesar de ello, todavía no la dominaba. Era como si la parte racional de su mente se empeñase en decirle *«espera, esto tiene que tener una explicación»*.

Caminó hacia ella con pasos lentos, su mirada siempre pendiente de ella hasta que estuvo lo suficiente cerca como para poder tocarla si lo deseaba.

*«Soy yo, Sarah. Soy Kaliq».*

La vio abrir la boca, sus labios se movían pero parecía incapaz de articular palabra. Miró hacia atrás y el corazón se le aceleró incluso más al

ver que estaba cercada por un trozo de muro, se giró de nuevo hacia él y sacudió la cabeza como si no pudiese comprender lo que estaba pasando.

—Oh... joder —jadeó abriendo más y más los ojos—. Joder, joder, joder, joder... Esto no está pasando.

*«Tranquila, Sarah. Mírame. Mírame a los ojos. Soy yo».*

Volvió a sacudir la cabeza y extendió la mano con un inesperado y decidido gesto.

—No, ni hablar. —Negó de nuevo con gesto rotundo—. Tú... tú no eres él... él... él no eres tú... esto... esto es producto del calor y es una jodida alucinación.

Dio un paso más hacia ella pero tuvo que detenerse al ver que se daba la vuelta con intención de subir al muro y escapar por una zona escarpada cuyo paso estaba lleno de piedras sueltas. El instinto de preservación para con su mujer lo llevó a avanzar de nuevo. Si le pasaba algo a su compañera...

*«¡No!».* Clamó de nuevo en su mente haciéndola detenerse en el acto. *«Sarah, baja de ahí. No es seguro».*

Hizo el ademán de acercarse a ella pero la chica se dio incluso más prisa en salir de su alcance.

—¡No te acerques! —Lo avisó con un chillido—. No... ¡no des un paso más!

*«Sarah. Vuelve. El terreno no es seguro».*

Sacudió la cabeza con energía y siguió retrocediendo. Estaba asustada, no comprendía lo que ocurría, su mente no podía procesarlo.

—No, no, no, no. —Se llevó las manos a los oídos—. No quiero oírte, no te estoy escuchando. Tú no hablas, estoy sufriendo alucinaciones, un jodido espejismo.

Con cada nueva palabra se alejaba más de él y del terreno seguro. No debía haberla traído allí, no debería haberla dejado subir...

*«Compañera, te exijo que vengas aquí ahora mismo».*

Aquello la detuvo en seco, se giró hacia él y dio un nuevo paso adelante solo para detenerse de nuevo.

—¿Me exiges? ¿Tú me exiges? No tienes derecho a exigirme nada. —  
Clamó histérica, volvió a retroceder, pasándose ahora las manos por el pelo —. ¡Eres un jodido gato! No puedes exig... oh Dios...

El corazón le dio un vuelvo al ver cómo perdía pie durante un segundo y, para evitar caer hacia delante, saltó a un lateral. Nada más tocar el nuevo terreno este empezó a crujir y el gesto entre incrédulo y aterrado de ella, unido al desprendimiento de la tierra lo hicieron reaccionar al instante.

—¡Kaliq! —Sus ojos azules se clavaron en él entre incrédulos y aterrados.

*«¡Sarah!».*

No tuvo tiempo de pensar en las consecuencias, en tomar medidas o recabar información del terreno. Saltó desde su posición al breve sendero y de ahí a la zona que se abría sin remedio bajo los pies de su compañera. Su enorme cuerpo impactó contra el suyo lanzándola hacia la derecha, a la zona que ella había evitado previamente. Sabía que terminaría resbalando hacia abajo, pero el suelo era sólido en esa zona y lo máximo que conseguiría eran unos cuantos raspones. Cuando posó las patas delanteras sobre el siguiente saliente, este cedió haciéndole perder pie, sus garras patearon el aire un segundo antes de notar como el suelo desaparecía y la grieta cedía completamente abriendo un socavón que se lo tragó hacia el fondo.

No tuvo tiempo siquiera a registrar el hecho de que estaba cayendo o darse la vuelta para frenar sobre las patas cuando se golpeó con fuerza contra el suelo y una dolorosa punzada en el costado le arrancó un agónico rugido. Había escuchado el sonido de algo rompiéndose, golpeó el suelo con la enorme cabeza y se quedó allí tendido y aturdido durante unos eternos

instantes.

Luchó por aferrarse a la conciencia, por sobreponerse a su naturaleza felina y recuperar su forma humana. El cambio fue doloroso, jamás había sentido nada como aquello en toda su vida, era como si le estuviesen desgarrando el cuerpo. Gritó a pleno pulmón, su voz se transformó de un rugido felino al alarido humano antes de yacer sin aire sobre el suelo.

—Sa... Sarah.

El nombre de su compañera emergió de sus labios en una agónica súplica cuando su corazón acusó el dolor de la hembra un segundo antes de que la oscuridad apagase sus neuronas.

## CAPÍTULO 20

—Estás viva.

Le dolía la cabeza y el muslo, pero estaba viva. Eso fue lo primero de lo que Sarah fue consciente después de que el mundo dejase de dar vueltas. Espatarrada en el suelo contemplaba atónita la alta pared por la que había caído... unos buenos dos metros y medio como poco. Movi6 los dedos de las manos y estir6 lentamente las piernas para soltar un alarido al notar un fuerte dolor en muslo. Desliz6 una temblorosa mano hacia abajo por su cadera y se detuvo con un estremecimiento al notar humedad; sangre.

Se oblig6 a respirar una vez m6s, profundamente y recordarse lo m6s importante de todo.

—Est6s viva —se record6 una vez m6s—. Est6s viva, qu6date con eso.

Cerr6 los ojos y luch6 por mantener la calma, pero la oscuridad trajo al momento la 6ltima escena que hab6a grabado su cerebro. Alz6 los p6rpados de golpe y mir6 de nuevo la pared por la que se hab6a ca6do. No. No hab6a ca6do, la hab6an empujado. Ese enorme tigre la hab6a empujado cuando la tierra empez6 a abrirse a sus pies.

—Kaliq.

La comprensi6n inund6 su vapuleado cerebro, se incorpor6 de golpe solo para tener que sujetarse la cabeza y contener las n6useas cuando un aguijonazo le atraves6 el muslo. Sus ojos entraron en contacto entonces con su pierna y vio que el dolor se deb6a a una fea herida; deb6a haberse cortado con una piedra en la bajada.

Luchó contra el dolor a través de cada respiración, se obligó a sí misma a comprobar el resto de su persona y, tras llegar a la conclusión de que no parecía tener nada roto, apretó los dientes y se levantó. Miró hacia arriba, hacia el lugar en el que había estado antes y le llamó.

—¡Kaliq!

Silencio. No hubo respuesta de ningún tipo, ni tampoco apareció la silueta de ese gato. Se llevó ambas manos a los lados de la boca haciendo bocina y volvió a llamarle.

—¡Kaliq!

De nuevo el silencio, un tenso y nervioso silencio.

—No, no, no... ay joder... no me hagas esto —masculló para sí, tomó una profunda respiración y volvió a llamar con todas sus fuerzas—. ¡Kaliq! ¡Esto no tiene la menor gracia! ¡Sal!

Tras obtener el mismo mutismo en respuesta, sus nervios se dispararon y empezó a notar que se le hacía un nudo en el estómago.

—Maldita sea. —Masculló y volvió a mirar la zona a la que se había encaramado. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Y aun así, el pensar en lo que acababa de presenciar, si es que aquello no se trataba de una alucinación, no tenía cabida en su cerebro.

—No vi lo que vi y punto —se dijo a sí misma—. Ha sido algo que he comido. Me ha sentado tremendamente mal y... oh, joder. Claro que vi lo que vi, no me despeño sola por las paredes porque sí.

Podía buscar mil excusas, idear una historia perfectamente plausible sobre lo ocurrido, pero ni todas sus buenas intenciones podían competir con la imagen grabada en su retina, la de ese hombre convirtiéndose en gato delante de sus ojos.

—Dios... me va a dar algo.

Se obligó a dejar sus elucubraciones a un lado y avanzó cojeando



alrededor de las ruinas, buscando de nuevo un punto de subida por el que poder acceder al mismo lugar en el que había estado antes de caer y obtener algunas respuestas sobre lo ocurrido.

—¡Kaliq, contéstame! ¡Kha! ¡Quién seas, di algo, ruge, lo que sea!

La ansiedad empezó a hacer mella en su ánimo, la ausencia de respuesta no era algo bueno, de una u otra forma, no era nada bueno. Se las ingenió para subir de nuevo y volvió a flagelarse a sí misma por su falta de precaución al ver el estado de las ruinas.

—¡Kaliq! —Siguió llamándole ya al borde de las lágrimas.

Una inesperada e incomprensible angustia se instaló en su pecho robándole el aliento, la ausencia de su voz empezaba a desquiciarla. Necesitaba escucharle, necesitaba verle y, al mismo tiempo, estaba aterrada ante la idea de encontrar al tigre.

*Tiene que haber una explicación lógica y razonable*, intentó convencerse de ello. Y, sin embargo, el dolor en su pierna y la sangre que la manchaba era tan auténtica que no cabía lugar a duda alguna. Avanzó con toda la rapidez que su acusada cojera le permitía, la sangre resbalaba por su pierna y le empapaba el calcetín haciendo que se pusiese aún más nerviosa.

—¡Kaliq!

Consiguió encaramarse a la zona más cercana a la que ella había ocupado antes y vio con horror el agujero que ahora había en el suelo en su lugar. Como si se tratase de una película a cámara lenta se vio a sí misma en el borde, retrocediendo, la arenisca cediendo bajo sus pies haciéndola resbalar. Saltó, sí, pero su salto la llevó a una zona en la que el suelo empezó a resquebrajarse y...

—Ay Dios, no. No, no, no.

El miedo la asaltó al momento, el agujero que ahora veía en el suelo habría sido su destino si ese borrón de pelo naranja no la hubiese empujado

como una apisonadora hacia la pared por la que había caído.

—No me hagas esto, príncipe, no me lo hagas.

Se llevó las manos a la cabeza y se aferró el pelo con gesto histérico, sus ojos escaneaban los alrededores sin descanso, buscándole, intentando recordar algo que no fuese la imagen de ese borrón de pelo alejándola de una caída mortal.

—¡Kaliq! —Lo llamó ya entre lágrimas. Era incapaz de evitar que estas resbalasen por su rostro y le empañasen los ojos impidiéndole ver bien.

Luchó con su propia desesperación, se limpió la cara lo mejor que pudo y ahora sí, prestó especial atención a los lugares en los que ponía los pies para acercarse todo lo posible, sin poner en peligro su vida, al agujero que se había abierto en el suelo.

—¡Kaliq! Kaliq, ¿puedes oírme?

Aguzó la vista e intentó mirar a través de la tenue oscuridad que inundaba lo que a todas luces parecía ser una cueva subterránea o algo parecido. El polvo que habían levantado los escombros al chocar con el suelo seguía presente el aire.

—No me hagas esto —insistió arrodillándose muy lentamente, congelándose cuando la arena del suelo se movía bajo sus pies. La zona no era segura—. ¿Kaliq? ¿Puedes oírme?

Aguzó el oído e intentó ver algo allí abajo pero no podía distinguirle con tanto polvo.

—Oh, joder. —Se echó atrás e intentó buscar otra zona de la que no cayesen piedrecitas cuando se acercaba—. ¡No se te ocurra hacerme esto, principito! ¡No se te ocurra dejarme aquí y así! ¡Contéstame maldita sea!

Volvió a asomarse desde otro ángulo e intentó acercarse de nuevo y ver algo.

—Vale, de acuerdo —murmuró para sí—. ¿Kha? ¿Puedes oírme tú,

gatito? Soy yo, Sarah. Vamos, chico, si estás ahí abajo, ruge, gruñe, gimotea, haz lo que sea, pero haz algo.

Una vez más el silencio fue la única respuesta y eso terminó por enfurecerla.

—¡Maldito seas, Kaliq Al-Hanak! ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes raptarme, obligarme a casarme contigo, arrastrarme hasta Bahir y hacer que me enamore de ti solo para dejarme ahora! Te lo prohíbo, ¿me oyes? ¡Te lo prohíbo!

Las lágrimas empezaron a bajar de nuevo por su rostro acuciadas por el nudo que casi le impedía respirar. Sacudió la cabeza con vehemencia obligándose a apartar el lúgubre pensamiento que quería entrar en su mente.

—No. No está muerto —negó entre dientes—. No va a hacerme esto. No se va a morir delante de mí.

Se secó la cara, emborronándose aún más con las lágrimas y la suciedad y miró a su alrededor.

—Voy a sacarte de ahí. —Decidió y volvió a mirar hacia abajo—. ¡Voy a sacarte de ahí, príncipe estúpido! Voy... voy a buscar ayuda. ¡Ni se te ocurra morirme mientras no estoy! Volveré pronto... yo... volveré enseguida y me tendrás aquí, gritándote hasta que me quede afónica.

Dios, si ya casi lo estaba ahora, pensó con una histérica risa. Se tapó la boca ahogando el sonido, miró una vez más a su alrededor y emprendió el viaje de vuelta. No quería dejarle allí, no quería irse cuando no sabía si él estaba herido, vivo o muerto, pero tampoco podía quedarse, no cuando no tenía modo alguno de saber cómo estaba.

—Yo no quería venir aquí para esto —musitó una vez dejó las ruinas y emprendió una renqueante y dolorosa caminata de vuelta a la tienda—. No quería venir aquí contigo para que pasase esto.

¿Por qué tenía que convertirse un lugar tan hermoso en su particular

infierno? ¿Por qué tenía que hacerles esto la vida? ¿Por qué tenía que ser él de todos los hombres existentes en la tierra el único sin el que no podía concebir ya la vida? Se había enamorado de una idea, de un ideal y entonces, había conocido al hombre real, al príncipe y a su felino.

La imagen de su marido desvaneciéndose ante ella y dejando en su lugar la silueta y posterior aparición de un enorme tigre de Bengala seguía asediándola, asustándola y haciendo que lo irreal fuese cada vez más y más real. Su conciencia todavía batallaba por encontrar una explicación razonable pero todo lo que podía ver ya era a él y luego a Kha. Dos caras de una misma moneda.

Sacudió la cabeza y apuró el paso, la pierna la estaba matando pero no era nada comparado con el dolor que le oprimía el pecho, con la desesperación que le arrebatava el aliento y le llenaba los ojos de lágrimas. Corrió cuando el dolor del muslo todavía era soportable, se detuvo para respirar cuando el pecho ya no le respondía y finalmente alcanzó la tienda con tal ansiedad que ni siquiera podía ver por dónde iba. Arrasó el pequeño habitáculo en busca de sus mochilas, arrancó la suya y la tiró a un lado al recordar que no había llevado teléfono y se apresuró en deshacer la de su marido.

—Vamos, vamos, vamos —se urgió a sí misma, empezó a sacar prendas y más prendas hasta que sus dedos tocaron la dura superficie de un teléfono—. Dios mío, gracias, gracias, gracias.

Temblaba tanto que fue incapaz de quitarle el bloqueo las primeras veces y necesitó dos intentos más para acceder a la agenda y encontrar el número de alguien que pudiese reconocer.

—Sharif. —Jadeó al reconocer el nombre de su cuñado. Marcó y activó al momento el manos libres—. Por favor, cógelo, cógelo... te necesito...

—Ey, Kal, ¿no se suponía que ibas a desaparecer durante un par de días

con tu gatita?

—¡Sharif! —clamó desesperada—. Necesito ayuda, por favor, necesito que me ayudes. Kaliq. No le encuentro, no sé si está vivo, no sé... por favor, ayúdame.

—¿Sarah? —El tono de su cuñado cambió al momento—. Sarah, ¿qué ocurre? ¿Dónde está mi hermano?

—Se ha caído. —Rompió a llorar incapaz de refrenarse más—. Fue mi culpa... me asusté... el suelo empezó a desaparecer y... se cayó. No me contesta, Shar, no me contesta y no consigo verle. Está muy oscuro y se cayó dentro.

—Tranquilízate, Sarah...

La tranquilidad y el tono duro de su cuñado la ayudaron a recuperar parte de su temple.

—Me empujó su gato... fue él... —intentó explicarle—. Me lo enseñó y yo... yo me asusté y... dios mío... No puede morir, no puedo perderlo.

—Ya, gatita. Escúchame. —Utilizó un tono de voz tranquilo, neutro y frases cortas—. Dime dónde estáis. ¿Dónde se ha caído?

—Estamos en el oasis Abdel Haqq, me llevó a visitar las ruinas y... se cayó. —Se estaba obligando a resultar coherente—. Hay zonas inestables, me lo dijo, me lo advirtió y yo... Dios, es todo culpa mía. Tengo que volver. Tengo que ir a buscarle, tengo que sacarle de allí, no puedo dejarle solo... no puede morirse. Me moriré si le pasa algo... Shar, ayúdame, por favor. Ayúdame.

—No cuelgues, Sarah —le pidió y escuchó al mismo tiempo sonidos de fondo. Su cuñado estaba poniéndose ya en movimiento—. Mantén el teléfono en manos libres y no te muevas de ahí. Ya voy.

Sacudió la cabeza a pesar de que él no podía verla.

—No, no puedo quedarme. Le prometí que volvería —declaró, miró a

su alrededor y empezó a buscar de nuevo entre las cosas esparcidas—. Tengo que volver, tengo que asegurarme de que está con vida, no puedo quedarme...

—Sarah, no cuelgues. —Una firme advertencia.

Negó de nuevo con la cabeza.

—Te tengo en el manos libres —respondió recogiendo una linterna y una de las lámparas que habían traído consigo—, pero tengo que volver. Me necesita, soy la única que puede gritarle. Tú todavía estás lejos y si él me deja... Dios, le seguiré a dónde quiera que vaya y lo traeré de vuelta.

Con ello en mente y su cuñado al teléfono, recogió lo que necesitaba y emprendió el camino de regreso.

Kaliq se despertó con un fuerte dolor en el costado, sentía la cabeza pesada y recibía una punzada en el pecho cada vez que respiraba. Abrió los ojos y dejó que su gato se asomase a ellos dotándole de visión nocturna. Estaba en una especie de cueva, una habitación en realidad, podía apreciar parte del gastado dibujo de las paredes así como la lisa superficie en forma de mosaico de la parte más alejada del suelo. Procuró moverse y tubo que morderse los labios para evitar gritar, se obligó a bajar la mirada sobre su pecho y encontró el motivo de su dolor; tenía un jodido trozo de muro encima, manteniéndole prisionero. Si bien no lo estaba aplastando y no porque no lo estuviese intentando, pensó mientras examinaba mejor los cascotes, le costaba respirar. Movié los dedos de las manos y los pies y respiró tranquilo al notar que respondían.

—Buena... señal... —consiguió articular, aunque incluso el hablar dolía.

Volvió a buscar con la mirada, recorriendo el trozo de muro y suspiró

una vez más de alivio al ver que había una especie de saliente en un lateral, posiblemente otro trozo de pared o escombros que había evitado que la parte más grande cayese sobre su pecho por completo.

—Tiene que haberse movido en el momento que cambie —pensó recordando el enorme peso que sintió sobre sus costillas y el dolor de la conversión. Con todo, eso quizá era lo que le había salvado la vida.

Cerró los ojos e intentó relajarse en la medida de lo posible, lo que empezó como un relativo éxito terminó en un nuevo acceso de dolor cuando se movió al recordar el motivo de que hubiese terminado ahí abajo.

—Sarah.

Su compañera.

Dios mío, la había empujado, la había lanzado directamente hacia el lado derecho de las ruinas sabiendo que la inclinación de la ladera amortiguaría cualquier daño grave creado por su impacto. Cerró los ojos e intentó encontrarla, sentirla...

«Sarah».

Esperó tenso, dejó que su felino extendiese sus sentidos para poder escucharla cerca, sentirla, saber que estaba bien.

«Vamos, pequeña, háblame».

Al principio no notó nada y eso lo inquietó hasta estar a punto de moverse haciendo que algunas piedrecillas se deslizaran de trozo de muro que lo mantenía apesado. Se obligó a estar quieto y volvió a escuchar, atento... Algo cambió entonces.

«Sarah».

Agitación, miedo, resolución, enfado... las emociones las percibía tenues, pero estaban allí. Era ella, pensó con instantáneo alivio, su esposa estaba viva, cabreada, pero viva.

«Sarah, ¿puedes oírme?».

Envió de nuevo su llamado a través de su vínculo, pero esta vez no necesitó empujar. Notó su agitación, su calor y una fuerza interior inusitada con un toque tan antiguo que le recordó a su desierto.

«*Sarah, yo...*».

—¡Kaliq!

Su voz le llegó lejana, acompañada de pasos, exabruptos y rezongos propios de esa maravillosa mujer.

—¿Kaliq? Dime que no estoy teniendo más alucinaciones y que acabas de hablarme o juro por dios que...

Cerró los ojos y se concentró en llegar a ella de esa manera.

«*¿Estás bien, esposa?*».

Una carcajada, entonces un haz de luz empezó a jugar en la parte superior de la cueva.

—¿Qué si estoy bien? ¡Maldito hijo de puta! ¡He perdido mil vidas durante estas últimas horas! —La escuchó replicar—. ¿Estás bien? ¿Puedes contestarme en voz alta?

—Me duele... al hablar... tengo un... mierda...

Un jadeo precedió a sus palabras.

—¿Cómo que mierda? ¿Qué pasa? —Estaba histérica, prácticamente llorando—. ¡Kaliq respóndeme ahora mismo!

Se obligó a respirar una vez más pero dolía, el peso sobre su pecho lo estaba asfixiando poco a poco.

—Estoy... atrapado... un trozo de muro, pared... sobre el pecho —se las ingenió para articular—. No me aplasta... todavía.

—Oh, joder, joder, joder —la escuchó sisear—. Vale. Tranquilo. He ido a buscar ayuda. Sharif viene ya para aquí.

Hubo unos instantes de silencio, entonces de nuevo su voz.

—Shar está vivo, me está hablando... Dice que está atrapado, algo lo



está aplastando. Por favor, date prisa.

Escuchó el murmullo de lo que parecía ser la voz de su hermano a través del teléfono dándole instrucciones y calmándola; bendito fuera. Posiblemente él hubiese perdido algunas rayas desde el momento en que Sarah lo llamó, incluso tendría que escuchar a Jamal y Héctor, quienes no le cabía duda que le acompañarían en el helicóptero que su hermano solía pilotar; esos dos estaban especializados en rescates de escalada y otras situaciones extremas.

—¿Kaliq? ¿Kaliq, sigues ahí?

—No podría irme aunque quisiera, cariño —musitó y tuvo que contener un quejido de dolor. Cada vez le costaba más respirar.

*«Me duele el pecho al hablar, Sarah».*

La luz que había visto al principio empezó a hacerse más intensa, cercana y acabó viendo lo que en realidad era; uno de los candiles de la tienda atado a una cuerda.

—Estoy bajando una de las lámparas... ¡Oh, dios mío! —La escuchó jadear de nuevo—. Kaliq, lo siento, lo siento mucho, esto es todo culpa mía.

*«Tú no tienes culpa de nada, pequeña, yo fui el que elegí el lugar equivocado».*

—Sharif ya está llegando, acaba de decirme que han aterrizado, estarán aquí en breve.

*«Vendrán corriendo, Sarah. Ellos son... como yo».*

No le cabía duda de que su hermano lo haría, le importaría una mierda el equipo que terminarían cargando Héctor y Jamal, él cambiaría y aparecería allí en pocos minutos.

—De acuerdo, no dispararle a ningún gato, lo tengo —le dijo a voz en grito—. Tú quédate conmigo, ¿vale? Esto es igual que si me estuvieses hablando por un auricular. No me importa, solo quédate conmigo.

Quería hacerlo, quería permanecer a su lado siempre, pero el dolor

empezaba a entumecerle y cada vez le costaba más respirar.

*«Me... me cuesta respirar...».*

—¿Kaliq?

Cerró los ojos y luchó de nuevo por respirar, la voz de su esposa empezaba a hacer cada vez más lejana.

—Quédate conmigo, cariño, por favor. —Creyó escuchar que le decía —. No puedes dejarme ahora que por fin te tengo. No puedes, Kaliq, no puedes dejarme sola. ¡No te lo permitiré!

*«Lo siento, Sarah. Solo quería enseñarte quién soy en realidad, solo esperaba que me aceptases y aprendieses a amarme tal como soy».*

—¡Kaliq!

No la escuchó, perdió la batalla por mantenerse a flote y la oscuridad lo reclamó alejándolo del dolor.

Sarah no podía respirar. Él no le respondía, se inclinó un poco más y agudizó la mirada. Gracias a las lámparas que había traído y deslizado podía ver un poco más claramente el interior y a su marido. Se le encogió el corazón cuando vio a lo que se refería cuando le dijo que estaba atrapado, había un enorme trozo de muro cubriéndole, demasiado grande como para que hiciese suficiente daño si caía finalmente sobre él.

—Oh no, de ninguna manera —sacudió la cabeza y miró a su alrededor —. Sharif, dime que no estás lejos, por favor, dime que no estás lejos. Kaliq no me contesta, está atrapado... tiene un trozo de muro encima... Decía que le dolía el pecho... Dios mío, no me contesta.

—Princesa, soy Jamal, su alteza ya va para ahí —le contestó uno de los escoltas de su marido—. No se mueva de dónde está. Enseguida estamos con

ustedes.

No era suficiente, pensó levantándose, mirando a su alrededor en busca de algún rastro de su cuñado.

—No tiene tiempo —negó y volvió a mirar hacia abajo al tiempo que se le hacía un nudo en el estómago—. Tengo que hacer algo, tengo... no puedo perderte ahora que te he encontrado.

Se mordió el labio inferior, dejó a un lado el teléfono y recorrió los alrededores una vez más, buscando, pensando rápidamente en una manera de llegar a él que no fuese saltando al vacío.

—Saltar al vacío —murmuró en voz alta, giró sobre sus pies y volvió a acercarse al agujero. Se acostó sobre el suelo y miró a través del agujero—. Vale... está alto, saltar no es una buena idea, así que tendré que hacer algo que no quiero hacer.

Miró la cuerda que había atado a un saliente, tragó saliva y volvió a mirar hacia abajo.

—Está bien, amor mío, si salimos de esta, me vas a deber una muy, pero que muy grande.

Si salían de esa, no iba a dejar que ese príncipe, felino o lo que fuese, la dejase ni un solo momento de su vida.

## CAPÍTULO 21

Kaliq tenía ganas de ronronear. El calor, el olor y la cercanía de su compañera hacían que estuviese en el mismísimo cielo. Si no le doliese también el pecho y las costillas, sería perfecto.

Deslizó la mano sobre la cama hasta encontrarse con el suave pelo femenino y emitió un bajo ronroneo.

—No la despiertes, no ha pegado ojo desde que te trajimos.

La voz de su hermano penetró en su aturdimiento, se obligó a abrir los ojos y se encontró con el rostro Sharif de pie al otro lado de la cama. Este indicó hacia abajo, al lado opuesto, allí donde sus dedos todavía acariciaban el sedoso pelo y al volver la cabeza la vio acurrucada a su lado en el lecho, inmóvil, con la mano bajo la mejilla en un plácido sueño. La recorrió con la mirada, vestía un conjunto deportivo compuesto por un pantalón y una floja camiseta, detectó algún que otro arañazo coloreado por el desinfectante en sus brazos, pero fue su muslo, el cual abultaba bajo la licra lo que le llamó la atención.

—¿Qué le ha...? —Se quedó quieto y ahogó un quejido ante la punzada que sintió en el pecho.

Nada de movimientos bruscos, se recordó a sí mismo.

—Quédate quieto, ella está bien —lo tranquilizó Sharif, poniéndole una mano sobre el hombro—. Tiene una herida en el muslo, le han dado unos puntos pero se pondrá bien. Lo demás son solo rasguños.

Volvió a recorrerla con la mirada y respiró tranquilo, su hermano no le

mentiría, no con respecto a algo tan importante.

—Menos mal...

—Tú, por otro lado, estás vivo de milagro —continuó bajando sobre él y enseñándole el vendaje que asomaba por la uve abierta de un pijama que no había visto en su vida. Dado que solía dormir desnudo, no le extrañaría que fuese uno de los muchos artículos que habría adquirido su madre y que permanecía olvidado en algún cajón—. Tres costillas rotas, una de las cuales te perforó el pulmón, tienes varios traumatismos y tuviste una jodida y colosal suerte de que ese pedazo de muro no se te viniese encima mientras estabas ahí abajo. A juzgar por todas tus heridas, caíste en forma de felino, ¿no?

Asintió incapaz de decir otra cosa.

—Eres más tonto de lo que pensaba, pero bueno, ¿no lo sois todos los *tygrain* emparejados? —Sacudió la cabeza y señaló a su compañera—. Ella, por otro lado, es una digna princesa *tygrain*. Cuando dejaste de hablarle, hizo la estupidez más grande de todas... bajó para evitar que te fueses a ningún sitio. De hecho, esa gatita te ha traído de vuelta.

El corazón le dio un vuelco, miró al hombre y luego a Sarah.

—¿Qué ha hecho?

Su hermano se cruzó de brazos.

—Te omitiré los detalles, a mí todavía se me ponen los pelos de punta al recordar la cuerda que encontré atada a una puñetera piedra —aseguró con un estremecimiento—. Solo te diré que gracias a ella, ese maldito muro de piedra no venció sobre ti cuando se rompió el apoyo que tenía. Todavía estoy decidiendo si lo que hizo fue inteligente o una completa locura, sea como sea aquí estáis los dos y para mí es suficiente.

Bajó de nuevo la mirada sobre su dormida esposa y sintió que se quedaba sin aliento. ¿Había bajado allí dentro? El temor a que algo le hubiese podido pasar lo congeló durante unos instantes.

—Voy a...

—Consentirla, agasajarla y tratarla como a una jodida princesa —lo interrumpió Shar—. Yo ya hice el trabajo de gritarle hasta dejarla sorda.

Sus palabras lo hicieron gruñir.

—Sí, sí, ahora ponte territorial —replicó con tono irónico—. Por cierto, quizá no te diste cuenta cuando estuviste allí abajo, pero tu mujer y tú habéis hecho el descubrimiento arqueológico del siglo.

Parpadeó, empezaba a costarle más que de costumbre seguirle el hilo.

—No entiendo.

—Todavía no puedo darte todos los detalles, tengo a nuestros abogados trabajando a la velocidad de la luz para declarar el oasis de Abdel Haqq como propiedad privada de la familia real, lo cual incluiría las ruinas. Dado que en realidad los vestigios pertenecen a nuestros antepasados, puede que tengamos que lidiar con los de Conservación de Tesoros Nacionales, pero no quiero a nadie que no sea de mi entera confianza metiendo las narices allí.

—¿De qué narices estás hablando, Shar?

—Habéis encontrado una habitación oculta, mi primera impresión es que fue tapiada y ocultada dentro de las siguientes reconstrucciones del palacio... —se rascó el mentón—, pero sus paredes, los mosaicos del suelo... hay historia en ellos, hermanito, una historia que podría remontarse muy, pero que muy atrás en el tiempo.

La noticia lo cogió por sorpresa, pero también despertó su conciencia.

—Espera, ¿cuánto tiempo llevas lidiando con...?

Sonrió con suficiencia.

—Llevas cuatro días desconectado del mundo, Kaliq, los mismos que esta pequeña lleva pegada a ti con pegamento extrafuerte.

Volvió a bajar la mirada sobre la durmiente figura y deslizó los dedos sobre su brazo, acariciándola con la yema de los dedos.

—Perdí seis de mis siete vidas cuando vi que el suelo se abría bajo sus pies —musitó y tragó con dificultad al recordar ese aterrador instante—. Es una imagen que no voy a poder olvidar en mucho tiempo.

Sharif sacudió la cabeza.

—¿Cómo se te pudo ocurrir dejarla internarse en las ruinas? —lo censuró—. Esa zona no es segura ni para los arqueólogos.

—No se lo permití, le advertí del peligro —respondió y se lamió los labios—. Pensé que era el lugar perfecto para hacerla comprender quién soy, quién somos. El lugar en el que empezó todo. Pero entonces... las cosas se me fueron de las manos, se asustó, huyó de mí y... ese maldito suelo se abrió bajo sus pies.

Su hermano lo miró de soslayo y asintió con lentitud.

—Sí, algo de eso creí entender en medio de su histérica llamada. —Suspiro y señaló lo obvio—. Sea como sea, a pesar de lo que ocurriese ese día, ella todavía sigue aquí, hermano, eso tiene que significar algo.

Con eso, le apretó suavemente el hombro.

—Les diré a todos que has despertado y que tu esposa tiene prioridad —le dijo caminando hacia la puerta—. Espero poder comprarte con eso un par de horas a solas.

—¿Shar?

Su hermano se detuvo y lo miró.

—Gracias por venir a buscarme.

Se limitó a encogerse de hombros.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, Kal —aseguró—. Intenta descansar o lo que sea que puedas hacer.

Abandonó la habitación y lo dejó pensativo y agradecido por seguir todavía allí para poder disfrutar de la vida que acababa de iniciar junto a esa deliciosa mujer.

—Mi princesa.

Le acarició una vez más el pelo disfrutando de su tacto, de su presencia cálida y palpable. Era como una droga para él, una a la que no iba a renunciar jamás.

—No quiero perderte. Eres mi vida, lo que le da sentido a todo, eres mi corazón, te necesito para continuar en este mundo —le susurró sin dejar de tocarla—. Te quiero, Sarah, no como una posesión, no como algo impuesto por el destino, te quiero por quién eres y por quién me haces ser a mí.

Notó como se desperezaba bajo su mano, esos ojos azules se abrieron y se encontraron con los suyos.

—Buenos días, amor. —La saludó con una suave sonrisa.

Ella parpadeó, se frotó los ojos y entonces reaccionó como si acabase de despertarse de un sueño o una pesadilla. Se incorporó y se inclinó sobre él.

—Estás... estás despierto.

—Eso parece. —Dejó que sus labios se curvasen en una ligera sonrisa.

—Ay Dios mío.

—Creo que he escuchado eso demasiadas veces.

La vio parpadear, sus ojos empañándose paulatinamente.

—Pensé que nunca te ibas a despertar y yo... yo...

Le cubrió los labios con los dedos, no sin dificultad.

—Lamento haberte asustado.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Asustarme? Te moriste delante de mí, Kaliq, ¿tienes idea de lo que hace eso en el corazón de una chica? —musitó luchando por no derramar su pena—. Cuando dejaste de hablarme... yo bajé ahí abajo y... ese trozo de muro empezó a ceder... y no respirabas. Dios mío, no respirabas. —La primera lágrima se deslizó por su mejilla—. Y fue culpa mía, fue todo por mi culpa...



Le limpió la cara con el dedo y le acunó la mejilla.

—Te lo dije, o creo haberlo hecho, que tú no tuviste la culpa de nada.

—Me asusté. —Confesó mortificada—. Si no hubiese huido de ti...

—Pero volviste. —La tranquilizó cogiendo sus dedos—. Y me trajiste de vuelta.

Sorbió por la nariz, parecía una niña pequeña, inocente y perdida a su lado.

—Vas a tener que enseñarme lo que sabes sobre escalada —replicó ella con un mohín—, porque nunca se sabe cuándo necesitaré bajar por una puñetera cuerda para salvarte el culo, mi príncipe.

—Te enseñaré todo lo que desees saber, Sarah, solo quédate a mi lado y haré hasta lo imposible por hacerte feliz —pidió sin dejar de mirarla—. Mi vida es tu vida, princesa, ahora y siempre. Todo lo que necesito es que estés bien.

—Ahora lo estoy.

Deslizó los dedos por sus mejillas.

—¿Y por eso lloras?

Asintió.

—Por eso y porque no soporto la idea de perderte —confesó sorbiendo por la nariz—. Eres un chalado, secuestras mujeres, las conviertes en tus esposas y haces que las leyendas se hagan realidad. Eres príncipe y felino y yo debo de haber perdido la cabeza por completo o tener un fuerte síndrome de Estocolmo porque te quiero de todas formas.

Le limpió las lágrimas y sonrió.

—Vaya una pareja hacemos, ¿eh, princesa?

—La única posible, mi *tygrain*, la única posible para ti.

Sonrió, su corazón aligerado después de tanto tiempo.

—Si crees que puedes darme un beso sin que me duela hasta el respirar,

te lo agradecería.

Se rió y se inclinó sobre él con mucho cuidado.

—Puedo intentarlo —le acarició los labios con su aliento—, ya después me dices si lo he conseguido.

—Hecho.

Su beso le supo a gloria, a desierto, era el sabor más estimulante e inolvidable de todos, el de su amor.

## EPÍLOGO

*3 meses después...*

Y el gran día llegó, pensó Sarah con secreta diversión. La boda real había tenido que posponerse para que el príncipe sanase completamente de sus heridas. Si bien había descubierto que los *tygrain* tenían un metabolismo más rápido y solían sanar antes, Kaliq se había tomado su tiempo para que pudiesen disfrutar de la vida y la nueva relación que existía entre ellos. Al final, también había aceptado el consejo de su marido y, con el beneplácito de su jefe, se había convertido en la nueva consultora de la empresa en el exterior. Su primer acuerdo había traído consigo nuevas ofertas muy beneficiosas tanto para su jefe como para el país que la había acogido.

Miró a las tres mujeres que revoloteaban a su alrededor y luchó una vez más con las cosquillas que le provocaba la aplicación de la henna en la piel.

—Deja de moverte, Sarah, así no puedo hacer bien los dibujos — rezongó su mejor amiga—. En vez de una mariposa, parecerá un cuervo y cariño, el significado no será el mismo.

—Tengo cosquillas, Kara, no puedo evitarlo.

Esta puso los ojos en blanco y la miró.

—Y yo que estaba pensando en hacer un diseño especial para tu príncipe. Ya tenemos el sol, la luna, unas estrellas, algunos tallos y hojas...

—Y si sigues buscando más motivos, te quedarás sin piel y yo me

dormiré otra siesta —rezongó cansada. Era agotador estarse quieta mientras le pintaban la piel, sobre todo porque tenía cosquillas—. Solo acaba de una vez.

—Todavía me falta algo especial y secreto, algo que tu príncipe deberá encontrar en su noche de bodas, si quiere seguir siendo el dominante en la relación.

—No se lo pongas fácil, querida —la animó Amina—. Haz que se esfuerce.

Bakara sonrió en secreta complicidad con la sultana y siguió dando los últimos retoques a su tarea.

Su amiga se había dejado caer por el palacio después de su luna de miel, la muy ladina estaba encantada y nada sorprendida de que se hubiese casado con su ex prometido.

—Sabía que Kaliq no era para mí, lo supe desde el mismo momento que te conocí. —La había sorprendido con su admisión—. ¿Por qué crees sino que te hablé de él y te conté todas esas historias sobre los *tygrain*, Bahir y las ruinas? Necesitaba que te enamorasas del cuento, del príncipe encantador, porque así estarías más predispuesta a conocer al hombre que moraba realmente debajo de ese título.

—¿Tú también... eres como él?

Negó con la cabeza.

—Como ya te había comentado, mi casa descende de una de las primeras tribus, en concreto somos descendientes de la segunda esposa de Ibrahim —le explicó—. Nuestro deber es guardar a la familia real. Mi padre es uno de los consejeros del sultán, mi misión siempre ha sido cuidar del tigre de Bahir, el nuevo señor del desierto.

—¿Eso incluía el que me secuestraran en lugar de a ti?

—Es un *tygrain*, la pasión corre por sus venas, sabía que cuando os encontrarais sería para siempre —canturreó, entonces hizo una mueca—.

Aunque no, tengo que confesar que no esperaba que se apareciese el mismo día de mi boda y te raptase. Pero es tan romántico...

Después de disculparse mil y una veces y convencerla de que la encerrona había sido la mejor cosa que había podido pasarle, decidió perdonarla. Después de todo, gracias a ella había encontrado al amor de su vida.

—¿Estás segura de que no quieres que tu madre esté aquí, Sarah?

Levantó la cabeza y se giró hacia Amina, entonces negó.

—Este ha de ser un día especial para mí y para Kaliq, mi madre es como el *Grinch* en Navidad. —Hizo un mohín ante la comparación, pero era la verdad—. La he invitado porque es mi madre, pero nunca se ha comportado realmente como tal.

—Y por eso estamos nosotras aquí —añadió Zuleima, quien le había estado arreglando el pelo—, y vamos a dejarte tan guapa que a Kaliq se le olvidará como hablar.

Sonrió y miró a ambas mujeres. Cada una en su estilo, se habían convertido en parte de su familia, una que no había tenido hasta entonces.

—En vuestras manos sé que puedo contar con eso y mucho más —aseguró con una amplia sonrisa—. Muchas gracias por haceros cargo de la boda, yo no habría sabido por dónde empezar.

—Ha sido un placer para nosotras que nos hayas permitido organizar todo esto, hija mía, te lo aseguro —le dijo Amina con palpable sinceridad.

—Bueno, ¿lista para dar el último paso? —La animó Bakara.

Se miró al espejo y estudió su aspecto, el de una verdadera princesa del desierto.

—Lista para unirte una vez más al amor de mi vida.

Dicho aquello, las tres abandonaron la estancia dejándola a solas unos momentos. La henna todavía tenía que secar sobre su piel, un trabajo de casi

cinco horas que le había permitido hasta echarse una siesta. La puerta volvió a abrirse unos momentos después y de inmediato pensó en que alguna de ellas se habría olvidado de algo.

—¿Os habéis dejado alguna cosa? —Se giró para ver quién de las mujeres había vuelto pero se encontró con otra persona—. ¿No se supone que no puedes ver a la novia antes de la boda?

Kaliq se limitó a entrar, la miró de arriba abajo con lento detenimiento y terminó en su rostro cubierto por el velo.

—Algunas tradiciones están hechas para saltárselas y otras para cumplirlas —le dijo, metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo de seda negra que desenvolvió hasta dejar a la vista un delicado cordón de oro del que colgaba un racimo con tres pequeños dijes—. Esto es el *thaali*, un colgante sagrado que el esposo entrega a la esposa el día de la boda como símbolo de amor, respeto y buena voluntad. Debes llevarlo oculto, solo tú y yo sabremos que lo llevas.

Sonrió bajo el velo, cogió la fina cadena y se la puso, ocultándola bajo la ropa.

—Será nuestro pequeño secreto —murmuró bajo su escrutinio.

—Eres toda una visión, princesa —le dijo, entonces bajó la mirada a su mano, se inclinó sobre su oído sin tocarla y añadió—. Y esta noche pienso descubrir dónde llevas oculta la inicial de mi nombre.

Sacudió la cabeza.

—No se te escapa una, ¿eh?

Dio un paso atrás y le dedicó una reverencia.

—Eres un libro abierto para mí, amor mío, uno que nunca me canso de leer —declaró y señaló una vez más la henna de sus manos—. Veremos durante cuánto tiempo podemos extender nuestra luna de miel

Levantó las manos.

—No pienso pegar palo al agua mientras esto siga aquí, alteza, así que, ya puedes ir pensando cómo nos las vamos a apañar.

—Algo se me ocurrirá. —Dicho eso, le dedicó una última y caliente mirada y salió de la misma forma que había entrado, como un tigre sigiloso.

La próxima vez que lo viese sería ante el altar, para sellar sus votos y compartir sus vidas, tal y como ya habían prometido hacer tres meses y medio atrás ante el juez.

La ceremonia fue íntima, entrañable, seguida de una alegre fiesta en la que su esposo y ella fueron el centro de atención. Buenos deseos, abrazos, bailes y comida para varios días, todo ello regado con champán mantuvo entretenidos a los invitados y les permitió encontrar el momento perfecto para escabullirse.

—¿Lista para irnos?

Miró a su marido.

—¿Nos vamos a escapar?

—¿Prefieres quedarte aquí hasta que terminen borrachos?

—Ni hablar. —Se levantó, le dio la mano y emprendieron la huida.

Se marcharon entre risas y a escondidas, ignorando que su travesura no pasaría tan desapercibida como ellos creían.

—¿Sigues pensando que Sarah no es la mujer perfecta para Kaliq?

El sultán se giró para mirar a su sultana.

—Pienso que mi nueva hija es digna de un príncipe del desierto — aseguró lleno de orgullo y emoción—. No solo le ha devuelto la vida, sino que le ha reportado una inmensa felicidad. En el futuro, será una gran sultana.

Amina sonrió y le posó la mano en el hombro.

—Y nuestro hijo será un gran sultán, como el hombre al que admira.

Sonrió e inclinó la cabeza en señal de respeto para luego seguir con su paseo por la sala. Amina podía no ser su compañera, pero no había otra

sultana más querida que ella.

Sarah suspiró y se acurrucó contra su marido, el silencio del desierto los envolvía, la noche estrellada le recordaba lo insignificantes que eran en el vasto universo y el calor de la piel que la arropaba la llevaba a tiempos con los que solo podía soñar.

—¿Crees que ellos vieron este cielo?

—Quiero pensar que sí —aceptó él—. Que una vez estuvieron así, uno en brazos del otro, listos para afrontar lo que les deparara el futuro.

—En ese caso tendremos que seguir su ejemplo —se incorporó para mirarle—. Y quizá escribir nuestra propia leyenda.

—La nuestra empezó el día que te secuestré, amor mío, ese día hice historia.

Sarah se echó a reír. Sí, ese día él había escrito la primera página de una historia que perduraría en el tiempo como una bonita leyenda.

**\*FIN\***



## SOBRE LA SERIE AL-HANAK

El *Sultanato de Bahir* es un país ficticio situado entre los *Emiratos Árabes* y el *Sultanato de Omán*, su cultura y tradiciones son una mezcla de las hindúes y musulmanas «*adaptadas*» a los propósitos de mi historia y, como tales, difieren en algunos aspectos de su verdadera esencia.

Recordar que esta es una «obra de ficción» y, como tal, he optado por crear un país y una cultura que recoge pequeños guiños que se alejan de las costumbres «*reales*» de las distintas etnias aquí reflejadas.

Espero que os hayáis enamorado de los príncipes *tygrain* y de su peculiar forma de ver la vida y de sus propias costumbres.

Nos vemos en la próxima entrega de **Lover Tygrain Al-Hanak**.

**Kelly Dreams**